Hablar de todo y no saber de nada

Las tertulias y la nueva política

Joan López

DEBATE

Hablar de todo y no saber de nada

Las tertulias y la nueva política

JOAN LÓPEZ

Prólogo de Xavier Sardà

DEBATE

Índice

Hablar de todo y no saber de nada

Prólogo de Xavier Sardà
Prefacio
1. Por la crisis a la teledemocracia
2. ¿Por qué crecen las tertulias?
3. Quiénes son los tertulianos
4. Las puertas giratorias
5. El aprendizaje en la política
6. Tertulianos y tertulianos
7. Pensar lo que se dice
8. Taxonomía del tertuliano
9. Cómo me convertí en tertuliano
10. Bendita Wikipedia
11. Fronteras difusas
12. En minoría
13. ¿Hay tertulianos buenos y tertulianos malos?
14. Lentejas
Epílogo. Desde las alturas

Sobre este libro
Sobre Joan López
Créditos

A aquellos de los que nunca estuve a la altura:
Mariluz, Ricard, Glòria y mis padres.
Gracias por vuestra infinita indulgencia

Hablar es fácil.

JULIANO *el Apóstata*

Si quisieran hablar solamente de lo que entienden, los hombres apenas hablarían.

ARTURO GRAF

Habla con suavidad y lleva un buen garrote; llegarás lejos.

THEODORE ROOSEVELT

Este país tiene una deuda con los tertulianos.

FERNANDO ÓNEGA

Prólogo

Me he pasado la vida haciendo preguntas y ahora intento contestarlas. Me he pasado la vida presentado programas y organizando tertulias, y ahora estoy al otro lado del mostrador. Me gusta. Formar parte de una tertulia es para mí, contra lo que pueda pensarse, un ejercicio de humildad. Ya sé que puede sonar contradictorio, pero saber qué decir y decirlo sin alargarse excesivamente, sin quedarse corto, alejado del tono solemne y del puro humor, es todo un reto. La tertulia es el tuit entrelazado, el Facebook al pilpil y la discrepancia en Adobe.

Este libro repasa la «tertulianidad» (toma ya) en todas sus facetas: empresa periodística, tipología, anecdotario... y va y ¡no es aburrido! Joan López Alegre hace una radiografía del fenómeno este de las tertulias, que dicen que está en crisis desde hace dos mil años.

A las tertulias se las critica por todo: manipulación, pasión, populismo... Los puristas parecen ignorar que sin énfasis no habría periodismo ni literatura. Puestos a criticar, discrepo casi siempre de las teles y las radios públicas que pagamos entre todos y están solo al servicio de los que mandan. En esto no hay diferencias entre las Españas y las Cataluñas.

López Alegre habla aquí de las tertulias trenzando su propia experiencia en muchas de ellas. En este sentido, este no es un libro teórico farragoso, porque está lleno de sus propias vivencias en el guerrear dialéctico y argumental.

De López Alegre discrepo en muchas ocasiones. En esta también por elegirme para hacerle el prólogo, porque da mucha pereza.

¿Lo ven?... ya me alargo. Nada, que el libro está muy bien. Salut. (¿Esto lo pagan?)

XAVIER SARDÀ

Prefacio

De 2004 a 2006 fui diputado en el Parlament de Catalunya, donde ejercí como portavoz en materia de política social, que incluía, entre otras atribuciones, las de sanidad. Para ese cargo fui designado sin experiencia profesional alguna, pero el equilibrio político interno del grupo pasaba por delante de ese «pequeño» detalle. Sencillamente, sustituía a Alicia Sánchez-Camacho, que había sido elegida diputada al Congreso tras las funestas elecciones de marzo de 2004, de la que recibí, sin más, sus atribuciones. El PP había pasado a la oposición de forma imprevista tras los atentados de Atocha y claramente había otros problemas que atender.

En infinidad de ocasiones me sentí abochornado por tener que asistir a actos o reunirme con personas que, algo que comprendía, manifestaban sin disimulo su decepción por mi desconocimiento de los asuntos que me querían exponer. En una ocasión, me llamó un lobista farmacéutico para invitarme a comer con el presidente de una de las compañías más importantes que, entonces, estaban casi todas en Barcelona. Le expliqué que no valía la pena: sería una comida frustrante para ellos dado mi desconocimiento de la cuestión, pero él insistió afirmando que no sería para tanto. Al finalizar el encuentro me dijo como despedida: «Pues tenías razón, de farmacia y proveedores sanitarios públicos no tienes ni puñetera idea». Obviamente, no me volvió a llamar nunca más para verme con clientes suyos.

Pese a esa dura temporada, años después, cuando por motivos profesionales tuve que participar en bastantes tertulias, agradecí esa experiencia que me había obligado a ocuparme de asuntos sobre los que lo ignoraba todo, algo frecuente en el día a día del tertuliano.

Haber llegado a dicha condición por azares inesperados me ha hecho reflexionar bastante sobre las tertulias y su significado. Este libro solo pretende ser una pincelada, no definitiva, ni académica, sobre ese mundo tanto en radio como en televisión.

No se trata ni mucho menos de un fenómeno nuevo. José Luis Balbín, con el mítico programa *La clave* en TVE y Fernando Ónega en radio pueden ser considerados los pioneros en España. Pero ha sido en los últimos años, al amparo de la maldita crisis económica y la crisis política y social que ha comportado irremediablemente, cuando las tertulias han ganado audiencia y espacio, mucho espacio, en los medios de comunicación.

Debido a ese crecimiento, y dado que en España hay más de 43 millones de personas que vemos habitualmente la televisión y 37 millones que escuchamos, también, la radio, las tertulias son muy difíciles de evitar, tanto si te gustan como si las detestas. Por eso resulta muy interesante lanzar una mirada a un fenómeno tan extendido y relativamente reciente.

Vaya por delante que este libro solo aborda las tertulias desde la perspectiva del tertuliano freelance, a partir de la infinidad de horas que me he pasado dentro del coche o en un bar preparándolas y luego participando en ellas. Un repaso desde otros puntos de vista exigiría una tetralogía, algo que no me siento capaz de escribir. El segundo libro de esa eventual tetralogía sobre las tertulias que propongo debería partir de la perspectiva de los directores o conductores de los programas y sus equipos. Saber qué piensan de nosotros, qué dicen de los colaboradores, cómo los eligen o por qué los descartan es algo que yo puedo intuir o me han contado, pero que no he vivido.

El tercero de esos libros debería abordarse desde la perspectiva de los ejecutivos y propietarios de los medios, y el cuarto, desde la visión de los partidos políticos. Ojalá el resultado de este primer experimento anime al editor a afrontar la propuesta en toda su amplitud.

Lo que más me ha costado durante el proceso de escritura ha sido la inclusión de anécdotas y vivencias personales, porque, aunque haga de tertuliano, no soy una persona especialmente abierta ni simpática. Creo, sin embargo, que estas sirven para que el libro no sea solo para estudiantes de periodismo o políticas, que ya sería mucho, sino que tenga un valor añadido que facilite su lectura y a la vez lo contextualice en un momento especialmente complejo para millones de personas que, desde 2008, nos las hemos visto y deseado para salir adelante.

Pido disculpas a quienes no haya citado de forma literal y a quienes no cito con suficiente profusión aunque lo merezcan. Mis experiencias no son espectaculares ni tienen mayor importancia; y aunque se circunscriben tan solo a mi modesto día a día, quizá muchos otros tertulianos podrán verse identificados con ellas. Siento sinceramente si he ofendido a alguien por lo que he escrito. De quienes hablo aquí tengo mucho que agradecer: de todos he aprendido algo, bueno o malo, pero aprendido a fin de cuentas.

No podría haber escrito este libro sin los productores, directores, presentadores de programas y ejecutivos o propietarios de los medios que han contado conmigo. Así que gracias a Jordi Basté, Marga Ortuño y Eduard Pujol de RAC1. Gracias a Lídia Heredia, Marta Jérez y Carme Ros de TV3. A Carles González, Eladio Jareño, Quim Barnola, Xavi Díaz y Marta Sugrañes de TVE. Gracias también a las maquilladoras de ambos canales, que han afrontado el reto imposible de sacarme guapo por la pequeña pantalla. A Ramon Castelló de Ràdio 4, Radio Nacional de España. A Agustí Esteve del canal 3/24 de Televisió de Catalunya. A Saül Gordillo y Sílvia Cóppulo de Catalunya Ràdio. A Dani Domenjó de Barcelona Televisió. A Albert

Fernández Saltiveri de Badalona Televisió. A Marta Polo de Canal Català. A Ramon Miravitllas y Enric Hernández de COM Ràdio. Y a Pep Andreu, Jaume Puig y otros muchos de Televisió de Mataró.

En cada programa he aprendido mucho, me han disculpado cuando he metido (frecuentemente) la pata y he conocido a personas fundamentales en mi vida personal y profesional. Quiero aprovechar estas líneas para decirles que lo que realmente me gustaría es que me dejaran retransmitir partidos del RCD Espanyol, como hace mi admirado Javier de Haro en la Cope Catalunya.

Gracias a Pere Rusiñol, el amigo y periodista que me puso sobre aviso de mi despido de la política por la prensa, por presentarme a Miguel Aguilar, el editor de este libro, hombre paciente con mi inexperiencia y mi impresentable impuntualidad en la entrega de los originales.

También quiero dar las gracias al equipo de Strategycomm, que ha cubierto, sin mostrar jamás resignación o fastidio, mis ausencias en el tiempo, que yo siempre creeré insuficiente, dedicado a escribir este libro.

Gracias a Xavier Sardà por su prólogo. Solo me habría gustado más si lo hubiera escrito el Sr. Casamajó.

Y guardo para el final lo más importante: gracias a todas las personas que han pasado, como mínimo, un minuto de su vida escuchándome, aunque sea por accidente o fastidio, ya sea en el coche de camino al trabajo o de vuelta, en casa o en cualquier otra situación. Si les he aportado una visión distinta o les he reafirmado algo en lo que ya pensaban me siento más que recompensado.

Mataró, septiembre de 2016

1

Por la crisis a la teledemocracia

La crisis económica, de la que estaremos saliendo por mucho tiempo, arrancó oficialmente el 15 de septiembre de 2008 con la quiebra de Lehman Brothers, una firma de servicios financieros estadounidense con más de ciento cincuenta años de historia.

En España, la crisis ya se cocía de antes, ¡¡¡y de qué manera!!! Con la dichosa crisis, creció la efervescencia política. Eran tiempos de Rodríguez Zapatero (ZP), y el Partido Popular (PP) tensionó la calle. La plaza de Colón se convirtió en el «manifestódromo» de la derecha, presidido por la gigantesca bandera española de 294 metros cuadrados y mástil giratorio, para que siempre ondee al viento, izada en 2001 por el presidente Aznar y el alcalde Álvarez del Manzano. Una bandera, por cierto, fabricada en la ciudad catalana de Mataró. En Colón, en esos años iniciales de la crisis, la derecha usó paradójicamente tácticas propias de la izquierda, en una especie de previa endomingada del 15M, porque, aunque no lo parezca, existen los indignados de derechas.

La plaza de Colón tiene una ubicación ideal, en la intersección del barrio de Chamberí con el de Salamanca, dos de los lugares de España donde el Partido Popular obtiene un resultado más abultado (6 de cada 10 votos en las elecciones del 26J de 2016), y a escasos metros la sede del PP (situada en la calle Génova, número 13), vecina de la Audiencia Nacional pero también del animado barrio de Chueca; hay realidades que están muy cerca y a la vez muy lejos.

En esos años, el consumo de tertulias y debates televisivos empezó a crecer y crecer. Ni fútbol, ni películas, ni la eterna *Noche de fiesta* de José Luis Moreno, ese hombre cuyos programas nadie reconocía ver pero que siempre arrasaban en audiencia. Albert Om, que dirige el programa *Islàndia* en RAC1, explicaba muy bien el auge del formato en una entrevista en «La contra» de *La Vanguardia*: «Como ha sucedido con el fútbol, ahora la política está comiéndoselo todo en los medios, invadiendo todas las franjas en radio y televisión, ¡hasta los sábados por la noche hemos pasado de Moreno a Marhuenda!». Lo confirmaba Susana Griso, al reconocer en *La Razón* que, en el pasado, su *Espejo público* «tenía más espacio para la crónica negra o social, pero ahora la política lo copa todo, un 85 por ciento del programa». Y,

además, confesaba: «La política me fascina».

Las tertulias radiofónicas y televisivas marcan, incluso, el futuro profesional de los jóvenes. Entre el curso 2009-2010 y el 2014-2015 el número de matriculados en las facultades de Ciencias Políticas creció en España un asombroso 41 por ciento, mientras la matriculación global universitaria caía un 2 por ciento debido al envejecimiento de la población y al dramático éxodo de jóvenes españoles para buscarse la vida en el extranjero. Quien quiera entender este fenómeno hará bien en ver *Perdiendo el norte*, una película de Nacho Velilla que es un remake de *Vente a Alemania, Pepe*, de Pedro Lazaga, que en 1971 protagonizaron Alfredo Landa y José Sacristán y que plasmó la realidad de la emigración española de los años sesenta y setenta.

Así pues, la facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid se convierte en el Silicon Valley de la política española, pero con menos I + D y más pintadas por todas partes. En ese ambiente, Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero, Íñigo Errejón y compañía ensayan y preparan su asalto al poder, mientras Rita Maestre hace lo propio en la capilla.

El incremento del interés por estudiar Ciencias Políticas no puede ser ajeno a la emisión de tertulias, a todas horas, en casi todos los medios de comunicación. La demanda de matrículas universitarias en Políticas es inverosímil e irracional, dado que los licenciados en esta disciplina no se encuentran entre las veinte profesiones con más salida laboral ni los políticos son el colectivo más admirado entre los españoles, sino más bien lo contrario. El CIS dice que otorgamos un 1,9 sobre 10 a aquellos y sus organizaciones, los partidos. Es muy curioso que millones de personas nos abonemos a seguir programas sobre cuestiones y personas a las que, generalmente, detestamos. María Casado, que ha dirigido *Los desayunos* de La 1 y luego sustituyó a Mariló Montero en *Las mañanas* de la misma cadena, lo tiene claro y así lo dijo en una entrevista en *El País*: «El boom de las tertulias ha coincidido con el descrédito de los políticos».

Tertulias, tertulias, tertulias..., a todas horas, en todos los medios y sobre todos los temas. José María García sucumbe más a las tertulias de fútbol en televisión que a José Ramón de la Morena. Es un cambio de formato. Del monólogo de radio al debate coral en la pequeña pantalla. La tele en la habitación recorta las horas de sueño de los españoles. Las revistas del corazón se ven obligadas a luchar contra un producto por el que no hay que pagar ni ir a buscar al quiosco: el corazón y la tertulia del corazón en televisión. TVE abrió la veda con *Corazón corazón*, el programa que Anne Igartiburu iniciaba con su famoso «Hola, corazones». Telecinco lo llevo al súmmum del espectáculo con *Sálvame*.

El debate político tradicional en las Cortes resulta forzado y encorsetado por el reglamento. Eso no pasa en las tertulias televisivas y radiofónicas, así que la política deja de ser algo aburrido con un protocolo arcano y un lenguaje enrevesado para convertirse en un espectáculo atractivo y

comprensible. De hecho, el formato y el lenguaje de las tertulias han modificado la forma de realizar los debates parlamentarios. Si ser un buen orador siempre fue importante en política, ahora es fundamental. El debate parlamentario se ha «tertulianizado»: las intervenciones han de ser más directas, subidas de tono y han de buscar el cuerpo a cuerpo; en caso contrario, el político está condenado al ostracismo.

2

¿Por qué crecen las tertulias?

Tras años de crecimiento económico durante los cuales todos creímos que no había retroceso posible, la España en crisis y perpleja de su propia caída, donde se perdían 3.000 empleos diarios, deja de salir a cenar y de ir al cine porque tiene miedo al futuro o no hay dinero, o ambas cosas. En estas circunstancias, el consumo de televisión no para de subir y descubrimos entre semana a Josep Pedrerol y su *Punto pelota*, y el fin de semana, *La noria* o *El gran debate* en Telecinco. La Asociación para la Investigación de los Medios de Comunicación afirma que en 2016 un español dedica casi cuatro horas diarias de media a ver la televisión, lo que supone quince minutos diarios más que en 2001. El incremento del paro y el envejecimiento de la población son algunas de las causas de esta tendencia.

Según la consultora Nielsen, entre 2008 y 2012 cierran en España nada más y nada menos que 12.000 bares; a pesar de esto, España sigue teniendo más bares que el resto de la Unión Europea en su conjunto. El peor año fue 2009, que coincidió con el endurecimiento de la ley del tabaco. Los partidos del siglo entre el FC Barcelona y el Real Madrid, de los que hay varios cada año, pasan del bar y la cañita con los amigos a la televisión de casa en formato *Sálvame Deluxe* deportivo. Es la radio con imágenes. La multitud, creciente, que se queda los sábados por la noche en casa descubre la pizza de Casa Tarradellas, Telecinco y La Sexta y con ella a Pablo Iglesias, a Paco Marhuenda, a Eduardo Inda, a Alfonso Rojo, a Antonio Martín Beaumont… El periodista o político que no tiene tertulia a la que acudir es un don nadie.

Para los medios las tertulias son un chollo: un producto económico y con buenos datos de audiencia. La producción es económica, ya que actualmente los políticos que acuden a ellas no cobran: en *La noria* aún les pagaban pero llegó la crisis y... Además, es más barato poner a cuatro personas a discutir de forma airada que comprar una serie de éxito como *House of Cards* o pagar y producir un famoso concurso como *Got Talent* o un *reality* como *La voz*. Aún existe una forma más *hiperlow cost* de realizar tertulias: mezclar políticos no remunerados con periodistas de la propia cadena o grupo de comunicación que, obviamente, tampoco cobran y aprovechan para promocionar otros programas o medios del grupo.

Los políticos no solo no cobran debido a que los medios hayan dejado de

remunerarles, sino porque los códigos éticos de los partidos han empezado a poner límites a esta práctica. Desde las elecciones del 20D de 2015, el PSOE impide a sus diputados cualquier otra remuneración que no sea la del ejercicio del cargo y, por tanto, estos no pueden cobrar por tertulias ni por clases universitarias, que son prácticas habituales y legales, siempre que así se hagan constar en la declaración de bienes, ni ejercer otras actividades profesionales. Creo que es un error, dado que esto aísla al diputado, lo fuerza a la profesionalización y lo conduce a una dependencia de continuidad en listas y en posición de salida que le resta criterio e independencia en su actuación. A pesar de ello, las declaraciones de bienes que los diputados deben cumplimentar cuando toman posesión de su acta, esa imagen que a base de repetir elecciones se nos ha vuelto tan familiar, nos han dejado algunas sorpresas sobre la remuneración de políticos en las tertulias. Tania Sánchez, que dijo que nunca entraría en Podemos, y actualmente es diputada al Congreso por dicha formación, declaró que en 2015 había percibido, según publicó Javier Chicote en *ABC*, 23.882,50 euros por participar en tertulias, 11.550 euros procedentes de Atresmedia, principalmente por sus apariciones en La Sexta y 9.832 euros por sus colaboraciones con Mediaset (Cuatro y Telecinco).

Además, las tertulias garantizan audiencias altas e interacción con las redes. Muchos directivos de televisión sostienen que no vale la pena pensar en nuevos formatos o en importar productos de éxito de Reino Unido o Estados Unidos habida cuenta de que la tertulia tiene un dato de audiencia superior a la media del canal.

La irrupción de la TDT, que inició sus emisiones en 2005 y se desarrolló en años posteriores, y la concesión de infinidad de nuevos canales, muchos de los cuales (como Localia, del Grupo Prisa) terminaron en quiebra, han sido utilizados por los políticos para premiar a los amigos y, de paso, multiplicar su mensaje. En realidad, las leyes permiten a la clase política concederse a sí misma infinidad de canales. Así, en Cataluña, la ley otorgaba para cada comarca (y hay 43) cuatro canales, dos para el sector privado y dos para el público, de manera que, de una tacada, los políticos controlaban desde los despachos de la administración el mensaje en 86 antenas locales catalanas, dado que el director lo nombra un ayuntamiento, y el consejo o comisión de control suele reflejar la mayoría existente en el pleno municipal.

Con la caída de ingresos de los municipios, debido a la crisis económica y al fin de los permisos de miles de licencias de obras, muchos de estos canales cerraron o se acabaron hundiendo. Se buscó incrementar su radio de acción, pero eso tampoco ha funcionado porque el valor de dichos canales era y es la proximidad, y al ampliar su zona de cobertura perdieron interés para la audiencia. A cualquiera que haga zapping le interesa lo que ocurre en su barrio y en su pueblo, pero nada de lo que pasa en un municipio a unos quince kilómetros.

Muchos canales nuevos tienen que llenar horas y horas de programación

con pocos ingresos publicitarios. Así, llegar a un 1 por ciento de *share* es heroico y, además, Atresmedia y Mediaset acaparan el 95 por ciento de los ingresos de la tarta publicitaria. Algunos de los canales menores adjudican su gestión publicitaria al mismo grupo que lleva la de Mediaset porque las migajas que les caen son más de lo que ellos podrían conseguir por su cuenta. La tertulia se convierte así en un producto baratísimo y al alcance de todos los medios de comunicación por modestos que estos sean.

Hay un caso muy curioso que demuestra que una televisión local con buena programación y criterio comercial puede funcionar: *L'olla de grills* era una tertulia plural que puso en marcha la televisión local de Badalona, cuando este municipio estaba gobernado por Xavier García Albiol (PP). La falta de pluralidad en la gran mayoría de tertulias que se emitían en Cataluña dio a esta una notoriedad y una audiencia que rebasó los límites de la ciudad, hasta el punto de que era seguida tanto en Barcelona como en muchos otros municipios del entorno metropolitano. Al igual que Ada Colau con *La rambla*, la nueva alcaldesa de Badalona, apoyada por los antitodo de la CUP, se cargó la tertulia y hoy esa televisión ha vuelto a la irrelevancia que tenía antes de que García Albiol gobernara Badalona.

Entre 2006 y 2014 *La tuerka*, de Pablo Iglesias, en un extremo ideológico, y sobre todo Intereconomía en el otro, que alcanzó poco más de 1,5 por ciento de *share* pero tenía una repercusión infinitamente superior como azote del zapaterismo, marcaron un camino que luego copiaron las grandes cadenas. Al impacto de Intereconomía contribuyeron de forma decisiva los programas de zapping de las grandes cadenas, que incluyen los momentos de máxima tensión y más hilarantes de las tertulias. Muchos de los tertulianos que han dado el salto a las grandes cadenas y a la política han pasado por *El gato al agua*, el programa de Antonio Jiménez que se ha convertido casi en escuela y cantera de tertulianos. El mismo director de *El gato al agua* fichó por 13 TV cuando la situación financiera de Intereconomía se hizo insostenible y hoy es un muy buen tertuliano de Carlos Herrera, dado que atesora mucha información que recoge en su programa. Antes de que esto sucediera, desde el plató de *El gato al agua*, Antonio Jiménez ha ejercido cada noche de anfitrión de Miguel Durán o de Mario Conde, dos personajes que desde esa plataforma intentaron, sin éxito, pasar de la tertulia a la política y se estrellaron en las elecciones europeas de 2009 y en las gallegas de 2013, respectivamente. Mejor suerte corrieron otros tertulianos del programa como el economista socialista Antonio Miguel Carmona o el politólogo ex socialista (enrolado luego en C's) Luis Salvador, que migraron de la tertulia al ayuntamiento de Madrid y al ayuntamiento de Granada primero y luego al Congreso de los Diputados, respectivamente.

El gato al agua, como tantos otros, es un tipo de programa en el que es imposible distinguir entre tertulia y debate. En *El gato al agua* de los años de Rodríguez Zapatero ser antisistema no consistía en llevar rastas ni pendiente, sino en beber vino en directo servido por un sumiller o en vestir camisas con

la bandera española bordada en el pecho. Era su forma de mostrar rebeldía ante tanto eslogan naif propio del zapaterismo, o ante la prohibición de fumar en locales cerrados o de beber dos copas antes de coger el coche. También era una forma de *product placement* un poco kitsch pero efectiva en ventas, dado que *El gato al agua* creó una comunidad de telespectadores muy identificada con los valores y la ideología de la cadena.

El gato al agua fue una tertulia que conectó a la perfección con el público de las manifestaciones de la plaza de Colón, en especial con el más sénior. Con el PP en la oposición, todos los futuros ministros del gobierno de Mariano Rajoy y los barones regionales desfilan por *El gato al agua*, la tertulia televisiva de referencia de la derecha española. Sin embargo, cuando Rajoy ganó las elecciones en 2011, a Intereconomía le hicieron desde la calle Génova un «si te he visto no me acuerdo». Además, algunos nombres fijos en la tertulia luego vivirán vicisitudes complejas y no tendrán el papel esperable en el gobierno por su protagonismo en la oposición, como en los casos de Vicente Martínez-Pujalte o Gustavo de Arístegui. Sencillamente, Rajoy quiso poner tierra de por medio con su pasado «gatuno» una vez alcanzados horizontes más amplios.

Son programas en los que la reflexión profunda no interesa sino más bien estorba. Las tertulias se transforman, en infinidad de casos, en debates pasados de vueltas que se parecen cada vez más a los de las expulsiones de *Gran hermano* que presenta Mercedes Milá o a los de *Sálvame Deluxe*.

En el *Gran debate* o previamente en *La noria*, la disposición de los invitados en el plató enfrenta a dos bloques. La audiencia toma partido como si de un partido de fútbol se tratara. La virulencia de algunos debates es tal o las temáticas son tan controvertidas que los anunciantes, aunque el dato de audiencia sea elevado, se plantean en ocasiones si les interesa vincular su marca a ese tipo de espectáculo. A pesar de todo, nuestras tertulias-debate casi nunca llegan al nivel de crispación del que hicieron gala Gore Vidal y William F. Buckley en un programa durante las elecciones presidenciales en Estados Unidos de 1968, en las que el republicano Richard Nixon se enfrentó al demócrata Hubert Humphrey. Buckley, próximo ideológicamente a los republicanos, le lanzó un misil dialéctico a Vidal: «Escucha, marica, deja de llamarme criptonazi o te partiré la cara y te daré una paliza». El fragmento puede recuperarse hoy en el documental *Best of Enemies* (codirigido por Robert Gordon y Morgan Neville). El mismo documental nos recuerda que la cadena que emitió el debate, la ABC, rompió todos sus registros de audiencia.

Sandra Barneda, que presentó *Un tiempo nuevo* en Telecinco, compitiendo los sábados por la noche con *La Sexta Noche*, y que luego, cuando el dato de audiencia no acompañó, pasó a Cuatro, cree que «las tertulias han evolucionado adaptándose al formato americano con mezcla de información y entretenimiento, con tertulianos convertidos en héroes y antihéroes». Está en lo cierto: cuando por la calle te detiene alguien y te saluda, porque te ha

visto en un medio o en un vídeo, te suele comentar qué tertulianos le caen bien o mal. Las conversaciones con la gente que te para por la calle son una fuente de sabiduría, un termómetro nada científico pero absolutamente infalible. «Ese día no me gustó lo que dijiste» o «qué bueno el zasca que te metieron», pero sobre todo vale la pena detenerse a hablar con la gente porque habitualmente su juicio sobre la situación política, sobre un tema concreto de actualidad o sobre si la tertulia y el programa en el que esta se emite les gusta o no y por qué es de gran ayuda. De las conversaciones callejeras he aprendido, entre otras sutilezas, que el oyente de radio es distinto al telespectador. No deja de sorprenderme que haya personas que se dirijan a mí diciéndome: «¿Eres Juan López? Es que te he conocido por la voz». Pero también hay situaciones chocantes: en una ocasión había quedado para comer con Toni Bolaño y se nos cruzó, en pleno centro de Barcelona, un tipo de unos sesenta años, trajeado y que iba solo (de manera que hemos de descartar las ganas de fanfarronear), cuando de repente, sin preámbulos, se puso a gritarnos: «Yo, de este —refiriéndose a mí—, lo esperaba todo, pero de ti, Bolaño, nunca hubiera dicho que fueras un fascista y un anticatalán. Vete de aquí». Bolaño no se cortó un pelo y le replicó en el mismo tono. Los transeúntes se lo pasaron la mar de bien mientras buscaban la cámara oculta.

Casi todas las personas que se te acercan y te exponen sus discrepancias contigo lo hacen con corrección, y con todas ellas he mantenido conversaciones civilizadas. A algunas se les va la pinza; creo que me ha sucedido casi de todo: el individuo que se te acerca, te da la mano y, cuando la tiene fuertemente agarrada, se transforma y empieza a insultarte, mientras notas cómo la mano empieza a sudarle copiosamente; u otro que, mientras estás en un semáforo, pasa en moto y te hace una peineta y grita hasta que está a punto de estamparse con el coche de delante... algo que afortunadamente no sucedió. El incidente más desagradable me ocurrió en un club deportivo un día que estaba con mis hijos: un tipo que estaba con los suyos se me acercó y, con los ojos fuera de las órbitas, me gritó de todo. En estos casos, dado que la gran mayoría de la gente que en aquel momento está a tu alrededor no te conoce ni sabe por qué te gritan, lo mejor es hacer caso omiso; aunque no siempre atesoro la templanza para seguir yo mismo este consejo. A veces, estas situaciones vienen bien para descargar tensión y estrés acumulados.

Y así, entre 2009 y 2014, solo los administradores concursales parecen tener más trabajo del que pueden abarcar, mientras el resto del país se hunde. Los medios digitales, que proliferan y también sufren para conseguir ingresos publicitarios, ven en las tertulias una forma de darse a conocer. La guerra no es solo entre vieja y nueva política, sino también entre medios escritos y digitales. Paco Marhuenda frente a Alfonso Rojo, Pablo Casado frente a Pablo Iglesias y una larga lista de enfrentamientos cruzados. Los ERE, que, encubiertos o no, afectan a todos los medios de comunicación,

cuyos índices de audiencia no paran de caer y aún hoy, en su formato en papel, parecen no haber tocado suelo, dan pie a una lista interminable de digitales fundados por destacados periodistas o ex directores, y ahí surge, también, la batalla entre medios digitales. Todos contra todos. *Periodista Digital* de Alfonso Rojo u *Ok Diario* de Eduardo Inda consiguen una notoriedad que no alcanzan *El Español* de Pedro J. Ramírez o *Vozpópuli* de Jesús Cacho, por mucha calidad que estos medios tengan, solo porque los dos primeros acuden a tertulias y, además, son premeditadamente polémicos. Sobrevivir en la economía de la España en caída libre es muy difícil y casi todo vale.

Los encuentros planetarios entre ZP y Obama anunciados por Leire Pajín en una conferencia organizada por Europa Press a inicios de verano de 2009 o el inicio del caso Gürtel ese mismo año, donde aún caben la presunción de inocencia y la teoría de la conspiración, son analizados al estilo Jorge Javier Vázquez como si se tratara del enésimo traspiés de Belén Esteban en Benidorm, la ciudad de María Jesús y su acordeón, a la que, aunque nos dé apuro reconocerlo, todos hemos ido de vacaciones una, o incluso más veces y, además, nos lo hemos pasado divinamente.

El mitin ya no es solo motivo de noticia y análisis en los informativos; la gente, habitualmente mayor, que acude a ellos añade una nueva motivación a la de apoyar a su partido: busca al tertuliano para hacerse una selfi o al político que ha dicho «cuatro verdades» y «ha puesto al contrincante en su sitio» en una tertulia. Al que se ha pasado tres pueblos se le aclama como un *primus inter pares* de su camada. En *El gato al agua* la audiencia puede votar, y al tertuliano más votado, vía SMS (previo pago de más de un euro), se le entrega un trofeo. Si el PP hubiera utilizado el «gatómetro» para confeccionar sus listas electorales, ZP quizá no habría conseguido la reelección en 2008. En la sede de Intereconomía en el paseo de la Castellana, al lado del *ABC* de Serrano, se planta una escultura de Juan Pablo II pagada con donativos de la audiencia, que hoy, como la sede del propio grupo, ya no está ahí. El éxito de la tertulia se palpa cada día cuando se forman largas colas de gente comprando *merchandising* del programa e incluso se llega a abrir un restaurante llamado El Plato y gestionado por el afamado chef Pedro Larumbe en los bajos del edificio, donde, mientras se cena o toma una copa, se ve el programa en directo a través de un cristal. Cierto tipo de España convierte la cena en El Plato en un momento imprescindible de sus visitas a Madrid. La España de la segunda década del siglo XXI ha pasado de la sentencia del circo romano al pulgar de la teledemocracia; en ella, Pablo Iglesias, que hasta el 26J parecía imparable, y Mario Conde, que en infinidad de noches se ha llevado el trofeo de *El Gato al agua* por votación popular, son estrellas.

Predecir si en un futuro cercano, fruto de la recuperación económica, habrá saturación de tertulias en los medios es difícil, pero por ahora estas no paran de crecer. *El País* publicó en su sección de cartas al director, en enero

de 2015, una de Luis José Arnal en la cual este lector se quejaba de que «no podemos permitirnos tantas tertulias en la radio: no hay sitio, en el espectro de frecuencias radioeléctricas, para tantas emisoras como bares tenemos en España». Hubo un tiempo en que la tertulia era minoritaria. Lo que empezó como algo esporádico en un horario tardío se ha expandido como una mancha de aceite y ocupa hoy todas las franjas de la parrilla. Había horas en televisión que hasta la irrupción de las tertulias eran muertas. Una de ellas era la previa a la hora de comer. Ese horario, por el que nadie apostaba, se ha convertido en *prime time* gracias a programas como *Al rojo vivo* de Antonio García Ferreras, que ha alcanzado un 15 por ciento de cuota de pantalla y ha contribuido a que La Sexta acabe siendo la referencia informativa de Atresmedia, por delante de Antena 3, como demostró la audiencia alcanzada por la cadena la noche electoral del 26J, en la que pasó por encima de su hermana mayor.

Luego trasladaron esa experiencia a la programación de tarde, también hasta entonces una hora valle, hasta tal punto que parecía coto exclusivo del corazón y de *España directo*, con el programa *Más vale tarde* con Mamen Mendizábal. El plato fuerte del programa es el análisis en forma de tertulia que funciona como previa de *La Sexta Noticias*, uno de los informativos más adaptados a horario europeo junto con el de Cuatro. En tres temporadas que lleva en antena casi ha doblado la audiencia, pasando de 450.000 a casi 800.000 telespectadores y alcanzado cerca del 8 por ciento de cuota. García Ferreras no es solo un director de informativos de La Sexta o un presentador, es un tertuliano más: provocador, intrépido y hábil en plantear los temas. Sea cual sea el enfoque, si García Ferreras decide que una noticia entre en *Al rojo vivo*, ese debate pasa a estar en la agenda política porque medios como *Eldiario.es*, *Infolibre.com* o *Público* la incluirán entre sus contenidos.

Esa forma de marcar la agenda ha sido de gran valía para Podemos, dado que, según los expertos, gana las elecciones quien consigue que los debates se centren en los temas que él propone. Si a finales del siglo xx las tertulias de Federico Jiménez Losantos en la Cope marcaban no solo la agenda de la derecha sino de toda la política española, ahora García Ferreras influye de forma decisiva en la agenda de la derecha desde la acera ideológica de enfrente.

García Ferreras fue importante en el lanzamiento al mercado político de Vox a inicios del 2014. Mientras el hermano mayor del propio grupo rechazó tener a Aleix Vidal-Quadras en directo el día que este anunció, por carta a Rajoy y por vídeo a toda la militancia su abandono del PP, y no precisamente porque Susanna Griso no quisiera, él no tuvo inconveniente en entrevistarlo en directo. Eso, junto con la portada de *El Mundo*, que aún dirigía, aunque por poco tiempo, Pedro J. Ramírez y la entrevista que le hizo Marta Nebot en el programa de Ana Rosa en Telecinco, contribuyó a que en la sede del PP (Génova, 13) hubiera un ataque de pánico.

La llegada de un nuevo partido esencialista de los principios de derecha

en plena tormenta económica y de corrupción era una muy mala noticia para el PP. Pero en la calle Génova y en la Moncloa pudieron respirar tranquilos por fin: Vidal-Quadras quedó la noche electoral de las europeas, el último domingo de mayo de 2014, a solo 1.371 votos de obtener el escaño, y eso que Pedro J. Ramírez, en la columna de opinión de los domingos, que conservó durante un tiempo tras su salida de la dirección de *El Mundo*, hizo ese mismo día un juego de palabras en el que formulaba su deseo de que UPyD, C's y Vox obtuvieran representación en el Parlamento de Bruselas. «Que la voz de los ciudadanos se oiga con progreso y democracia», escribió el ya ex director del diario que él mismo había fundado.

Solo la altivez, deslealtad y egoísmo de gran parte de quienes acompañaron a Vidal-Quadras en aquella aventura hicieron inútil su esfuerzo titánico: de haber obtenido un solo escaño, su irrupción habría supuesto un cataclismo en la derecha política y social española de manera que todo lo que ha sucedido después fuera distinto. La crisis del PP habría sido gigantesca y la expansión de C's por toda España muchísimo más compleja, dado que muchos de los votos que fueron del PP al partido naranja se habrían repartido. Esa campaña europea y su resultado fueron la pista de despegue de Podemos y C's a nivel nacional, y solo por un puñado de votos no lo fue de Vox. Este partido ha tenido luego una deriva ultra, pero en aquel momento lo tuvo casi todo a favor para conseguir representación, en especial gracias a la mala reacción inicial del PP y a la existencia de una base social angustiada por la crisis, que había votado a Rajoy y se sentía traicionada y decepcionada pero seguía siendo conservadora.

En esas elecciones europeas, *La Sexta Noche* organizó dos debates electorales, uno para las que se denominaron fuerzas emergentes y otro con los partidos establecidos. En el primero, participaban muchos políticos forjados como tertulianos, entre ellos Pablo Iglesias, que fue presentado por Iñaki López así: «Esta noche acude al programa en su condición de candidato de la lista de Podemos», lo que pone de manifiesto su presencia asidua en ese programa y en la cadena en general. También acudió Javier Nart, candidato de C's que empezó en televisión en 1989 en un programa llamado *Tribunal popular*, donde contraponía sus argumentos al periodista y abogado Ricardo Fernández Deu, que luego fue diputado del PP en el Parlament. Nart consiguió reverdecer su notoriedad antes de las europeas con su participación semanal en *El gato al agua* y en el desaparecido Canal Català TV, donde el fraile franciscano Carlos Fuentes presentaba una tertulia de bastante éxito. También participó en ese debate Aleix Vidal-Quadras (Vox), que había ganado reconocimiento entre la opinión pública por su presencia en las tertulias de Federico Jiménez Losantos en Es Radio y en Intereconomía, así como el juez Elpidio José Silva, que había saltado a la fama, en este caso no por las tertulias sino por la polémica instrucción del caso contra Blesa al frente de Caja Madrid en el que llegó a encarcelar al banquero, aunque luego este fue liberado por defectos procesales.

El tertuliano metido a político y el político metido a tertuliano habían ganado tal notoriedad que el debate entre las fuerzas minoritarias con relevantes tertulianos-candidatos obtuvo cerca del doble de audiencia que el debate en el que participaron los candidatos de los grandes partidos, PP y PSOE. Un 9,9 por ciento de cuota frente a un 5,6 por ciento, y eso que el debate entre las fuerzas convencionales se celebró dentro de la campaña electoral y el otro no.

Ese debate-tertulia, visto en perspectiva, parece prehistórico. Podemos y C's no eran aún partidos nacionales y recibían el mismo trato que Vox, el Pacma o Red. En el debate también participó el candidato de Compromís, el partido político valenciano que hoy es confluencia podemita. Acompañé a Vidal-Quadras junto con Joaquín Fuertes (Tato), al que tanto echo de menos desde su muerte a finales de verano de 2014 y que fue persona clave en aquella campaña con su porte y su fondo diplomático. Al llegar nos encontramos a Pablo Iglesias, que iba solo, sin la cohorte de gente de ahora, en la puerta de los estudios de Atresmedia en San Sebastián de los Reyes. Iglesias, que conocía a Vidal-Quadras por haber coincidido con él en Intereconomía, nos saludó cordialmente. El líder podemita conocía a todo el mundo en las instalaciones de la televisión de Planeta: desde los agentes de seguridad hasta las maquilladoras. Transitó por los pasillos haciéndonos de guía como Pedro por su casa. Su dominio del entorno era total, y su satisfacción al finalizar el debate, indisimulado, ya que este había discurrido por donde a él le interesaba: si los eurodiputados cobran mucho o poco, si viajan en clase business, que si una campaña cuesta mucho dinero... Vamos, que Nigel Farage, el líder euroescéptico británico, también candidato en esas elecciones, habría estado más que satisfecho con Iglesias: sus argumentos eran como dos gotas de agua en muchos aspectos.

Nart iba solo con José Manuel Villegas, ahora secretario de organización de C's y hombre clave de la política española, y vimos juntos el debate desde una sala anexa. Al acabar, nosotros éramos conscientes de que habíamos dejado pasar una oportunidad única de afianzar las opciones de Vidal-Quadras de obtener el escaño. En un país donde el debate entre la nueva y la vieja política arraigaba ya con fuerza, nos quedamos encasillados en la vieja. Ese día Nart estuvo hábil, a la vista del despliegue de demagogia de Iglesias, muy aplaudido por el público presente en el plató: optó por borrarse del mismo e intervenir muy poco. El retorno a Madrid en taxi lo hicimos casi en silencio.

García Ferreras compitió durante mucho tiempo con la franja y el espectro ideológico con Cuatro. Las *Mañanas* de Cuatro se convirtieron con Jesús Cintora en un pimpampum contra el gobierno. No es que lo diga yo; de forma sorprendente, lo dijeron la propia cadena y su grupo, Mediaset, cuando relevó a Cintora: «Mediaset tiene el claro objetivo de informar, que no formar, a los espectadores». Con una frase de este calado se despacharon a Cintora; aun así, fuera ya del programa, recibió un premio Ondas «por

abrir una franja televisiva estable en la actualidad, por la evolución que sus sucesivos directores y conductores han ido aportando y por el impacto político que ha provocado». Es un Ondas justo, aunque conviene recordar que la primera presentadora del programa, que hoy lleva Javier Ruiz, fue Concha García Campoy.

En algunos canales, contra la tendencia actual, aún se mantiene una tertulia más pausada. En el canal 24 Horas de TVE hay tertulias al mediodía, por la tarde y por la noche, siendo especialmente celebrada por su intransferible modelo de conducción la de Sergio Martín en *La noche en 24 h*. Esa tertulia, tranquila y de análisis, se puede mantener por dos razones: el canal 24 Horas es un espacio temático de noticias y, además, es público, con lo cual no está sometido a la doble dictadura de la audiencia y de los ingresos porque lo mantenemos entre todos con nuestros impuestos. Si este canal fuera propiedad de Rupert Murdoch, como Fox News, ese tipo de tertulia, donde el entrevistado puede argumentar y Carmen Remírez de Ganuza, Raimundo Castro, Graciano Palomo, Carmelo Encinas o José Oneto no le cortan a media respuesta, desaparecería. El programa de Sergio Martín consigue generar tal atmósfera que incluso los políticos que asisten adoptan un tono menos mitinero y más conversacional propio del Café Gijón.

A pesar de todo, en medio de tanta tertuliaespectáculo, el canal 24 Horas ha conseguido demostrar que esta tertulia sí tiene un público, dado que en las tres temporadas que ha sido dirigida por Martín ha triplicado su audiencia. El propio Martín, al pasar de *La noche* a *Los desayunos*, dijo algo sobre el contenido de las tertulias que por básico no deja de ser cierto: «Hay que ir al bar, escuchar de qué habla la gente al desayunar y llevar eso a las tertulias». A nivel internacional, un papel parecido al del canal 24 Horas lo hace RAI News 24, donde su subdirectora, Enrica Toninelli, dijo en unas declaraciones a Rosario G. Gómez de *El País*: «Un canal de noticias no debería luchar por la audiencia, sino preocuparse por transmitir información fiable y estar presente cuando ocurren las cosas».

Las tertulias de Sergio Martín son las únicas que pueden tener alguna similitud con la que podríamos considerar pionera en radio, *La trastienda*, que el único e inigualable Fernando Ónega puso en marcha hace más de treinta años en la Cadena Ser. Aún hoy, su voz inconfundible, su tono pausado, su autoridad moral derivada de tantos años de ejercicio intachable del periodismo, su selección de temas, le permiten marcar la pauta de la tertulia matinal de *Más de uno* en Onda Cero. Las columnas de Ónega en *La Vanguardia* son de lo mejor de este periódico. El mismísimo Ónega, en una pieza firmada por Natalia Marcos en *El País*, reconocía que las tertulias han derivado de complemento de la información a confrontación ideológica, pero que actualmente son mucho más entretenidas que cuando él las puso en marcha.

El salto cualitativo de las tertulias se puede establecer quizá en 2004 con *59 segundos* de TVE. Las tertulias volvieron al horario estelar, rompiendo un

tabú de muchos años, y de allí ya no se han movido. *59 segundos* fue sustituido por *El debate*, aún hoy en antena tanto en versión nacional como para TVE Catalunya. Oriol Nolis, que aportaba al programa calma y credibilidad, afirmó en «La Guía TV» de *ABC*: «No creo que el programa cambie las ideas políticas de los espectadores, sino que ayuda a matizar las opiniones». Antonio Jiménez, director de *El cascabel*, el debate-tertulia de 13 TV coincide con Nolis: «La tertulia es una forma de reafirmar las opiniones del público. Los telespectadores escogen la tertulia en función de su ideología».

La Sexta ha convertido su horario de máxima audiencia en cien por cien político. Es casi una Fox News donde la política se convierte en espectáculo: a *La Sexta Noche* hay que añadir el domingo por la noche *Salvados* de Jordi Évole y luego *El objetivo* de Ana Pastor, que copan la parrilla. Los programas de Jordi Évole son magníficos, pero los dos de más audiencia fueron el cara a cara entre Felipe González y Artur Mas sobre la independencia de Cataluña y el de Pablo Iglesias y Albert Rivera grabado en el bar El Cuco del populoso barrio barcelonés de Nou Barris. El programa entre el ex presidente del Gobierno y el presidente de la Generalitat superó los cuatro millones de telespectadores; en cambio, a la misma hora, *El peliculón* de Antena 3 no llegó a los 2,8 millones. Mejor aún fue el dato de audiencia del primer cara a cara entre Iglesias y Rivera, con 5,2 millones de telespectadores. A la buena predisposición de los dos contertulios, ¿o deberíamos decir contendientes?, se unió la escenificación del programa, en un bar cualquiera de España, con los dos llegando amigablemente juntos en coche. La reedición del mismo en una planta aislada del Círculo de Bellas Artes de Madrid perdió dos millones de telespectadores, lo cual fue una suerte para ambos a tenor de la acritud del debate, que no les favoreció lo más mínimo. Lo sucedido entre su primer debate-tertulia y el segundo es un síntoma de la evolución de las tertulias en España: de la reflexión y la conversación a la greña y al espectáculo.

Ana Pastor realiza en *El objetivo* un programa singular. Pastor es como Mónica Terribas pero a nivel nacional. Ellas en sí mismas son directoras, presentadoras, moderadoras y también emisoras de opinión, todo ello aderezado con un fuerte carácter. Pastor realiza un programa donde hay dos debates: el suyo con su invitado y otro en el que ella modera tertulianos que son, habitualmente, políticos en activo con alto rango en los partidos. El primer debate, donde ella intenta poner en apuros al político invitado y hacer que se contradiga, es el más interesante. Solo los políticos más preparados, o los más incautos, se atreven a sentarse frente a Ana Pastor. Su entrevista, si el invitado consigue superarla sin salir tocado y hundido, es una mayoría de edad para un político. Pastor no es temida solo por la derecha. Pablo Iglesias salió realmente maltrecho de su entrevista durante la última campaña electoral. Esta parte del programa es mucho más atractiva que la segunda, porque los debates-tertulia entre políticos en activo que ella modera se convierten en breves monólogos donde cada uno de los

participantes solo busca colocar su mensaje, pero en realidad no escucha ni pretende rebatir a su contertulio. Esto convierte esta parte del programa en un conjunto de eslóganes inconexos.

3

Quiénes son los tertulianos

A medida que proliferan las tertulias, lo hacen también los tertulianos; y los que no son efímeros, que también los hay, empiezan a ganar peso e influencia. En algunos casos, cometen el error de creerse más importantes que los políticos, porque son más reconocidos por la opinión pública que los mismísimos cargos electos y sus frases lapidarias encumbran y hunden a partidos y líderes, sin esperar sentencia judicial, ya sea por intuición, convicción o consigna.

El trato que recibe un político por parte de un tertuliano puede ser el indicador inequívoco de que ha caído en desgracia y se ha abierto la veda en su contra o, al revés, que está en pleno ascenso. Un ejemplo claro es Albert Rivera. Mientras puso contra las cuerdas al nacionalismo en Cataluña fue ensalzado por casi todos, pero cuando pactó con Pedro Sánchez la primera y fallida investidura o se resistió a apoyar la segunda, de Mariano Rajoy, las cañas se volvieron lanzas... y las lanzaban, con saña, casi todos los que antes lo vitoreaban. ¿Utilizaban algunos tertulianos a Rivera para reprochar a Rajoy su tibieza en Cataluña al mantener a Josep Piqué o al pactar por necesidad aritmética con CiU? Luego, hasta que no abrió negociaciones con el PP, ¿había que machacarlo? Parece obvio que sí, y que el trato recibido en cada momento era muy significativo.

Con tanto tertuliano suelto, surgieron las clasificaciones. El blog *Playground.net* publicó en 2013 un post de David Broc y Javier Blázquez en el que daban su particular ranking de los 25 mejores tertulianos en televisión. El post los considera un *star system*, que se embolsa importantes cantidades de dinero. Sobre este aspecto, el económico, hay mucho que decir. Un tertuliano puede ganar 60 euros brutos por hora en antena, que parece bastante, pero ni trabaja ocho horas al día, ni tiene garantizado hacerlo cada día, ni tiene un contrato en el régimen general de la Seguridad Social, ni se le paga el tiempo de desplazamiento o de preparación de la tertulia. Pero lo interesante del post es que da un listado por estricto criterio de asistencia a tertulias: o sea, de más a menos tiempo en pantalla. Además, de forma más subjetiva, analiza las características y el posicionamiento de esas 25 estrellas. Veamos quiénes son:

Carmelo Encinas, al que consideran progresista y con pinta de galán de

Hollywood.

Pilar Cernuda, calificada de periodista todoterreno.

José María Calleja, al que vinculan al PSOE, hace los deberes antes de acudir a los programas y es irónico.

Cristina López Schlichting, de la que afirman que su posicionamiento conservador le ha proporcionado muchos minutos de presencia en tertulias.

Elisa Beni, definida como una «versión joven y menos rústica de María Antonia Iglesias».

Raúl Del Pozo, sustituto en la contra de *El Mundo* del (a mi parecer) inigualable Francisco Umbral, cuyo estatus le da una libertad de opinión total.

Antonio Miguel Carmona, considerado el típico político que está más a gusto en un plató de televisión que en un pleno.

Miguel Ángel Rodríguez, ex secretario de Estado de Comunicación con José María Aznar, consagrado como tertuliano en *La noria*.

Federico Quevedo, que no arma ruido por armarlo.

Pilar Rahola, con un claro y deliberado sentido del espectáculo.

Ignacio Escolar, de la nueva escuela de tertulianos de izquierda.

Montse Suárez, que siempre saca el código penal para poner en vereda a los zascandiles corruptos.

Fernando Sánchez Dragó, que puede ser apático o erudito en función de la tertulia.

Herman TERTSCH, del que afirman que siempre será conocido por haberse hecho un Jorge Verstrynge, pero en dirección opuesta.

Eduardo García Serrano, muy querido en su campo pero odiado hasta la extenuación en el resto de estadios.

Alfonso Rojo, descrito como visceral, agresivo y en ocasiones déspota.

Ernesto Ekáizer, que se conoce los trucos para obtener el turno de palabra y exprimirlo como un filibustero.

Carlos Cuesta, con discurso liberal de ciudadano humillado por tasas e impuestos.

Antón Losada, representante de esa izquierda cómplice y comprensiva cuando el tema es el nacionalismo.

Ángel Expósito, que si buscara sangre sería portentoso.

Isabel Durán, que ha aprendido el lenguaje de las cámaras y se mueve en los debates como si fuera la reina.

Paco Marhuenda, enemigo público número uno de la izquierda española y del nacionalismo catalán.

Jesús Cintora, que «sabe luchar en pie de igualdad con los perros de presa de la derecha cavernícola».

Eduardo Inda, para el que la tertulia es una lucha cuerpo a cuerpo.

Jaime González, del que los autores del post reconocen que es su preferido, de voz inquietante pero adictiva.

Desde una posición más escorada ideológicamente a la derecha, *La Gaceta* publicó en septiembre de 2015 su propia lista de tertulianos top. Lo interesante de la información de este medio es que ordena a los más frecuentes por programas. Algunos nombres repiten en ambas listas, como los de Eduardo García Serrano, Carmelo Encinas, Eduardo Inda, Elisa Beni, Alfonso Rojo, Ángel Expósito, Ignacio Escolar, Ernesto Ekáizer, Jaime González, Antón Losada o José María Calleja. Pero también aporta nuevos nombres clasificados por su asiduidad por programas: en *La Sexta Noche* a Jesús Maraña de Infolibre; Xavier Sardà; el andaluz Javier Aroca; Hilario Pino, procedente de Mediaset; y Antonio Martín Beaumont, director de *El Semanal Digital* y ex presidente nacional de Nuevas Generaciones tras Loyola de Palacio en los años ochenta. En *La noche en 24 h* añade a Bieito Rúbido, director de ABC; Esther Esteban, entrevistadora por excelencia de *El Mundo*; Ricardo Martín, ex director de comunicación de Iberia; Manuel Cerdán, ex director de *Interviú*; Graciano Palomo, biógrafo de AP y del PP; Antonio Casado, socio fundador de *El Confidencial*; Chani Pérez Henares, veterano y siempre pausado; o Ignacio Camacho, ex director de *ABC*.

Como habituales en *Un tiempo nuevo* de Telecinco se cita a Esther Palomera, que dio un giro copernicano desde su posición de directora adjunta de *La Razón* a avaladora de posiciones podemitas; Pilar García de la Granja, experta en economía, ahora corresponsal en Estados Unidos de Mediaset, pero formada en Intereconomía; la hija de Fernando Ónega, Sonsoles, quien también trabaja en los informativos de Telecinco; Javier Gallego, que, aunque escribe en *Eldiario.es*, protagonizó una agria polémica con Pablo Iglesias en RNE; Esteban Urreiztieta, colega en las tareas de investigación de Eduardo Inda en sus tiempos de *El Mundo*; Alicia Gutiérrez, de *Infolibre*; o el director de informativos de la Cope, José Luis Pérez, con voz y dicción magníficas.

En las mañanas de Cuatro, *La Gaceta* añade a la lista a Ana Terradillos, experta en seguridad y terrorismo de la Ser; a Fernando Garea, cronista parlamentario de *El País*; Daniel Montero, periodista de *El Español*; y Alfonso Merlos, colaborador de *La Razón* y 13 TV que empezó su carrera con Federico Jiménez Losantos.

Quizá la suma de todos ellos sea una biopsia de la sociedad española: un país tiene los tertulianos que se merece. Las tertulias en su formato actual son un reflejo de nuestro carácter. Juan Ramón Lucas, que ha dirigido, entre otros programas, el matinal de RNE y actualmente es el responsable de la franja de 10 a 12 de la mañana en Onda Cero, duda que una tertulia sosegada en *prime time* tuviera éxito. Y, para definir la especificidad española en materia de tertulias, explicaba en unas declaraciones en *El País* que, aunque países como Francia o Alemania emiten tertulias culturales en horarios de máxima audiencia y tienen éxito, en España ningún programador se atrevería. Susana Griso viene a darle la razón al afirmar que las tertulias

se han americanizado.

Antoni Gutiérrez-Rubí, uno de los politólogos españoles más brillantes del momento e hijo de uno de los políticos más carismáticos de la izquierda durante la Transición, Antoni Gutiérrez-Díaz, el Guti (nadie debería dejar de ir a comer alguna vez a su mesa-rincón, aún hoy señalada como tal, en el restaurante Senyor Parellada de la calle Comerç de Barcelona), nos recuerda en un artículo publicado en *El País* el concepto de «democracia de audiencia», acuñado por su homólogo francés Bernard Manin. Para este, cada vez cuenta menos el debate sobre una propuesta y es más importante la presencia de quien hace dicha propuesta en los medios.

Un diputado al Congreso por el PP durante las legislaturas de José María Aznar me contó en una ocasión que eso de estar en política era como ir montado en un tiovivo y pelearse con otros niños: «Lo fundamental no es hacer propuestas o ir siempre en el mismo carricoche, sino que el éxito de un político consiste en no ser apeado del tiovivo. Si otro político quiere montarse en tu cerdito se lo debes ceder amablemente, siempre que tengas al lado un caballito o un coche de policía libre en el que montarte». Él consiguió ser diputado durante tres legislaturas, así que su receta debe de ser válida.

En las tertulias sucede algo parecido. Emperrarse en estar siempre en el mismo programa o con los mismos tertulianos es un error; lo fundamental para un tertuliano es estar en la rueda de los medios, no caerse de la programación para no caer en el olvido. Los programas, especialmente al inicio de temporada, buscan nombres nuevos con los que renovar su panel y combinarlos con personajes ya consagrados. Dado que generalmente a un tertuliano se le paga por actuación, no asistir a un programa al que ha sido convocado puede ser letal; no vale tener pereza un viernes por la noche. ¿Y si invitan a otro de tu perfil más fresco y ocurrente que da mejor en el micro o en la cámara y tú quedas relegado?

El equilibrio es complejo: ni el político ni el tertuliano pueden vivir el uno sin el otro ni pueden trabajar sin tener presencia en los medios; pero el tertuliano, como el político, ha de encontrar la justa medida. La sobreexposición puede provocar lo que podemos denominar «efecto *Gran hermano*». Ferran Monegal, experto en televisión y colaborador de Julia Otero, realiza un análisis sensacional de la tele al inicio del programa. Monegal llama a los participantes en *Gran hermano* personajes de *ratomaquia*, porque ascienden a la cima de popularidad y caen en el olvido en pocas semanas por el cansancio de la gente de verles todo el día holgazaneando o haciendo «edredoning» en pantalla. No es nada aconsejable que esto le ocurra a un tertuliano, ni para él ni para el medio. Para evitarlo hay que impedir que la audiencia se acueste con un tertuliano y se levante con el mismo, en la misma cadena. El zapping está asegurado, ya que la

reiteración de las mismas caras satura a la audiencia, aparte de que, mientras uno duerme, no puede fabricar nuevos argumentos.

Rosario G. Gómez, de *El País*, nos habla de una extensa red, que ella califica de «opinatodos», que intervienen incluso simultáneamente en dos canales: en uno, participa en directo, y en otro, en un falso directo, una emisión grabada de un tirón y sin edición. Para que eso no suceda, es fundamental que el tertuliano sea mínimamente honesto con los medios que le contratan y acuda solo a uno de ellos para evitar ese falso don de la ubicuidad que sonrojará a los responsables de ambas televisiones o radios. Si actúas así, perderás ese día un ingreso pero te ganarás el agradecimiento del medio, aunque pases por el compromiso de tener que elegir qué tertulia descartas y que luego te vean en antena en otro canal.

4

Las puertas giratorias

En el pasado, si eras elegido para un cargo como alcalde, concejal, diputado o eras nombrado director general, secretario de Estado o ministro a continuación pasabas a ser interesante para los medios. Ahora ocurre justo lo contrario: los medios y las tertulias son una pasarela perfecta para transitar del medio de comunicación al cargo público. Sergio Martín, de La 1, dice algo que, aunque es de Perogrullo, no debemos olvidar: «Cuando apareces sistemáticamente en televisión, se multiplica de forma exponencial tu popularidad». Martín cree que «hay partidos que han hecho un trabajo de comunicación muy bueno, con poco dinero, y han entendido algo que dicen los sociólogos y que los partidos tradicionales no han manejado nunca».

Efectivamente, la intención de voto y el grado de conocimiento de un candidato, en especial en las elecciones municipales, tienen relación directa, así que existen poderosas razones demoscópicas para que cada vez haya más ex tertulianos metidos en política. Esto no es nuevo y no solo ocurre en España. Ronald Reagan trabajó como portavoz de General Electric antes de entrar en política. En Cataluña, Esperanza García, una eficaz y rápida tertuliana, es hoy diputada del PP. Las puertas giratorias no solo van de Nuevos Ministerios a las empresas del Ibex, sino también a los medios. Cristina Alberdi o María Antonia Trujillo evolucionaron en su día de ministras socialistas cesantes a tertulianas; por cierto, las dos en medios conservadores como 13 TV e Intereconomía. *A posteriori*, Juan Carlos Girauta, uno de los políticos del momento, de mente preclara y verbo ágil, ha hecho el camino contrario: de la tertulia a portavoz parlamentario de C's. Afortunadamente, a contracorriente, Julia Otero le permite compaginar ambos perfiles en su tertulia *El gabinete* en su programa *Julia en la Onda*. Otro ejemplo reciente es Miriam Noguera que, aunque tenía un currículo extenso, como concejal de su partido, Convergència, y como activista social independentista, saltó al Congreso de los Diputados en diciembre de 2015 y repitió en junio de 2016 tras foguearse sábado a sábado en *La Sexta Noche*, la *champions* de las tertulias políticas televisivas en España. Su descaro manejando ideas manidas en Cataluña pero no oídas en el resto de España, y menos en *prime time*, así como su acento inequívocamente catalán —los maledicentes dirían su español defectuoso— la encumbraron rápidamente.

Aunque, por supuesto, el paradigma de tertuliano metido a líder político es Pablo Iglesias. Queda por ver si será capaz de mantener su constancia en los medios en una carrera de fondo como la política, que exige una fortaleza física y mental y una disposición a la renuncia a la vida personal, para la que pocos están a la vez preparados y dispuestos. Y es que, al igual que no basta ser buen tertuliano para ser político, no es suficiente haber estado en primera fila política para sobrevivir en el mundo de los medios. Fue el propio Iglesias el que llegó a decir, según recogió *La Gaceta* en septiembre de 2015, que «el verdadero debate ya no está en el Congreso de los Diputados sino en los platós de televisión». Claro que, cuando dijo eso, aún no había sido elegido, por dos veces en seis meses, diputado.

La ventaja que otorga a partidos como Podemos o C's contar con dirigentes nacidos, bregados y curtidos en el mundo de la tertulia llevó al PP a realizar una reorganización y renovación de su cúpula directiva en verano de 2015. Los nombramientos de los jóvenes Javier Maroto, Andrea Levy, Pablo Casado y Fernando Martínez Maillo, este más talludito, como vicesecretarios populares pretendía, de forma indisimulada, contar con gladiadores de la palabra que pudieran medirse en la arena de un plató con Pablo Iglesias, Íñigo Errejón, Inés Arrimadas o Albert Rivera. La estrategia surtió efecto: el PP pasó a contar con efectivos con galones capaces de medirse a los líderes emergentes adaptados a la vida en los estudios de radio y televisión. El éxito ha sido tal que Pablo Casado suena, con fuerza, como uno de los posibles sustitutos de Rajoy al frente del PP cuando este dé un paso al lado forzado, o no, por las circunstancias.

Pero ¿quién influye sobre quién? ¿El político sobre el tertuliano o lo contrario? Los políticos tienen capacidad para proponer nombres de tertulianos, pero no siempre lo hacen presionando al medio. Aunque parezca que hay inflación de tertulianos, encontrar los perfiles más buscados no es nada sencillo y, por lo tanto, en ocasiones los medios piden ayuda a los partidos para probar caras nuevas. Lo que ocurre es que los partidos, excepto en casos contados con los dedos de una mano, no son buena fuente de reclutamiento de tertulianos, dado que tienen unos intereses distintos a los de los medios. Los partidos sugieren y, si pueden, imponen perfiles casi siempre poco adecuados, ya que dan poco juego mediático, pero son fieles y se ciñen al guion del argumentario del partido. Carlos Alsina lo resumía a la perfección en una entrevista en *El Mundo*: «El poder quiere muñecos de ventrílocuo que no lo parezcan». En cambio, el medio busca a tertulianos que den juego, que sean ágiles, que no permanezcan en silencio pero que tampoco avasallen hablando hasta el punto de monopolizar la tertulia y que tengan formación suficiente para hablar de muchos temas distintos.

En *Más de uno*, programa matinal de Onda Cero que codirigen Carlos Alsina y Ramón Lucas, es recurrente la broma que los colaboradores del programa hacen a Alsina recordándole su falta de olfato porque un día rechazó como tertuliano económico a Pedro Sánchez, que con el tiempo

acabaría siendo el candidato socialista a la presidencia del gobierno. Esta anécdota es una excepción. Los partidos y sus dirigentes siguen ganando, casi siempre, la partida a los medios. Las razones son diversas, pero destaca una: en España, es sorprendente la reverencia genuflexa con la que todos los sectores sociales y económicos, sin excepción, tratan a los políticos, a los que se les permite casi todo. Uno puede ser directivo de la firma más importante, Rector Magnífico de la mejor universidad, encabezar el proyecto de investigación científico más decisivo que, frente a los políticos, por poco nivel que estos tengan, se rinde pleitesía. Aunque también es cierto que, en cuanto se dan la vuelta, aparecen dos tipos de comentarios: sobre su bajo nivel y su desinterés sobre los temas tratados o, en el mejor de los casos, su predisposición, vista con condescendencia, frente a la baja expectativa que se tenía antes del encuentro. ¿Quién no se ha reunido alguna vez con un político y, al finalizar el encuentro, no ha dicho: «A este jamás lo contrataría para mi empresa»? Sin embargo, se comprueba una y otra vez este contexto de pleitesía, que roza la servidumbre, y que crea un marco en el que los políticos influyen habitualmente en los tertulianos, al igual que sobre el resto de la sociedad, con un poder muy sobredimensionado.

Quizá influya algo que casi un 45 por ciento del PIB español pertenezca al sector público y, por lo tanto, que las administraciones dirigidas por dichos políticos tengan una gran capacidad de adjudicación de contratos y en general para mover grandes cantidades de dinero en una dirección u otra con apenas un pestañeo de ojos. Eso justifica que las agendas de los políticos incluyan todo tipo de eventos: económicos, sociales, académicos, culturales o deportivos. Los políticos son personas que acuden a todas partes, pero van siempre estresados, arrastrados por una agenda imposible y agotados por un tour frenético de actos sin pausa, haciendo un sobreesfuerzo para mostrarse siempre risueños e interesados en todo lo que se les está contando. El poder público es tal que las más grandes operaciones de empresas privadas españolas realizadas en el extranjero, como las obras del canal de Panamá o el tren de Alta Velocidad de La Meca a Medina, no habrían sido posibles sin el liderazgo del sector público; y en cuanto ha habido problemas, por sobrecostes o demoras en las obras, quien ha tenido que dar la cara para arreglar el desaguisado ha sido Ana Pastor, la ministra de Fomento, a la que creo que se rifarían en cualquier parte.

En verano de 2016 vi de cerca una de estas situaciones. Un ex conseller de la Generalitat de Catalunya presidía un acto de graduación de una prestigiosa escuela de negocios, uno de esos actos interminables: hablan los profesores, los alumnos, se recogen los diplomas... El acto era solemne (togas, puñetas, medallas), pero el ex conseller se movía inquieto y pendiente del móvil en su asiento presidencial y no era porque un reputadísimo profesor se hubiera dormido a su lado con la boca abierta y la cabeza hacia atrás, como efectivamente sucedió. Cuando la graduación llegó a su fin, se hizo las fotos a toda velocidad y, en lugar de departir y hablar

con alumnos, padres, profesores y miembros de la judicatura en el cóctel que se sirvió en el jardín, para frustración de sus anfitriones, sin llegar a desprenderse de la toga, se pasó una hora al teléfono en un rincón de la sala en la que se había celebrado el acto gesticulando ostensiblemente nervioso y caminando dando círculos alrededor de un grupo de sillas. El problema era que su partido, CDC (ahora creo que Partit Demòcrata Català o como se llame), estaba a las puertas de un congreso y eso pasaba por delante del acto y de la gente, dado que ahí él se jugaba su futuro político y profesional. No salió muy bien parado, pero eso era algo que él, en aquel momento, aún no sabía, así que quizá le habría salido más a cuenta relacionarse con el resto de asistentes pensando en su vida fuera de la política.

Una de las pocas veces que he visto a un político obedecer en público a un empresario fue en marzo de 2011, cuando Rodríguez Zapatero, siendo presidente del Gobierno español, visitó a Emilio Botín, presidente del Banco de Santander, en su nuevo y flamante cuartel general de Boadilla del Monte. Botín lo recibió en mangas de camisa y tirantes, cómo no, color rojo corporativo del Banco de Santander (no, desde luego, en atención al pantone utilizado por los socialistas), y le indicó ostensiblemente dónde debía sentarse para luego llevar el peso de la conversación. Quizá, si Botín hubiese sido presidente del Gobierno y ZP del Santander, hoy tendríamos un banco sistémico quebrado de más, pero algún millón de parados menos.

5

El aprendizaje en la política

Las puertas giratorias entre la política y las tertulias se justifican en parte por un aprendizaje común. Ya he comentado mi duro desempeño como portavoz de asuntos sociales; aún recuerdo la peor de las ocasiones. Se trataba de una reunión sobre la falta de medios para el tratamiento de cardiopatías infantiles en Cataluña, en la que mi falta de preparación junto con el tema tratado y la trascendencia que tenía para los padres de niños afectados que asistían a la reunión me abrumó especialmente.

Por desgracia, a los dirigentes de mi grupo parlamentario no parecía preocuparles, ni mucho ni poco, que yo hiciera con frecuencia el ridículo y, en consecuencia, ellos lo hiciesen conmigo. Afortunadamente, sé a ciencia cierta que las cosas han cambiado: tener a un ex alcalde como Xavier García Albiol al frente de un grupo parlamentario garantiza capacidad y ganas de tratar con la gente y sus problemas, pero las cúpulas de los partidos, en excesivas ocasiones, están para otros asuntos. Con el tiempo, empecé a disculparme al inicio de las reuniones por no ser médico, tal y como mis interlocutores daban por sentado al contactar conmigo. La consejera de Salut, Marina Geli, lo era, y el portavoz convergente de la materia, el amabilísimo doctor Francesc Sancho, también.

Para disimular mi desconocimiento de los temas de salud, cuando me tocaba intervenir en la tribuna del Parlament centraba mis intervenciones en la descoordinación de los partidos que formaban el tripartito y sus constantes meteduras de pata. A favor de mis turnos de intervención, y lamentablemente en contra de la población, que aún hoy está pagando la deuda y los problemas generados en ese lustro, los errores, los excesos y las salidas de pata de banco del Govern presidido por Pasqual Maragall, con Josep-Lluís Carod-Rovira de escudero, eran constantes.

Esos turnos de intervención en la tribuna, donde había un reloj que marcaba marcha atrás el tiempo asignado, me fue muy útil para mi posterior trabajo en las tertulias, donde previamente debías sintetizar tus ideas y contar el tiempo. Sobre todo, aprendí algo fundamental en las tertulias tensas y que tienen formato de debate: dosificar el lanzamiento de argumentos. En esas sesiones parlamentarias, mi rival más duro fue Jordi Miralles, de EUiA (la Izquierda Unida catalana), un hombre batallador y

convencidísimo de sus ideales. Eso me condujo a llevarme mal con él y cometí una equivocación. Miralles era además un tipo honrado: cuando los suyos lo echaron de las listas volvió a su trabajo de cartero sin aspaviento alguno, hasta que, lamentablemente, falleció en 2015.

De joven, cuando era concejal, en los debates en el pleno municipal, el ímpetu de la edad me llevaba a cometer el error de disparar todas las ideas fuertes de entrada, así que frente a políticos experimentados, con el colmillo retorcido, como un alcalde como el socialista Manuel Mas con años en el cargo, o políticos que llevaban lustros en ejercicio, siempre salía machacado. Los turnos de réplica de tres minutos o las intervenciones breves desde el escaño que te otorgaban en el Parlament, aunque el presidente de la mesa raras veces te las concedía, me ayudaron a aprender a dosificar los argumentos y, en consecuencia, a convertir los debates y las tertulias no tan solo en un aluvión sino en una partida de ajedrez como las de Fischer y Spaski y también a poner en práctica el cierre de un debate intentando una frase definitiva o un titular. Es un equilibrio difícil. Salir en tromba te seca la lista de ideas, pero empezar una tertulia en un tono bajo te condena a que la gente desconecte, así que mejor suscitar inquina que indiferencia.

La primera vez que asistí a una tertulia de Catalunya Ràdio, en el programa *Catalunya vespre*, pude comprobarlo. La audiencia podía votar a través de Twitter a su colaborador preferido. Era un panel dirigido por Sílvia Cóppulo y formado por una joven ugetista, Afra Blanco, que además era favorable al referéndum independentista; el jefe de opinión de *El Periódico*, Joan Cañete; Andreu Pujol-Mas, abiertamente partidario de la independencia a cualquier precio; y yo, que quedé último entre la audiencia en la votación con un 10 por ciento, pero en cambio fui el que acumuló más menciones a mis intervenciones en Twitter.

En mi segundo programa, tras afirmar que de Rita Barberá se podía decir cualquier cosa excepto que no había sido una magnífica alcaldesa, batí mi propio récord negativo de votaciones con un 2 por ciento de preferencias entre la audiencia.

En el Parlament, en esta partida de ajedrez dialéctico, era especialmente brillante el cara a cara que cada semana mantenían en la sesión de control al Govern Josep Piqué y Pasqual Maragall. El president, como interpelado, tenía el reglamento a favor, dado que limitaba el tiempo de intervención a tres minutos, tenía el privilegio de cerrar el debate y, además, la pregunta se tenía que presentar con 48 horas de antelación. Piqué ponía en un aprieto a Maragall presentando siempre la misma cuestión: «¿Cuál es su opinión de la situación política?». A esa pregunta, que no daba pistas de por dónde iba a ir el ex ministro de casi todo con Aznar, respondía invariablemente Maragall con un «Bien», y solo entonces empezaba un combate de esgrima dialéctico improvisado y vibrante entre dos políticos de gran talla. Puede que ese tipo de enfrentamiento cara a cara fuera una de las fuentes de inspiración de Josep Cuní, director del programa *8 al dia* en 8Tv, cuando en las elecciones

autonómicas de septiembre de 2015 introdujo un formato de debate innovador: el cara a cara entre personajes antagónicos. El primero fue entre Oriol Junqueras y José Manuel García-Margallo, que durante su mandato como ministro de Asuntos Exteriores siempre ha prestado especial atención al problema catalán, algo que provocaba escozor en el PP por aquello de qué hace Margallo desde la cartera de Exteriores hablando de un tema tan interior como el catalán. El éxito de este formato, esgrima dialéctica en directo y en distancia corta, fue total: tuvo una punta de un 31 por ciento de *share* con casi 900.000 telespectadores. ¡Una cuota que no consigue ni el Barça cuando lo dan por la tele! Ese debate demostró que es posible debatir con nivel, civilizadamente y con argumentos, desde posiciones irreconciliables sin caer en la chabacanería. No tengo ninguna duda, además, de que el más favorecido por ese debate fue el partido del ministro, que en esa campaña tenía problemas para hacerse visible a ojos del electorado debido a la pujanza de C's. En las siguientes elecciones, las de diciembre de 2015, Cuní repitió la fórmula con varios candidatos o políticos, siendo el más celebrado por la audiencia el que protagonizaron, de nuevo, Oriol Junqueras y Josep Borrell.

Otro aprendizaje importante de la actividad parlamentaria es que no todo el mundo te deja tirado. En mi paso por el Parlament, también me cayó en suerte otro cargo para el que carecía de preparación: portavoz de mi grupo parlamentario en la comisión de control de la Sindicatura de Cuentas. Ni corto ni perezoso, me trasladé al despacho que tenía Alejandro Padrós en la confluencia de las calles París y Balmes, en una de esas fincas nobles de Barcelona con ascensor que, por su antigüedad, te invitan a subir a pie. Padrós era un brillantísimo economista, de carrera impecable y además hombre fiel al PP, del que había sido candidato a la alcaldía de Barcelona ya en 1983 y que, por aquel entonces, era miembro de dicha sindicatura tras un desagradable suceso que lo llevó a ser nombrado presidente del ICO, pero sin llegar jamás a tomar posesión. Cuando le conté que era historiador y que de números no sabía nada, acordamos que antes de cada comisión nos veríamos y él me instruiría sobre qué decir y qué votar. Aprendí mucho de él y no solo sobre cuentas públicas. Su temprano fallecimiento años más tarde fue un daño irreparable para la sociedad catalana, dado que se perdió una voz preclara y juiciosa que tan necesaria sería en un momento tan convulso como el que hoy vive Cataluña.

Al evidente descrédito de los políticos mencionado previamente contribuyen a menudo las exigencias caprichosas de sus equipos en materia de protocolo y logística. Suelen ser el primer paso para crear una mala imagen de estos ante sus anfitriones. Las peleas en las previas a un acto inaugural entre los equipos de políticos de administraciones distintas o incluso de la misma, en especial si son adversarios dentro del mismo partido, son sobrellevadas por los organizadores con resignación. Quién abre, quién cierra, cuál es el turno de intervenciones parece algo fácil, pero se convierte

en un tormento cuando ni tan siquiera hay acuerdo sobre qué reglamento de protocolo hay que utilizar. Una de las situaciones más bochornosas que he vivido me ocurrió durante la inauguración de un congreso sobre turismo ruso en el hotel Meliá Castilla de Madrid. El consejero de Turismo de la Comunidad de Madrid había delegado a última hora, como tan a menudo sucede, la apertura del acto en el director general de Turismo. El hombre se presentó muy *echao pa'lante* en el hall del hotel y, muy dicharachero, le pidió a la propietaria del operador ruso que organizaba el congreso y que se había traído 350 agentes de ventas desde todos los rincones de Rusia para que aprendieran a vender *in situ* las excelencias de Madrid, que le sirviera una cervecita y unas aceitunas...

En la Cataluña de Jordi Pujol se aprobó un reglamento protocolario que, para facilitar que el president clausurara todos los actos por delante de los representantes de la administración del Estado o del alcalde de Barcelona, otorgaba a la presidencia de la Generalitat el máximo rango mientras que, en cambio, el reglamento estatal daba a dicho cargo nivel de secretario de Estado. Así, cuando un ministro venía a Barcelona o Pasqual Maragall (el alcalde de Barcelona también tiene rango de Secretario de Estado) coincidía con su entonces archienemigo Pujol, el conflicto estaba servido; aunque, por lo general Pujol acababa presidiendo el acto, bien por cortesía de la otra parte o bien porque su partido era la muleta parlamentaria del PSOE o del PP en Madrid y, por lo tanto, no había que hacer nada para enfurecerle (no fuera que se perdiese así alguna votación en el Congreso).

La situación ha llegado hasta nuestros días: hace algunos años, Artur Mas dejó tirada a toda la patronal catalana el día de la entrega de los premios Ferrer Salat porque Mariano Rajoy había delegado la representación estatal en la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría, y entendía que, en consecuencia, él era quien debía ocupar la presidencia del acto. Dejar pasar la oportunidad de dirigirte a un colectivo, y más si tiene la influencia del que acude a este tipo de actos, por diferencias sobre quién ocupa la silla principal es un error, dado que mucha gente no se enterará de las verdaderas razones por las que has dado la espantada, no podrás lanzar tus ideas y además los organizadores se quedarán con mal sabor de boca por culpa de tu numerito.

6

Tertulianos y tertulianos

En las tertulias, si eres una vaca sagrada, con una trayectoria profesional indiscutible, como le ocurre a Xavier Sardà, tertuliano en RAC1 y en La Sexta, así como colaborador en el *Hoy por hoy* con Juan Carlos Ortega, o eres una persona ya entrada en años y por lo tanto liberada de toda atadura, como le ocurre a Inocencio (Chencho) Arias, diplomático y ex secretario de Estado, magnífico tertuliano de Carlos Herrera en la Cope, puedes decir cualquier cosa con absoluta libertad sin temor a las represalias. Pero, para la gran mayoría, es habitual la pregunta, explícita o implícita: ¿a ti quién te envía? O peor todavía: ¿a ti quién te ha intentado vetar? Todos los que participamos en tertulias tenemos la experiencia de haber sido aleccionados por alguien de un partido a causa de la opinión inconveniente e inoportuna (desde su punto de vista) emitida sobre un tema de su interés. Mantenerse o desaparecer de una tertulia es algo complejo donde se mezclan un montón de factores: profesionales, relacionales, etc. En muchas ocasiones, el político que te reprende o te pone una cruz lo hace sin tan siquiera haber oído ese comentario en primera persona; sencillamente, alguien se lo ha contado o lo ha leído en un tuit. También se da con frecuencia el caso de que se crea la imagen de que ese o aquel tertuliano son protegidos de X o tienen hilo directo con Y. En muchos casos es una leyenda urbana, pero si logras fijar esa idea sobre ti es como contratar un seguro de permanencia en los medios, dado que apearte de una tertulia se convierte en una afrenta no a ti como tertuliano sino a tu protector.

En una divertida tertulia televisiva nocturna que se llamaba *La rambla*, dirigida por el simpatiquísimo Dani Domenjó y que se hacía en Barcelona Televisió (BTV para los amigos, la televisión del ayuntamiento de Barcelona), en un panel de tertulianos mayoritariamente de izquierdas e independentistas estaba con Andrea Levy, que aún no ocupaba un lugar en el Olimpo genovés como vicesecretaria general. No había coincidido con ella jamás, así que de entrada me sentí reconfortado por estar en una tertulia con otra persona en principio afín ideológicamente, cosa que en Cataluña no sucede con frecuencia en una tertulia si eres no independentista y/o de izquierdas.

Cuando Adolfo Suárez dijo que en la vida hay amigos, enemigos,

enemigos irreconciliables y compañeros de partido, se olvidó de los ex compañeros de partido; porque supongo que, por algún rumor o chismorreo tóxico de algún ex compañero mío de partido, ella decidió no atacar a sus adversarios naturales en esa tertulia sino a mí: me imputó militancia en C's por despecho —algo que no es cierto: jamás he militado en ese partido ni en ningún otro que no sea AP primero y el PP después, desde 1983 hasta 2009 — y no sé cuántas cosas más con una ira que me dejó noqueado. El resto de tertulianos asistían al espectáculo entre atónitos y divertidos, ¡cómo no! Durante la publicidad, intenté contemporizar con ella diciéndole que en esa tertulia yo era su aliado y no su enemigo, pero ella siguió en sus trece. Más de un compañero suyo de partido vio al día siguiente el vídeo del encontronazo en el portal *E-noticias*, una web de cabecera para todos los políticos y su entorno en Cataluña que dirige el mordaz Xavier Rius, siempre atento a los detalles, y recibí varias llamadas para quitarle hierro al asunto y contarme otras andanzas y chismorreos de la futura lideresa del PP en el nuevo milenio.

Por cierto, esa tertulia, que era plural y tenía un buen dato de audiencia para una televisión local como BTV, que en su conjunto tenía un seguimiento casi de encefalograma plano, fue de lo primero que Ada Colau se cargó al acceder a la alcaldía de Barcelona. Los tertulianos de la órbita de Colau habían podido participar en ese programa para defender sus ideas y propuestas para alcanzar el poder pero, a partir de ahora, sus adversarios no podrían hacerlo. El inicio de ese programa era muy original y eficaz para crear un buen ambiente de tertulia. En lugar de presentar a los tertulianos ya en sus asientos, Domenjó entraba en el plató flanqueado por dos tertulianos y charlando con ellos de cualquier tema liviano. Para el tertuliano era una gimnasia magnífica, que lo obligaba a tener otros registros que no fueran el sesudo análisis de la actualidad del día. Luego, en la tertulia, Domenjó imponía un ritmo frenético, al estilo de *59 segundos* pero sin segundera, que, al contar con seis tertulianos, resultaba muy dinámico y atractivo. Además de tener un panel más numeroso de lo habitual, el otro truco para que el programa fuera vivo y enganchase a la audiencia era tocar muchos temas en un programa y no limitarse a una sola materia; así, si un tema no interesaba a una parte del público, el siguiente sí.

Como muestra el encontronazo con Levy, la relación del tertuliano con los partidos cercanos a sus ideas siempre es difícil. En mi caso, al ser ex militante del PP, algunos populares, afortunadamente pocos con el paso del tiempo, me consideran un traidor, y en C's, algunos, más preocupados por ellos que por su entorno, recelan de mí por mi pasado popular. Aunque parezca chocante, con el PSC siempre he mantenido mejor sintonía.

A veces, la relación es compleja no solo con los políticos sino también con la empresa propietaria del medio, porque los intereses del tertuliano y los de la empresa o de los directivos chocan entre sí. Es famoso el caso de Ignacio Escolar, director de *Diario.es*, que contó en abril de 2016 que había

sido excluido de las tertulias de *Hoy por hoy*, el matinal de la cadena Ser, líder de audiencia en España, donde participaba todos los jueves desde hacía nada más y nada menos que diez años, por decisión personal de Juan Luis Cebrián, presidente de Prisa, que es, como se sabe, propietario de la Ser. Escolar escribió que la razón del veto fue que *Diario.es* había citado a Cebrián como uno de los titulares de sociedades *off shore* en Panamá. *Diario.es* solo se hizo eco de las informaciones difundidas en España por *elconfidencial.com* y La Sexta.

Las relaciones entre tertulianos también pueden condicionar la presencia de unos u otros en una tertulia. Obviamente, no todos los tertulianos son iguales ni tienen el mismo peso. Enfrentarte a según quién o caerle mal a un colega puede tener consecuencias fatídicas. La química entre tertulianos cuenta... y con el director del programa también.

Miquel Puig, economista prestigioso y tertuliano independentista, que fue candidato frustrado al Congreso por Democràcia i Llibertat (Convergència) en las elecciones generales del 20D de 2015, tenía la manía de darme golpecitos mientras se dirigía a mí, algo que me sacaba de quicio. Así que, una noche, mientras compartía tertulia con él en el programa *2324* del canal de noticias 3/24 le pedí airadamente, en antena, que dejara de tocarme. Entre eso y que él soportaba fatal que le llevara la contraria, dado que consideraba, como era cierto, que él sabía de economía mucho más que yo y que era inaudito que le contradijese, ya no nos pusieron más juntos en una tertulia. Con Andrea Levy no he vuelto a coincidir, aunque en este caso lo lamento.

Hay tertulianos expertos en crear situaciones tensas. Carlos Dávila es uno de ellos. Su tono siempre enfadado, su rictus serio y su retórica al límite garantizan siempre un berrinche en cualquier tertulia en la que participe. Esta situación, si es una constante, no es la óptima para un tertuliano, ya que creará incomodidad al director o al presentador del programa y hará la vida difícil al productor del mismo, que es el responsable de cuadrar paneles. Y un tertuliano no debe olvidar nunca que es un proveedor y un invitado, y que, por lo tanto, no es buen negocio poner constantemente en una situación tensa a un cliente si quiere fidelizarlo.

Algo que lleva casi de forma irremisible a generar tensión entre tertulianos es que uno de ellos decida mantener el debate durante la publicidad. A mí me parece especialmente irritante. Tian Riba, uno de los dos periodistas que analizan la tertulia de RAC1 dice, y no le falta razón, que lo más interesante se dice durante la publicidad; pero una cosa es comentar, y la otra, seguir enfrascado en la discusión.

Otra forma de actuar que garantiza un agarrón ocurre cuando, de entrada, sin venir a cuento, entre tertulianos que no se conocen de nada, uno usa un tono ofensivo o cargado de epítetos no solo hacia el otro tertuliano sino hacia sus ideas. El tanteo previo entre desconocidos es casi una norma de cortesía no escrita, así que entrar a saco garantiza que el mal ambiente

esté garantizado durante todo el programa. Todo ello es muy amateur. Durante un tiempo, Jordi Basté invitó a la tertulia a Quico Sallés, un periodista algo más que muy independentista, pero magnífico profesional y mejor persona. Lo más interesante era nuestro intercambio de información y datos durante la publicidad y, cuando no teníamos nada de que hablar sobre la tertulia, hablábamos de niños y del colegio al que habíamos ido, que resultó ser el mismo. Una misma educación para ideas tan distintas. Cuando el programa volvía a arrancar, seguíamos argumentando al límite para defender nuestras posiciones y atraer la atención de la audiencia.

Pero lo peor para una tertulia no es la tensión, sino los casos en los que esta puede romperse. Eso suele suceder cuando uno de los invitados no es radical sino directamente extravagante y está fuera de cualquier raciocinio mínimamente razonable. En Reino Unido, la controversia sobre si los miembros del partido filonazi BNP debían asistir a debates en la televisión pública generó un gran revuelo. En 2009, centenares de personas se apostaron a las puertas de la BBC para evitar que el líder de ese partido, Nick Griffin, que tenía por entonces dos eurodiputados, participara en su tertulia estrella, *Question Time*. El Partido Laborista fue el que más puso el grito en el cielo, por el hecho de que una formación que no admite a negros entre sus militantes (aunque tampoco creo que ninguno se haya planteado seriamente su militancia en ese partido) y niega el Holocausto tuviera minutos en un canal público. La BBC respondió que sus estatutos la obligaban a ser neutral y que Griffin era un eurodiputado votado por los ciudadanos británicos. Walter Oppenheimer, que fue corresponsal de *El País* en Londres, nos recuerda que hay precedentes en sentido contrario: Margaret Thatcher prohibió el acceso de los miembros del Sinn Fein, brazo político del IRA, a los medios de comunicación. El entonces director de la BBC, Mark Thompson, en relación a la polémica generada por la presencia de un líder del BNP en sus estudios, no albergaba dudas sobre la solución: «Si hay razones para aplicar la censura, eso es algo que se debe debatir y decidir en el Parlamento. La política de censura no puede ser decidida por la BBC». La polémica generada por la presencia o no del líder ultra en la BBC fue, como suele ocurrir siempre, bien capitalizada por este. Al iniciarse el programa dijo: «Quiero dar las gracias a la clase política y a sus aliados por ser tan estúpidos. El enorme furor que ha creado la clase política en torno a este programa nos ha llevado a niveles de reconocimiento público que nunca habíamos alcanzado hasta ahora».

No he pedido jamás que no me hagan compartir panel con un tertuliano u otro, pero es cierto que, cuando coincides de forma reiterada con algunos, incluso cuando no tienes afinidad ideológica, creas una complicidad que permite hasta giros y juegos verbales que pueden resultar divertidos para la audiencia, siempre y cuando no caigas en una jerga demasiado privada que el público no pueda seguir. Cada tertulia y cada programa deben ser nuevos, sin un guion de continuidad con el espacio de la semana o del día anterior,

puesto que no podemos dar por sentado que la audiencia esté escuchando diariamente, y durante todo el tiempo, ese programa. En el *Debat* de La 1, para la desconexión de TVE en Cataluña durante las elecciones generales de diciembre y junio de 2016, crearon un panel formado por Nacho Martín Blanco, Toni Aira, Toni Bolaño, Andreu Mayayo, Esther Vivas, Jordi Mercadé y yo mismo, y dirigido por Quim Barnola, siempre atento a que no nos pisáramos y a que se respetaran tiempos y espacios.

Ese se convirtió para mí en uno de los programas más exigentes, dado que, al conocer la argumentación del resto de asistentes, estás obligado a trabajar mucho antes de acudir a los estudios para tener nuevos argumentos con los que sorprender a tus contertulios y, con ellos, a la audiencia. Ser repetitivo aburre y da sensación de estar indocumentado. Ese programa tenía más elementos por los que resultaba exigente para el tertuliano. Una de ellos era su pluralidad, ya que entre todos los presentes había representantes de todo el espectro político. (En muchas ocasiones se critica a TVE y se pone en cuestión su pluralidad, y no se tienen en cuenta programas como este.) La otra razón de la exigencia era la hora tardía de la emisión del programa, siempre entre las doce y la una de la madrugada, tras *Cuéntame cómo pasó*. Un programa que empieza tan tarde obliga al tertuliano a tener un tono vital alto, a realizar intervenciones breves pero contundentes; si estas son largas, reflexivas o con voz apagada, la audiencia, ya en descenso a esa hora, se hundirá del todo. Otros dos factores obligaban a tener una especial concentración en este espacio: el primero es que al ser de La 1 no tiene cortes por publicidad, y en una tertulia es importante no desaparecer del fragor de la batalla durante mucho rato, dado que reengancharte es muy difícil; y el segundo es que Barnola invita cada semana a alguna personalidad (líderes de partidos, consellers, etc.), a la que todos podemos hacer una única pregunta. Así, es fundamental preparar antes del programa diversas interrogaciones, ya que si no eres el primero en interpelar al invitado puedes quedarte sin cuestión.

Un detalle fundamental para que una tertulia funcione es llegar con tiempo al programa. Además de relajarte, eso permite saber los temas, saludar a los invitados, si los hay, y a las personas que los acompañan, que suelen ser buenos contactos del equipo de comunicación, intercambiar unas palabras con el equipo de producción, etc. En definitiva, hacerte una composición de lugar. La puntualidad en las tertulias televisivas está garantizada ya que antes debes pasar por maquillaje; no así en la radio, donde la falsa comodidad de poder llegar con el tiempo justo para entrar en el estudio es un error. El mejor método de que una tertulia de radio te salga bien, además de haber estudiado y preparado los temas, es ir al programa escuchándolo para saber el tono y las materias que se están tocando. Eso te permite citar, contextualizar y ampliar tu abanico de intervenciones.

Las tertulias televisivas te obligan a tener en cuenta infinidad de detalles, mientras que en la radio puedes concentrarte casi exclusivamente en el

diálogo. Una tertulia televisiva, sea matinal o de tarde/noche, empieza a primera hora en casa. ¿Qué ponerte? Si el plató tiene croma, no puedes llevar camisa ni chaqueta azul, huye de las corbatas con chiribitas... aféitate si no llevas barba. Si la tertulia es de tarde, y no vas a volver a pasar por casa, llévate una maquinilla para repasar el afeitado antes del programa y una camisa colgada en el coche, por si la que llevas se arruga en exceso o se mancha. En la radio puedes dejarte caer en la silla, rascarte la cabeza, perderte en el móvil... lo que sea; en la televisión no, pues no sabes cuando estás en pantalla: espalda recta —algo que me resulta imposible—, atención constante a todos los detalles. Es distinto un plató donde la disposición de los tertulianos es con mesa que sin mesa. Esta segunda opción es aún más compleja. Hay que tener en cuenta el calzado, limpio y que no esté muy gastado, los calcetines, la manera de sentarse. Entre tirarte como en un triclinio romano o estar demasiado erguido hay un punto medio que podríamos denominar de la naturalidad calculada. Si el plató tiene una mesa todo es más fácil, ya que la mitad de tu cuerpo queda fuera del examen de la audiencia. En la temporada de 2016, La 2 de Televisión Española en Cataluña incluyó una novedad en su programa *El vespre* que hace aún más difícil la tertulia: tres invitados de pie, con un atril como si fuera un debate electoral. Mantenerte erguido, no apoyarte o no ladearte te obliga a estar aún más pendiente de los detalles. Tengo el vicio de que, cuando paso mucho rato sentado a una mesa en una reunión larga o en una tertulia de dos horas, como en *Els matins* o *El món* en RAC1, me piso el talón del zapato con el pie por fuera: ahora en La 2 no podré hacerlo. El atril es un paso más hacia la espectacularización de las tertulias, con un formato igual al de un debate electoral en Estados Unidos, con los tertulianos más desprotegidos y con mayor peso de la gestualización y de la interpelación directa.

7

Pensar lo que se dice

El tertuliano, en su inmensa mayoría, no es libre de opinar al cien por cien. Ya se sabe que solo los niños y los borrachos dicen abiertamente las verdades. En cualquier caso, todo trabajo tiene condicionantes y, por lo tanto, la situación del tertuliano no es excepcional.

Bernat Dedéu, que además de filósofo y músico es un divertido tertuliano de *La Sexta Noche* y *Espejo público*, tiene mi rendida admiración, dado que es de los que no parecen tener mamparas en el cerebro y siempre dice lo que piensa de todos y de todo sin tener en cuenta las consecuencias, que, en muchos casos, ha sido salir en globo de los medios donde colaboraba. Con todo, esa forma de proceder le ha permitido reaparecer al poco tiempo en otros medios que no han tenido inconveniente en ficharlo, como mínimo hasta el siguiente encontronazo. Reconozco que no tengo la valentía de Dedéu, quizá por eso tampoco su éxito.

No hace falta que nadie te imponga nada o te dé instrucciones; eso no suele suceder: es instinto de supervivencia. Quien debe marcar la pauta del programa y poner límite a la crítica es el director o el presentador. Si no estás dispuesto a jugar según las reglas del medio al que acudes, y vas al estudio o plató con ganas de cuestionarlo y reventarlo todo, tendrás, posiblemente, una presencia efímera en dicho medio. Eso no significa aceptar censura alguna. Solo cuando el medio es claramente parcial, hasta el punto de llegar a la manipulación, el tertuliano está facultado para cruzar el Rubicón. Parecerá contradictorio, pero si acudes a un programa con una línea ideológica muy alejada de las posiciones que tú defiendes, no debes cortarte.

Te han invitado para exponer tu punto de vista, para generar polémica y para que no haya uniformidad, así que, si te achantas, no cumples con la expectativa creada. Con corrección todo se puede decir. Si hay algo que altere a los demás contertulios y a la audiencia que discrepa de tus puntos de vista es que defiendas ideas con calma y sin alzar la voz. Si te dejas intimidar por el ambiente, el escenario o por un exceso de tertulianos o presentadores contrarios a ti buscarán a otro. No hay que confundir esta actitud con que consientas que te humillen o con que asistas a un programa solo para que te machaquen. Eso no hay dinero que lo pague.

Hay una serie de preguntas claves: ¿cuáles son los intereses del medio? ¿Qué propietarios tiene? ¿Quiénes son sus ejecutivos? ¿Qué personas avalan la presencia del tertuliano en el medio? ¿Qué relaciones e intereses tiene la empresa con el poder, con la oposición o ciertos sectores sociales y empresas? ¿En qué proyectos profesionales está pensando el tertuliano, como por ejemplo meterse en política o dirigir la comunicación de una institución determinada? ¿Qué otros clientes o intereses personales tiene el tertuliano? Todas estas cuestiones condicionan la opinión que emite un tertuliano; si no lo hacen, es que este es un suicida irresponsable. Los grupos de comunicación, incluso los medios, no son uniformes. Los diarios regionales como *El Correo* o *La Vanguardia* aspiran a ser medios paraguas, donde todas las opiniones caben y coexisten. En *La Vanguardia*, por ejemplo, un independentista como Francesc-Marc Álvaro comparte página con colaboradores antagónicos como Francesc Granell. Eso no ocurre con los medios nacionales, donde la línea editorial es mucho más homogénea, aunque nunca única. Dentro del mismo Grupo Godó, las posiciones políticas de Màrius Carol, Jordi Basté y Josep Cuní son muy distintas, pero el respeto entre ellos es inmenso y colaboran entre sí no solo porque la empresa se lo pida. En otros grupos, como Atresmedia conviven medios de derechas, como *La Razón*, con medios claramente de izquierdas como La Sexta y medios transversales como Antena 3 u Onda Cero, donde la línea editorial de David del Cura, Julia Otero o Isabel Gemio es distinta y coexiste en la misma frecuencia. Así que un tertuliano colaborador del grupo Planeta que participe en varios medios, cosa habitual, deberá saber que ha de mantener su coherencia y línea argumental, aunque no tenga la misma comodidad en todos los espacios.

El tertuliano debe tener muy en cuenta la cobertura del medio: cuanto más global es, has de tender más al titular que al detalle. En una tertulia de un programa nacional, debes saber dar claves globales que ayuden a comprender la situación, sus causas y sus consecuencias. Los detalles pueden ser aburridos y, además, no interesan. En una noche electoral autonómica para un canal nacional hay que explicar cuestiones que en un programa local dejarían estupefactos a los oyentes, que las dan por sabidas, como el número de diputados, el sistema de elección del presidente y asuntos similares.

8

Taxonomía del tertuliano

Podemos definir tres tipos básicos de tertuliano: el tertuliano periodista, el tertuliano ex político y el tertuliano «cualquier otra cosa», habitualmente profesor de universidad. Se pueden establecer unas características que, sin ser válidas para todos, suelen caracterizar a cada uno de estos tipos de tertulianos. Veamos.

Los periodistas son los que manejan más y mejor información.

Los ex políticos son los mejores polemistas (salvo casos como Inda o Marhuenda, capaces de desquiciar no solo a la audiencia que no comparte sus opiniones sino incluso al tertuliano más experimentado). Los ex políticos han de luchar contra el riesgo del monólogo y solo triunfan si consiguen despegarse de su personaje anterior. El tertuliano ex político debe saber pasar de su papel de entrevistado a formar parte de una melé.

Los «cualquier otra cosa» suelen ser los que mejor contextualizan, los más eruditos y quienes acumulan más datos. Sin embargo, excepto cuando están ya más experimentados, con ellos se corre el riesgo de que no den de sí todo lo que podrían por su falta de dominio de la situación.

Si los clasificamos por afinidad ideológica, un tertuliano al que la audiencia identifica en una determinada posición no tiene por qué ser visto con iguales ojos por el *aparatchik* y el equipo de comunicación del partido, que lo que busca es adhesión inquebrantable. En los cuarteles generales de las formaciones políticas muchas veces no se dan cuenta, o no quieren ver, que el seguidismo sin más desprestigia al tertuliano y al medio en el que participa. El resultado es que acaba quemado para la audiencia, que además será menguante. El tertuliano que siga ciegamente consignas de partido está condenado a depender del favor de su equipo de comunicación para trabajar, dado que recibirá poco cariño de los productores y directores de los programas. Un tertuliano puede estar muy cercano al PSOE o al PP y ser muy amigo de Verónica Fumanal, directora de comunicación de Pedro Sánchez, o de Carmen Martínez Castro, homóloga de Fumanal en el equipo de Rajoy, pero si se empeña en defender lo indefendible, como la «correcta» actuación del PSOE en el caso de los ERE o del PP en el caso Gürtel, hace un flaco favor al medio y a sus «amigos».

Me divierte mucho repasar las menciones que llegan a mi cuenta de

Twitter tras un programa, y en las que, de forma consecutiva, soy acusado en un tuit de pepero, y en el siguiente, de naranja, mientras que para el espectador u oyente independentista soy simplemente un unionista radical; y aunque muchos insisten en atribuirme militancia, no llegan a ponerse de acuerdo en dónde ubicarme.

Una cuestión nada menor para que un tertuliano tenga credibilidad desde el primer momento es cómo es presentarlo y qué carguillo sale en el *cairon*. Casi nunca ex diputados o ex altos cargos acudimos a tertulias en condición de tales, sino como profesores de universidad, consultores de comunicación, etc. Ligarte a un partido es un argumento que un adversario puede usar siempre para desacreditarte, dado que esa vinculación resta independencia de criterio de cara a la audiencia.

En infinidad de ocasiones, Pilar Rahola usó contra mí, en el *Tallat party* de RAC1, el argumento de que yo era asistente parlamentario de Vidal-Quadras y siguió utilizándolo cuando este perdió el escaño en el Parlamento europeo y me contrató Juan Carlos Girauta. Así intentaba desacreditar mis intervenciones. La idea era: si trabajas para un político o formas parte de un partido no eres libre, tu opinión es sospechosa (un argumento no reversible, al menos para ella).

Periodista Digital, diario online dirigido por el escritor, periodista y polémico tertuliano Alfonso Rojo, que fue trending topic cuando en *La Sexta Noche*, en abril de 2014, llamó «gordita» a Ada Colau, publicó en diciembre de 2014 un reportaje en el que citaba una larga lista de ex altos cargos del PSOE en la Junta de Andalucía que se habían transformado en tertulianos de Canal Sur y se presentaban como antropólogos, sociólogos, etc. Obviamente, estas personas tienen mucha más notoriedad social por ser tertulianos ahora que por su cargo anterior en la administración, e imbuidos de esa independencia, sabiduría e imparcialidad analítica prestan un gran servicio de apoyo a los mensajes que le interesa lanzar al gobierno de la Junta.

Es cierto que hay tertulianos con una capacidad de adaptación al momento y al mensaje que, en ocasiones, causa estupor. Sin embargo, esto es difícil: no todos los que lo intentan lo consiguen sin ver su credibilidad menguada, ya que la audiencia identifica, y así debe ser, al tertuliano con unas ideas y unos temas determinados: Carlos Rodríguez Braun con economía, Edurne Uriarte con temas vascos, etc.

En Cataluña, ha habido muchos tertulianos conversos a la causa separatista u otros que han salido rebotados del PP y han recibido el premio de ser llamados habitualmente por los medios para rajar a placer de su ex partido. Pocas actitudes congracian más en Barcelona con el poder establecido y con parte de la opinión pública que poner a parir al PP o a C's. Ejemplos de ello son Montse Nebrera y Josep Curto. La primera pasó de aspirar a la presidencia del PP catalán contra Alicia Sánchez-Camacho en 2008 a ser candidata, fallida, de CDC en Sant Just Desvern en las municipales de mayo de 2015, y participa en tertulias y escribe artículos

tanto en la radio pública Catalunya Ràdio como 8TV, la televisión del Grupo Godó editor de *La Vanguardia*, y el diario independentista *El Punt Avui*, generosamente subvencionado por la Generalitat de Catalunya. Josep Curto, ex portavoz parlamentario del PP en los años noventa, pasó a ser crítico de forma sistemática y fue premiado con una presencia frecuente en Catalunya Ràdio y otros medios.

La conversación sobre tertulianos y la línea de las tertulias es algo habitual entre directores y productores de programas con equipos de comunicación y dirigentes políticos, y no pasa nada porque sea así, a condición de que el político respete el espacio del medio, lo cual no siempre sucede, en especial en los medios públicos. Sus directivos no temen tanto a la oposición como a sus propios «jefes» políticos, que, al haberlos designado, se creen con derecho a que se atiendan todas sus peticiones. Es cierto que les es muy difícil no plegarse, ya que en la conversación siempre está implícito el recuerdo de quién realizó el nombramiento y quién tiene el botón nuclear de la destitución.

Un tertuliano me llamó una vez, bien entrada la noche, para contarme que, tras participar en 2014 en un programa de radio nocturno de una cadena nacional, recibió, estupefacto, una llamada de un alto cargo «monclovita» para abroncarlo por haber comentado en antena el vídeo que Alejo Vidal-Quadras había enviado a la militancia del PP esa mañana para justificar su abandono del partido. Eso sí, el director podía dormir tranquilo: en Moncloa se le escuchaba.

Todavía es más complejo, y casi imposible de detectar por parte del oyente, el caso en el que el tertuliano es promovido por un político con el objetivo de que se hable bien de él o se le defienda cuando está en apuros y, así, promocionar o proteger una carrera política. El periodista Jaume Alemany fue condenado a prisión por redactar discursos para Jaume Matas, entonces presidente de la Comunidad Autónoma Balear. Contar con un tertuliano para que ensalce la labor de un político es una tentación comprensible pero es una decisión estéril e inútil: cuando las cosas van bien no hace falta, y cuando van mal no puede frenar el tsunami. A pesar de todo se dan muchos casos.

Hay que ser muy imprudente para que el político lleve a cabo esa gestión directamente. Cuando la identificación entre el político y el responsable de informativos o director del medio es muy directa, el segundo puede hacer la labor de captación o liquidación de tertulianos a conveniencia. Los cambios en Canal 9, cuando existía, o en TeleMadrid para promocionar o finiquitar a amigos de Francisco Camps o de Cristina Cifuentes, respectivamente, en lugar de los que cuidaban la imagen y la reputación de Eduardo Zaplana o Esperanza Aguirre se traducen en ceses de directores de informativos o programas, pero también en cambiar las parrillas de tertulianos. En esos mismos casos, también es habitual que el medio cubra «la cuota» de presencia de la oposición con tertulianos críticos con la dirección del partido

afín.

El controvertido Consell de l'Audiovisual de Catalunya (CAC), un organismo que (se supone) debe velar por la pluralidad de los medios públicos en Cataluña pero que no es más que un juguete en manos de los independentistas, computa en sus informes de minutaje, por ejemplo, a los citados Nebrera y Curto como no independentistas, cuando en realidad sus invectivas contra el PP son de lo más venenosas.

9

Cómo me convertí en tertuliano

Las primeras tertulias en las que participé fueron las de Televisió de Mataró, una cooperativa local, liderada por el ya fallecido Josep Lluís Lligonya, que inicialmente realizaba sus modestas emisiones desde una pequeña galería de arte. Esas tertulias eran un verdadero máster de aprendizaje y muy auténticas: recursos limitados de producción, decorado de obra de teatro escolar, nada de maquillaje. Todo sucedía tal y como lo veía la audiencia, que además era mucha.

La televisión local irrumpió con mucho éxito en un momento en el que había poca oferta de canales y mucha publicidad. La 1 aún emitía anuncios y la televisión local era el primer refugio del zapping (y la que lo hacía bien consolidaba espacios con audiencia propia). En Televisió de Mataró, los informativos que capitaneaba Anna Pala y el programa de debate semanal *Pantalla oberta* consiguieron tener verdadera influencia en la vida política y social de la ciudad. El programa de debate estaba dirigido, y sigue estándolo, por Pep Andreu, un periodista como la copa de un pino que organizaba una cena previa en una pizzería entre los invitados para sonsacarnos los temas y preparar la emisión. ¡El programa podía durar hasta la una de la madrugada y se alargaba durante tres horas! Cuando salías, te dolían las piernas, la cabeza, el trasero y todo lo demás. En una ocasión, el concejal de Obras, Francisco Melero, se levantó a media tertulia y dijo en directo: «Voy a mear». Como en un bar. En esas tertulias participaban representantes de asociaciones de vecinos u otros grupos, así que las discusiones eran acaloradas, los tertulianos entusiastas y sus intervenciones a tumba abierta. Los temas no siempre se centraban en asuntos locales: uno de los debates más alucinantes se ocupó de las pruebas nucleares que el gobierno de Francia, con Jacques Chirac de presidente, había realizado en el atolón polinesio de Mururoa.

Tuvimos otros muchos sobre temas como las escuelas en catalán en el sur de Francia, el aborto y no sé cuántas cuestiones inauditas más. En esos debates, ponderar, pactar, vamos, templar gaitas, era imposible: la vehemencia y la convicción de los interlocutores era tal que te condenaban a defenderte de una catarata de acusaciones e intentar argumentar, en algún momento, de forma desacomplejada. Si alguien de derechas estaba viendo

esos debates, como mínimo se sentiría reflejado en ti. Esos debates de un tiempo previo a Google y a Wikipedia, eran, además de extenuantes, magníficos. Los participantes eran personas sanas con las que aún hoy, pasados los años, te encuentras por la calle y comentas aquellas noches de *La clave* en versión local. Otros se marchaban del programa verdaderamente enfurruñados porque, tras tres horas, no habían tenido suficiente tiempo para explicarse y enfadadísimos contigo por no darles la razón. Todos tenían en común una frase: «Dígale a Aznar que...». Como si yo hablara con José María Aznar cada día, cuando en realidad había cruzado con él literalmente tres palabras dos veces en mi vida... Sin embargo, no era cuestión de que uno se rebajara en la pequeña pantalla ante la influencia que los demás te suponían.

En los años noventa, gracias a Ramon Miravitllas, maestro entre maestros, empecé en esto de las tertulias, fuera de las que acudía como concejal en la televisión local de Mataró. Por aquel tiempo, la Diputación de Barcelona, en manos socialistas, había creado una red de emisoras a la que llamó COM Ràdio para competir con Catalunya Ràdio, la emisora pública controlada por los entonces llamados nacionalistas moderados de CiU, que la pastoreaban a su gusto y conveniencia como si fuera una empresa privada pero pagada con el dinero de todos.

En los magníficos estudios de COM Ràdio, en el recinto de la Maternidad, al lado del estadio del FC Barcelona, se tiró la casa por la ventana y, al estilo de los estudios de radio y televisión antiguos que Robert Redford plasmó en *Quiz Show*, había incluso un piano de cola. Allí empezaron a foguearse muchas de las figuras políticas de años venideros en la política catalana e incluso nacional: Carme Chacón, por entonces concejal; Joana Ortega, también concejal que llegó a la vicepresidencia de la Generalitat y fue imputada por su responsabilidad en no frenar la convocatoria del referéndum del 9N sobre la independencia a pesar de la prohibición del Tribunal Constitucional; Joan Ridao, que fue líder de ERC en el Congreso; Josep Rull, conseller de la Generalitat; Gabriel Colomé que fue portavoz del PSC en el ayuntamiento de Barcelona; y un largo etcétera, algunos hoy buenos amigos que, vista su brillante trayectoria, son gente mucho más talentosa que yo.

Esos programas-tertulia duraban ¡¡¡dos horas!!! y, además, como la publicidad escaseaba, dado que era una emisora pública, donde el dinero no era lo más importante para sus gestores, eran casi dos horas de tiempo real, como en el baloncesto. Era un tipo de tertulia pausada, en la que el exceso de estridencia y la superficialidad eran considerados de mal gusto. Dejando a un lado la línea editorial, que estaba en las antípodas de la mía, me recordaba *La espuela*, la tertulia de Carlos Dávila, Ramón Pi y Alejo García que estuvo en antena todas las medianoches entre 1988 y 2001, compitiendo nada más y nada menos que con el imbatible José María García, desde el dial de Cadena Ibérica, posteriormente Radio España.

Una tertulia nocturna es mucho más pausada que la de un programa matinal. La redacción vacía, los temas del día ya fijados, la posibilidad de analizar lo que ha sucedido y no especular sobre lo que pasará. Incluso las sintonías de los programas nocturnos invitan mucho más a la relajación y a la conversación tranquila que el debate estridente o la hiperactividad matinal. Solo el malogrado Joan Barril, precisamente en COM Ràdio, intentó ir contracorriente y realizar un programa matinal con canciones del belga Jacques Brel y un ritmo pausado. No tuvo éxito.

Además, las tertulias nocturnas son más fáciles de preparar que las matinales: mientras viajas en coche de tu casa a la emisora, puedes ir zapeando entre la Cope, la Ser y Onda Cero para que entre Juan Pablo Colmenarejo, David del Cura, Àngels Barceló y sus tertulianos te den las claves para la tertulia a la que te diriges. Los profesionales y los medios de comunicación catalanes no prestan mucha atención a los medios nacionales que, en cambio, consiguen buenos niveles de audiencia entre la opinión pública catalana y, además, en muchos casos están dirigidos por catalanes o profesionales muy vinculados a Cataluña. Es el caso de Carles Francino o Àngels Barceló en la Ser; Carlos Herrera, que desde la Cope recuerda por antena, siempre que puede, su infancia en Mataró; o Julia Otero, que realiza el programa indistintamente desde los estudios de Onda Cero en Madrid o en Barcelona. Esto permite hacer acopio de argumentos sin el peligro de ser acusado de plagio.

Ramon Miravitllas, desde una inteligente ironía, sigue desmenuzando la actualidad todos los fines de semana con Isabel Gemio en su programa *Te doy la palabra* de Onda Cero, pero COM Ràdio ya no existe. Cuando CiU alcanzó el poder a ambos lados de la plaza de Sant Jaume y controló, a la vez, ayuntamiento y Generalitat en 2011, la cadena perdió su razón de ser, que no era otra que oponerse a Convergència i Unió y apoyar al PSC incondicionalmente. Hasta su fin, COM Ràdio invitaba cada noche, de lunes a viernes, de la mano de Enric Hernández, uno de los mejores productores de radio que hay en Barcelona, a tres tertulianos, una por tendencia política. PSC y CiU tenían siempre una silla garantizada. ICV (la versión catalana de Izquierda Unida) y PP se turnaban, ERC empezaba a emerger tímidamente y no había ni atisbo de fenómenos posteriores como la CUP, Podemos o C's.

Yo acudía como parte de la indisimulada cuota del PP de Cataluña porque era concejal en Mataró. Aunque parezca increíble, no había tortas por ir a una tertulia y menos a las diez de la noche en una emisora socialista que no escuchaba casi nadie aunque pagaran increíblemente bien: 12.000 pesetas (72,12 euros). Casi veinte años más tarde, los precios que se pagan por tertulia han caído tanto que en alguna emisora pagan solo 18 euros más. Así las cosas, entre la escasez de concejales del PP en Cataluña y las pocas ganas que tenían de ir, en ocasiones yo acababa participando en la tertulia dos veces por semana.

Actualmente, los secretarios de comunicación y los dircom (palabro-

acrónimo odioso) de los partidos usan la designación de tertulianos como un atributo de su poder, para mostrar al designado el favor del líder del partido, para promocionar a futuros candidatos o facilitar una salida laboral a los cargos electos o de la administración que han cesado o no han sido reelegidos. En los noventa, si ibas a una tertulia cobrabas bien, te daban las gracias y podías decir lo que te diera la gana porque, en el caso de COM Ràdio, la audiencia era muy baja y, por lo tanto, tu opinión era intrascendente.

El cierre de COM Ràdio no fue inmediato tras la victoria de CiU en la primavera de 2011. Una de las primeras decisiones que tomaron los nuevos gestores nacionalistas fue cargarse el programa nocturno de Miravitllas. Ramon era un socialista a la vieja usanza, poco simpatizante de la causa separatista, que ganaba fuerza día a día, y a la que CiU se estaba ya abrazando con entusiasmo. Así, pues, desde la lógica de la ocupación del poder tocaba prescindir de él al ganar las elecciones. Quisieron despedirlo sin indemnizarle y, afortunadamente, la justicia le dio la razón y, como mínimo, cobró lo que se le debía y habían intentado escamotearle de forma mezquina.

A algunos tertulianos nos recolocaron por un tiempo en el programa matinal. Yo sobreviví porque, al inicio de la legislatura, el PP había apoyado a CiU en la Diputación de Barcelona para desbancar al PSC, y el director de informativos, el genial Pablo Planas, que actualmente realiza para *Crónica global* el mejor resumen de portadas de la prensa española, veló por mí. En el programa matinal conocí a nuevos y grandes profesionales y hoy amigos, como Toni Aira, Toni Bolaño, quien había dirigido la comunicación de José Montilla, uno de los ejercicios profesionales más complejos que puedo imaginar, y autor de un magnífico libro sobre la CUP titulado *Extremo nordeste*, Miquel Martín, secretario de comunicación de la Generalitat con Carles Puigdemont o Iu Forn, colaborador de *La Sexta Noche* y de *El Nacional*, el digital de José Antich, ex director de *La Vanguardia*.

Al poco tiempo el PP y CiU, debido a la deriva separatista de los de Pujol y Mas, rompieron su acuerdo en el gobierno de la Diputación de Barcelona. Entonces, desde la dirección de COM Ràdio, encabezada por Francesc Pena, hombre cercano a Francesc Homs, consejero de la Presidencia de la Generalitat, se ordenó que dejaran de llamar a unos cuantos tertulianos, yo entre ellos. Así, dejé atrás casi dos décadas de colaboración. No hacían falta explicación ni indemnización dado que era un colaborador externo. Supongo que no ser lo que ellos llaman soberanista y, por tanto, no ser útil a sus intereses fue la razón, pero nadie me dio ninguna.

Lo que terminó con COM Ràdio no fue la voluntad de racionalizar el espacio de comunicación público en Cataluña o ahorrar dinero público, sino la crisis y la imposibilidad de mantener ese conglomerado de comunicación y sus elevados costes. Actualmente, COM Ràdio se llama La Xarxa y mantiene aún una plantilla de 180 personas dedicada a generar contenidos

de claro sesgo ideológico para medios de comunicación de titularidad municipal. La parcialidad es tal que muchos de los productores que trabajan allí se niegan a que sus nombres salgan en las cabeceras de los programas.

A finales del 2011, llevaba ya cinco años fuera de la política, de la que todo el mundo dice que se va, por lo que yo debo ser el único al que echaron. De mi despido como diputado me enteré a través de una llamada de Pere Rusiñol, un periodista de *El País*, que me informó de que al día siguiente iba a publicar los nombres de la lista del PP, entre los que el mío no constaba, y, por lo tanto, mi defenestración. Así fue como supe que no repetía en las listas como diputado, una especie de ultraje a lo general romano tras perder una batalla, con arranque de galones en público. A esta humillación me sometieron el entonces líder del PP catalán, el ex ministro Josep Piqué, y Francesc Vendrell, portavoz parlamentario del PP, hoy impúdicamente recolocado como ayudante del Síndic de Greuges (el Defensor del Pueblo en Cataluña), que dirige el ex comunista Rafael Ribó, tras haber sido ponente en el Parlament de la ley que regula dicha sindicatura.

Para mí, tras una vida en AP y luego en el PP, donde había hecho de todo (pegar carteles, viajar al País Vasco para realizar funciones de apoderado, cruzar España en bus para llenar mítines de Fraga, etc.), fue algo no inesperado (tanto Piqué como Vendrell me mostraron su animadversión durante toda la legislatura) pero sí triste. Especialmente decepcionante fue comprobar cómo gente con la que había tenido relación toda mi vida (como el secretario general del PP catalán, Rafael Luna, o la presidenta del PP de Barcelona, Dolors Montserrat) fue incapaz de tener contacto alguno conmigo (ni llamada, ni mensaje ni nada), como si se me hubiera tragado la tierra.

Un buen día de ese otoño de 2011 me llamaron del programa nocturno de RAC1, emisora propiedad del Grupo Godó, y emergente en aquel momento como alternativa más fresca y dinámica a Catalunya Ràdio. Acudí a una tertulia distinta de las que estaba acostumbrado, con más tertulianos y viva, menos formal, más rápida, pero más digerible para la audiencia. Al finalizar, el director del programa, Xavi Freixes, encantador, me felicitó y me dijo que nos veríamos pronto. Me marché contento por sus palabras y por haber conocido a Lluís Foix, padre de grandes periodistas. Y aunque constaté que lo que pagaban por tertulia en una emisora privada era menos que en la pública COM/Xarxa me pareció fenomenal, porque cualquier ingreso vale para capear la crisis.

Todo el mundo que se mete en política dice que se gana la vida mejor fuera de la misma, pero yo, otra vez contracorriente, constato que sin el paraguas institucional hace mucho frío y el viento siempre sopla de cara. Así que, al cabo de unos días, mi inventé que tenía una llamada perdida de RAC1 y llamé para ver si lograba que me invitaran otro día y entrar en el circuito.

Para alguien como yo, con una microempresa de comunicación metida de

lleno en la crisis, como casi todo el mundo en 2011, las tertulias fuera del horario normal de trabajo, en este caso de noche, son buenas tanto por el dinero como por la gente a la que conoces, a la que luego te puedes dirigir con las historias de tus clientes para que las publiquen. Es lo que lo fifís llaman *networking*.

Intenté esa misma operación de hacerme pasar por receptor de llamadas inexistentes otras tres o cuatro veces. A la quinta, Freixes me conminó a que llamara a Eduard Pujol, el director de la emisora, alegando que era él quien debía autorizar que se me invitara a la tertulia. Seguramente, era una forma amable de quitárseme de encima. El pobre director, al que, como no avasallé, fue amable pero inconcreto. En realidad, nunca más me llamaron para ese programa.

Con el paso de los años, en la misma RAC1 me empezaron a invitar a la tertulia matinal de Jordi Basté, debido a la deserción de Paco Marhuenda tras su enésima pelea con Pilar Rahola. Los contertulios son de primer nivel (Màrius Carol, el director de *La Vanguardia*; Xavier Sardà, siempre acompañado del Sr. Casamajó, una especie de Josep Pla imaginario; y Pilar Rahola, una mujer que no acepta tablas y encaja regular las derrotas, incluso las dialécticas). Siempre he agradecido a Eduard Pujol la elegancia con la que, cuando muchos lunes coincidimos al finalizar la tertulia, no me ha recordado jamás este episodio, siempre abochornante, de las llamadas plasta para pedir tertulias. En realidad, no sé si lo recuerda.

La tertulia matinal de los lunes en RAC1 es en la que me siento más cohibido y pequeño. Cada lunes viene a ser como salir a jugar una gran final. Tanto por la audiencia, más de 600.000 personas, como por las personas a las que acompaño. Tres años después, no puedo dejar de sentirme un espectador privilegiado del espectáculo radiofónico que brindan Basté, Carol, Sardà y Rahola.

El espacio va de las 8.30 a cuando Basté quiere, pero en realidad empieza a las ocho cuando él dice «Bon dia, Catalunya» y hace su comentario editorial, que marca parte de la tertulia posterior, así pues, no tienes más remedio que preparar muy bien el programa leyendo toda la prensa, en especial *La Vanguardia*, y a la vez seguir por radio el programa. Una vez has aparcado el coche en las inmediaciones de la plaza Francesc Macià, donde está la sede del Grupo Godó, este se convierte en una improvisada oficina. Una de las dificultades añadidas es que, a diferencia de otros programas, en los que previamente recibes un listado de temas, que casi nunca se cumplen, en este caso la capacidad de llevar la tertulia hacia los asuntos que quieren los protagonistas la hace imprevisible.

Es curioso, pero siempre nos sentamos en el mismo sitio. Dado que el estudio está en la planta 13, la vista que tenemos desde ahí de Montjuïc y de toda la zona oeste de Barcelona es evocadora y espectacular, excepto cuando tenemos invitados, cosa que ocurre muy frecuentemente, y los *roll ups* y las cortinas corporativas, para facilitar el trabajo de la televisión, nos quitan la

exclusiva visión de la ciudad. Desde ahí, te pasas parte de la mañana viendo cómo los aviones se esconden tras la montaña olímpica para tomar tierra en El Prat.

Cada uno de ellos (Carol, Sardà y Rahola) tiene un papel que, por lo diferente de su personalidad y su forma de comunicar, encaja muy bien. En las últimas temporadas, al final de la tertulia, se introdujeron dos novedades: una es el cálculo de tiempo de intervención de cada uno a lo Tour de Francia y la otra es «L'ull de poll» (o pisar el callo), donde los periodistas Tian Riba y Pere Mas se turnan para hacer una crítica mordaz de la tertulia. La semana que todos juntos hablamos el mismo tiempo que Pilar Rahola sola puede considerarse un éxito. Con «L'ull de poll» y con el paso del tiempo, Basté ha ido dando cancha a Tian Riba y a Pere Mas, y hoy son imprescindibles en el programa.

El *Tallat party*, nombre de la tertulia, marca la agenda política del inicio de la semana en Cataluña, ya que Basté suele acertar tanto con los invitados como con lo que consigue sacarles. Estos invitados me han permitido conocer en primera persona a muchos de los protagonistas de la actualidad política catalana. Algunos de ellos, a pesar de que las preguntas hayan llevado a un debate tenso, han mantenido siempre el buen talante, como Quico Homs. Otros han mostrado más incomodidad frente a la controversia, Oriol Junqueras entre ellos. En una de las primeras tertulias que coincidimos, aceptó el juego de entrar en debate con los tertulianos, algo que no todos los invitados aceptan, pero cuando la conversación subió de tono exigió respeto institucional a su figura, en aquel momento de líder de oposición y a la vez de aliado del gobierno, para gozar de una posición de ventaja. En pleno debate preguntó, crispado: «¿En qué país del mundo se trataría así a un jefe de la oposición?». Aunque el peor fue el caso de Irene Rigau, consellera de Ensenyament, que, tras un rifirrafe sobre inmersión lingüística, me dejó la mano en el aire y no se despidió. Cuando coincidimos en el Parlament, estando tanto ella como yo en la oposición, fue mucho más amable conmigo y una de las más entusiastas de mis puyas contra la presidenta de la comisión (Carme Capdevila, de ERC), de la que ambos éramos miembros. En este caso, al final ella modificó su posición, pero yo no.

Dos personajes que, reconozco, me han sorprendido por su encaje han sido Gabriel Rufián de ERC y Anna Gabriel de la CUP. Rufián es un personaje que comunica al estilo Twitter, con frases breves y titulares simples, pero que en la distancia corta es un personaje amable, simpático y con *fair play*. Quizá diga esto porque nos une nuestra militancia perica. De Gabriel no esperaba nada, en especial tras una visita al programa de su colega de escaño Eulàlia Reguant (escurridiza, enfadada en todo momento y que se negó al acabar la tertulia-entrevista a atender a los medios que estaban en el estudio).

Hay que reconocer que, en general, los invitados al programa buscan

agradar a Carol, Sardà y Rahola, y yo lo comprendo. Creo que los líderes políticos y empresariales nacionales se equivocan al no aceptar las constantes invitaciones de Basté y su equipo. No se puede acusar a un programa de ser tendencioso o de tener una línea editorial determinada y a la vez rehuir la asistencia al mismo. Pero lo mejor de esa tertulia no es que marque, como hace, la agenda política catalana, sino su incursión en temas sociales o de interés general que no tienen nada que ver con la agenda política.

En la temporada 2015-2016 fue muy destacada la iniciativa de Basté para que los delitos de abusos a menores no prescriban. Su equipo y él dieron voz a las víctimas y abrió un debate social importantísimo, poniendo de manifiesto las zonas opacas y los silencios cómplices que sigue habiendo en nuestra sociedad. Además, estos temas permiten salirse del debate reiterativo sobre la independencia.

Mantengo una relación compleja con Pilar Rahola, con su independentismo entusiasta, con su carácter arrollador e impetuoso y sobre todo con el retrato que hace de España, que no comparto para nada y que nos ha llevado a no pocos encontronazos. Sin embargo, he de reconocer que, en un tema complejo y de actualidad como el yihadismo, especialmente candente en Barcelona y su área metropolitana, donde han sido detenidas muchas personas por pertenencia o colaboración con grupos radicales, el papel de Rahola en la tertulia es fundamental. Además, con ella sí comparto admiración y simpatía por el estado de Israel.

El papel de los invitados condiciona de forma absoluta la marcha de una tertulia ya sea por su carácter, por su interés en el fondo de los temas o por su capacidad comunicativa. Un personaje puede arruinar una tertulia si no da juego o, simplemente, no quiere dar un titular o… no sabe hacerlo.

Meritxell Batet, una de las colaboradoras más cercanas de Pedro Sánchez, es una persona extremadamente agradable y educada, pero en cambio puede hundirte el programa porque no hay forma de sacarle un titular que no sea el del guion oficial marcado por el PSOE. En cambio, Miquel Iceta, líder del PSC, es de los que no rehúye ningún asunto y te levanta una tertulia. Su forma amable de exponer su posición hace que incluso la postura más firme o alejada de los postulados defendidos por el gobierno catalán resulte, expuesta por él, sensata, moderada y de cajón. Y, desde mi perspectiva, casi siempre lo es. Además, Iceta tiene la virtud de parecer siempre espontáneo. Nunca da la impresión de ser prisionero de una posición de partido: todas las ideas que lanza parecen propias y eso es fantástico para el personaje y la tertulia.

Duran i Lleida era un invitado estupendo, un hombre que estaba por encima del bien y del mal, pero que era consciente de que estaba en el tramo final de su carrera política. Se mostraba tal cual. Si una pregunta lo ponía iracundo, no hacía ningún esfuerzo para disimularlo, entraba al trapo en todas las cuestiones y, además, su inteligencia y su agilidad mental podrían

convertirlo, si quisiera, en un magnífico tertuliano. Duran i Lleida es de los pocos invitados que no hacía ningún esfuerzo para no ir al cuerpo a cuerpo con Basté. Cuando este apuntaba una idea que a él no le gustaba discutía, sin condicionantes, sin transmitir ningún temor a picarse con tan influyente comunicador. Ahora que ha cambiado la política por el derecho, quizá la abogacía ha ganado un gran profesional pero los medios han perdido una estrella.

En estos espacios, el político debe evitar ser defendido en exceso por un tertuliano. Pilar Rahola siempre pone un exceso de fervor en la defensa de los políticos independentistas que acuden al programa frente a las preguntas de Sardà o, en ocasiones, frente a las mías. Al adoptar el papel de defensora de una posición concreta empequeñece al invitado y lo deja en mala posición, como si este no se supiera proteger solo.

Si eres político o un personaje que depende del beneplácito del público debes aceptar siempre acudir a programas como el de Basté, pero limitar esa presencia a la entrevista con él y no al intercambio dialéctico con los tertulianos es un error. Uno de los mejores momentos de radio que he vivido allí en primera persona fue un debate que Albert Rivera accedió a sostener con Pilar Rahola. Ganó todo el mundo: Rivera porque consiguió el apoyo de su público y de todos los que no son nacionalistas; Rahola porque plantó cara a la que en aquel momento era la estrella emergente del antinacionalismo en Cataluña (aún no había dado el salto a la política nacional); y la radio porque ese debate fue reproducido por infinidad de medios.

10

Bendita Wikipedia

El 2 de junio de 2014, en la tertulia de *El m*ón a RAC1, estábamos desmenuzando a Podemos y hablando de por qué una opción política con la que casi nadie contaba había obtenido unos inesperados cinco escaños en las recientes elecciones europeas. Dado que la emisora es catalana, el debate se centró en si Podemos arraigaría o no en Cataluña. No vale verlo con la perspectiva y la información de que disponemos hoy. Pilar Rahola sostuvo que no; afirmó que era un fenómeno español y que en Cataluña las fuerzas de cambio ya están representadas por los independentistas de CDC o ERC. Un año más tarde, Ada Colau ganó la alcaldía de Barcelona y, a continuación, En Comú Podem, la marca catalana de Podemos, ganó holgadamente las elecciones generales en la circunscripción de Barcelona dos veces consecutivas.

En medio de esta discusión entró un teletipo de Europa Press que informaba de una convocatoria de rueda de prensa imprevista en la Moncloa. Dado que el Consejo de Ministros y la posterior rueda de prensa son siempre los viernes, los lunes no hay convocatorias de prensa institucionales porque la semana siempre empieza con la reunión de las direcciones de los partidos y, por lo tanto, las ruedas de prensa se trasladan a Ferraz, sede del PSOE, y al cuartel general del PP en Génova 13. Màrius Carol, director de *La Vanguardia* y experto en temas de la Casa Real, especuló con la posibilidad de que Rajoy fuese a anunciar la abdicación del rey Juan Carlos. La tertulia viró en redondo para hablar de derecho dinástico, los Borbones, el rey y sus razones, Corina y Botsuana, el príncipe y Letizia, Urdangarín y el caso Nóos. En pocos minutos, se impuso la teoría de que las elecciones generales de 2015, vistos los resultados de las europeas, ya no tendrían una mayoría amplia de PSOE-PP y que, por tanto, era mejor hacer las reformas que se tenían que llevar a cabo antes de que los podemitas entrasen en el Congreso y dificultasen consenso alguno entre las dos fuerzas sistémicas.

El tertuliano de hoy, sobre todo si está en la radio, lo tiene más fácil que los que colaboraban con José Luis Balbín en *La clave* o en las tertulias de *Protagonistas* de Luis del Olmo, aunque la mismísima Natividel Preciado, que participó en esas tertulias y lo hace en las actuales, reconoce que hoy *La*

clave, «donde la gente escuchaba sin más aditamentos, no tendría audiencia». La razón es que ahora podemos acceder a internet y no tenemos que ir con libros y apuntes a cuestas. Con el iPad o, como en mi caso, con el teléfono móvil en mano, puedes documentarte sobre la marcha para decir cuatro vaguedades que, soltadas con convicción, parece que te las sepas de toda la vida. Solo hay que poner en Google «sucesión en España» y puedes hilvanar una intervención mínimamente solvente sobre la abdicación, siempre que no tengas enfrente a Miguel Herrero y a Rodríguez de Miñón o a un catedrático de derecho constitucional.

Hay casos donde conseguir decir algo con pies y cabeza es realmente difícil. En otoño de 2013, frente a las costas del delta del Ebro, se sucedió una serie de más de 400 terremotos, algunos de los cuales superaron los cuatro grados de magnitud en la escala de Richter. Unos temblores que se atribuyeron al depósito de gas Castor construido por una filial de ACS, la empresa de Florentino Pérez. El proyecto, que había autorizado el gobierno de ZP y había costado más de 1.350 millones de euros, fue paralizado por el gobierno de Rajoy cuando las sacudidas fueron a más e indemnizó, a gran velocidad, a ACS. En este caso, Florentino Pérez no se pudo quejar de la morosidad de la administración en los pagos. Al gobierno le llovieron críticas por todos lados: primero, por la falta de información a los asustados ciudadanos; y, luego, porque esa indemnización la pagamos entre todos, ya que se financió encareciendo el recibo del gas.

Recibir a media tarde el listado de temas para la tertulia del programa *El vespre* de La 2 y empezar a «googlear» y a hacer llamadas para que te cuenten cuatro cosas sobre ellos es algo inmediato. En la cafetería del hotel Marriott AC que hay frente a los estudios de TVE Catalunya, en Sant Cugat, he preparado decenas de tertulias de *El vespre* y también de *El debat*, mientras navegaba y a la vez veía el canal 24 Horas de TVE que el hotel siempre tiene puesto. Allí he coincidido con más tertulianos que hacen lo mismo. Ese hotel, por cierto, tiene una clientela internacional que visita las empresas de los polígonos cercanos, y que siempre me hace pensar en lo importante que puede parecer un tema para unas personas y lo irrelevante que puede ser para otras. Llegar a una tertulia y tener que hablar de algo de lo que no tienes ningún conocimiento ni referencias directas es arriesgarte a hacer el ridículo. En los casos en los que se ve implicado un ministerio siempre he recurrido a la dirección de comunicación de la Delegación del Gobierno en Cataluña, donde María Antonia Prieto está en todo momento dispuesta a echar un cable, no con información interesada sino con datos.

Poco después del episodio del Castor, Jordi García Tabernero, eficaz director general de comunicación y gabinete de presidencia en Gas Natural Fenosa nos invitó, a instancias de Toni Bolaño, a un grupo de tertulianos a comer con Rafael Vilaseca, consejero delegado de la compañía gasista líder en España. Supongo que García Tabernero detectó tal nivel de ignorancia entre la mayoría de nosotros que pensó que era mejor ofrecerse para

informarnos que jugársela a críticas futuras basadas en la ignorancia.

El buen trabajo de García Tabernero es infrecuente. Los directores de comunicación, tanto de empresas como de administraciones, aún no han adquirido el hábito de incluir a los tertulianos entre sus bases de datos. Prefieren tratar con redactores y periodistas de medios porque consiguen un impacto en prensa de forma inmediata y cometen el error de obviar a los responsables de gran parte de la información y la opinión. De este modo, pierden una gran oportunidad de posicionar a su empresa o colocar el mensaje que les interesa e influir en la opinión pública a través de los tertulianos. Como de muchos temas no sabemos nada o casi nada, no tenemos una opinión firme formada y somos, pues, fácilmente influenciables. En este campo de la comunicación, las empresas, incluidas las del Ibex, tienen mucho que aprender de los gabinetes de comunicación del mundo de la política, a los que el tertuliano les es más propio y cercano.

Cuando suceden noticias imprevistas, el programa ha de ser dinámico y debe cambiar paneles para poner a los mejores tertulianos. No todo el mundo es capaz de saber de todo ni de hablar de cualquier tema. El día posterior al atentado de Niza, TV3 estuvo ágil desconvocándome cuando ya estaba de camino a los estudios y poniendo en mi lugar a expertos en política francesa y en yihadismo. La vivacidad en la programación es fundamental para el éxito de un programa y de una tertulia. Antonio García Ferreras adelantó en verano de 2016 su vuelta de vacaciones y realizó un *Al rojo vivo* especial el día que Albert Rivera y Mariano Rajoy suscribían el pacto para la investidura de este prevista para la última semana de agosto. A eso se le llama no ser perezoso y aprovechar una oportunidad.

El director de comunicación que no mima al tertuliano no tiene en cuenta que la línea que separa información de opinión ha desaparecido y que las tertulias han ocupado todas las franjas de la programación y que, por lo tanto, un tertuliano, voluntaria o involuntariamente, le puede generar un problema. Sobre el valor de los programas-tertulia como fuente de información tercia, para zanjar el debate de forma definitiva, Xabier Fortes, vicepresidente del Consejo de Informativos de TVE: «¿Cómo no va a tener valor periodístico cuando por un programa como *La Sexta Noche* circulan la mayor parte de los líderes de opinión política, periodística y cultural del país?».

11

Fronteras difusas

El oyente, el lector o el telespectador ya no diferencia entre opinión e información, porque los medios también han dejado de hacerlo. No solo es culpa de las tertulias. Muchos espacios, en especial de radio, empiezan con comentarios editoriales antes de dar los titulares de las noticias. A medida que avanza el programa, se da el mismo trato a una noticia contrastada que a una opinión e incluso a un rumor. Unos de los espacios de más éxito en *La linterna*, de Juan Pablo Colmenarejo, en la Cope, es una sección llamada «Linterna confidencial», donde Federico Quevedo y Fernando Jáuregui comentan cada día la actualidad desde los *off the record* que les han realizado políticos en la M30 del Congreso de los Diputados. Pilar Cernuda tiene un espacio parecido en las noticias del mediodía de Onda Cero. ¿Cuál de esa información es veraz y cuál interesada? La realidad es que ambas secciones son muy buenas y la información u opinión que destilan es más interesante que la declaración oficial del político de turno, porque, además, ayuda a entender las claves de esta o de determinada toma de posición de un político.

Existe entre los tertulianos cierto pique sobre quién tiene la mejor agenda de contactos. Ya sea en maquillaje o esperando para entrar en un estudio, todos comentamos lo que este o aquel nos han contado. En Madrid, algunos eventos protagonizados por políticos, como el Fórum Europa o los desayunos de Europa Press, son imprescindibles en la agenda del *who is who* de la corte capitalina. A ellos acuden infinidad de empresarios y, sobre todo, altos cargos de la administración, no sea que al pasar lista no se les vea y su ausencia sea mal interpretada. Además están todos los tertulianos, periodistas y colaboradores de medios para intercambiar unas palabras con un político o con los colegas de tertulia. Luego, el último chismorreo o el «ambiente palpado» se comentan en la siguiente tertulia a la que se acude. Los políticos que jamás se salen del guion y no tienen perfil propio, los que no cuentan interioridades de su partido (quién sube y quién baja), incluso los que no cuentan cosas personales no son interesantes para el tertuliano; pero atención: el político también ha de saber que cualquier comentario aparentemente inofensivo puede convertirse, en manos de un tertuliano, en un arma letal, ya que puede ser lanzado en un plató de forma convincente

como algo incuestionable; o, en esos tiempos de espera previos o de salida del estudio, pueden llegar a oídos de otros y generar al político un problema dentro de su propio partido.

El político bien relacionado con los medios es el que tiene, entre otras cosas, una agenda de, como mínimo, cuatro o cinco tertulianos de perfil distinto y en medios diversos a los que vender su mercancía y filtrar su información. La relación entre tertuliano y político tiene que ser como la que mantienen confesor y confesado: ni el tertuliano puede revelar su fuente ni el político reconocer que filtra información o rumores. Si el tertuliano, para darse importancia, va contando sus fuentes pronto se quedará sin ellas.

El tertuliano interesante para el medio es el que tiene buenas fuentes y sabe distinguir entre que lo que le están pasando para intoxicar y lo que es información veraz. En el fondo, casi siempre lo sabe, y cuando se la deja colar es porque le conviene. Ni el medio ni el director del programa jamás te piden que contrastes tus fuentes; eso sí, pueden afearte en el futuro el error en tus predicciones. Por ejemplo, entre diciembre 2015 y mayo 2016 yo dije en público en todas las tertulias que finalmente Pedro Sánchez y Pablo Iglesias llegarían a un acuerdo, al igual que predije que Junts x Sí y la CUP pactarían. Mi fallo de predicción en relación a la investidura de Sánchez por la izquierda me lo comí con patatas reiteradas veces.

Otra frontera difusa es la que suponen las nuevas tecnologías, un arma de doble filo para el tertuliano y para la audiencia. Aaron Sorkin, guionista de la serie *El ala oeste de la Casa Blanca*, introdujo en su última temporada situaciones en los capítulos que luego se utilizaban para analizar la reacción de la audiencia, y sobre la base de la misma el equipo de campaña de Barack Obama realizaba promesas electorales. Así, por ejemplo, la propuesta de negociar con Irán fue antes un argumento para un capítulo de la serie que vivió el presidente Josiah Bartlet y luego Obama lo llevó a la política real. Encuestas posteriores a la emisión de los capítulos medían la aceptación del público a las decisiones tomadas por el presidente ficticio y ese análisis del comportamiento de la audiencia era usado *a posteriori* para la modulación de los mensajes de campaña.

Con las redes ocurre algo parecido. Hay tertulianos que adaptan su discurso en función de las tendencias. Twitter es la red que mejor encaja con el tertuliano, aunque su crecimiento se haya estancado y en 2015 ha perdido dos millones de usuarios activos en todo el mundo, para quedarse en 305 millones. Durante los Juegos Olímpicos de Río, así como en las convenciones republicana y demócrata del verano de 2016, que encumbraron respectivamente a un inaudito Donald Trump y a una previsible Hillary Clinton como candidatos de sus partidos a la presidencia de Estados Unidos, la red social que triunfó fue Snapchat, que a finales de 2015 tenía ya doscientos millones de usuarios, de los cuales la mitad se conectan diariamente. A mediados de 2016, los usuarios diarios que se conectan a la red efímera superan a los de Twitter, lo cual la convierte en una red de

futuro. Quizá no es tan interesante para el tertuliano, pero sí para quien realiza los programas, ya que puede colgar material que alimenta la audiencia antes, durante y después del programa, incrementando la difusión del mismo y otorgándole una perspectiva más plural.

Hay tertulianos esclavos de la red, igual que los hay que tan siquiera tienen perfil de Twitter o Facebook. Existe un tercer paquete de tertulianos, quizá los más inteligentes (entre los que no me cuento), que crean falsos perfiles para poder seguir la actualidad y evitarse el linchamiento digital. Los tertulianos adictos a las redes las siguen mientras hablan, se rasgan las vestiduras cuando cuentas *fake* los insultan y modelan su discurso adaptándolo a lo que genera más retuits, abandonando, si es preciso, el argumentario que recibe menos apoyos. Estoy casi seguro de que también cazan pokémons.

Esta forma de proceder es muy delicada porque puede llevar a incongruencias o a dar volantazos en las intervenciones. Además, estar excesivamente pendiente de las redes te hace perder el hilo de la conversación que se está manteniendo en el plató o en el estudio. Dado que mi perfil es el de tertuliano no independentista y mi participación en tertulias se lleva a cabo en medios catalanes, Twitter es un lugar donde leer todos los insultos que recibo por parte de la audiencia separatista. Las invitaciones a marcharme de Cataluña, la consideración de franquista, la petición a los medios de que me dejen de invitar, el anuncio al resto de la red de que abandonan el canal o la emisora en la que estoy en antena y otra larga serie de improperios es el pan nuestro de cada día.

En lo personal, ese tipo de ataques, de personas desconocidas o cuentas *fake* tras las que los acosadores esconden su identidad no me afecta lo más mínimo, aunque incluso Twitter ha anunciado medidas de control durante el verano de 2016 ante el estancamiento de captación de usuarios y la caída de usos de la red. En España también se van dando pasos para evitar el linchamiento desde las redes. El escritor y documentalista Artur Balder fue condenado a pagar 30.000 euros a Almudena Ariza, corresponsal de TVE en Estados Unidos, por intromisión ilegítima en su honor. La sentencia concluía de forma inequívoca que la libertad de expresión no ampara el derecho al insulto.

Sea como sea, Twitter es para un tertuliano, ante todo y fundamentalmente, una herramienta de trabajo imprescindible para preparar las tertulias. Es el canal de información más rápido; el que te permite tomar el pulso a lo que dicen unos, otros y los de más allá; y a veces también recibir felicitaciones. La información en Twitter está más ordenada que en una web o que en Google, dado que puedes buscar por *hashtag* (etiqueta)o realizar una consulta rápida de dos o tres medios de línea contrapuesta y a la vez ir a la fuente directa, algo que un medio no siempre facilita.

No comprendo mucho el esfuerzo que hacen los medios de comunicación en Twitter: claro que cuando pinchas el link de la información que adjunta

generas una visita, pero me sorprende que se regale la información, sin nada a cambio, solo con hacer un clic. Creo que es una estrategia equivocada por su parte. Juan Cruz escribió una divertida columna en la sección de televisión de *El País* titulada «Ahí lo dejo» en la que afirmaba que «Twitter es una prolongación de las tertulias en la que los desavisados tiran la piedra y esconden todo lo demás». Cruz cerraba su texto diciendo que el oficio de comentarista ya no se entiende «si al día no dice como 24 ocurrencias» (se entiende que por las redes). Y es cierto: es agotador, dado que uno no siempre tiene tiempo o ganas de «jugar» con y en Twitter. Para eso, los momentos más fructíferos son el AVE o el Euromed, de Madrid o Valencia a Barcelona y viceversa. (Sin embargo, no conozco aún a tertulianos que, a diferencia de los políticos, tengan *community managers*, y es que lo que se paga por tertulia no da para tanto.)

Twitter es, además, una herramienta básica en la política personal de relaciones públicas de un tertuliano. Hacer un retuit de otro tertuliano, difundir un artículo de un colega, promocionar un hashtag de un espacio o anunciar que estás en este o ese programa es, a día de hoy, algo que hay que cuidar tanto como afeitarse o limpiarse los zapatos. En eso, Toni Aira es un mito, y Eduard Pujol, director de RAC1, está especialmente atento a que los tertulianos colaboremos en el posicionamiento digital de la emisora.

Yo hago lo que puedo porque tengo pocos *followers*, algo más de 4.000, pero cuando en RAC1 me piden una píldora, que no es más que un breve comentario de actualidad, que se contrapone a otra opinión, siempre procuro luego difundirla por Twitter. Lo mismo hago con las previas de *El debat* de La 1 que son, con sus magníficas fotos, de lo más cuidado que hay en la red. En realidad, Twitter ha ganado tal importancia que incluso hay medios que convierten en noticia los tuits que escriben algunos tertulianos. El diario digital *Elnacional.cat*, propiedad de José Antich, se hacía eco el 8 de junio de 2015 de un tuit mío sobre la negativa de la CUP a apoyar a Artur Mas que había sido retuiteado más de trescientas veces y que decía: «Pocos hacen más por la unidad de España que la CUP. Que les den la Gran Cruz de Isabel la Católica». La tertulia de *El món* a RAC1 ha incorporado en la temporada 2016-2017 a Nacho de Sanahuja, quien al final de la misma analiza la interactuación de la audiencia con los tertulianos a través de las redes.

Hay casos en los que la notoriedad del tertualiano en las redes supera o iguala la del programa. Por ejemplo, *LaSexta Noche* (@SextaNocheTV) tenía en el verano de 2016 más de 132.000 seguidores y Paco Marhuenda, director de *La Razón* y uno de sus tertulianos de cabecera, alcanza los 117.000 seguidores, con lo que la interactuación entre las redes del programa y la cuenta de Marhuenda es fundamental para el posicionamiento del debate en las redes en *prime time* de los sábados de la cadena de Atresmedia. En España, un programa que genere unos 100.000 comentarios en las redes es líder y se sitúa como uno de los más seguidos a nivel mundial. No existe una relación directa entre impacto en redes y audiencia, pero cuanto más joven

sea la audiencia más impacto se tendrá en las redes.

El desarrollo de la marca personal del tertuliano acaba imprimiendo carácter a un programa o a una tertulia. Para Andrés Pérez Ortega, asesor en estrategia personal, «el mundo online nos exige trabajar en construir nuestra marca individual para lograr convertirnos en una referencia dentro de nuestro sector. Para eso hay que ser bueno en lo que haces, estar especializado y generar confianza». Pérez Ortega cree que «el formato tradicional está obsoleto y que son los tweets de los empleados los que generan seguidores de una marca».

Con los directores de una tertulia y los tertulianos sucede lo mismo. Algunos son maestros en la creación de marca personal, que acaba definiéndolos a ellos y a los programas en los que participan. ¿Qué sería de las noticias económicas de la mañana en Onda Cero si no las diera Carlos Rodríguez Braun con su «Buenos días a pesar del gobierno»? En la Cope, José María Gay de Liébana está intentando consolidar con éxito sus «Abrazos virtuales». Toni Aira luce siempre calcetines de colores, a petición de Sheila Alen, que da la información del tráfico antes de empezar la tertulia. Aira ha llegado a poner los pies encima de la mesa en *Els matins* de TV3 para que las cámaras hicieran un primer plano de sus calcetines siempre de muchos colores.

Uno de los primeros presentadores, y luego también tertuliano, que tuvo claro lo de la marca personal fue José María Carrascal, sin duda por sus años de residencia y trabajo en Estados Unidos, de donde se trajo sus centenares de corbatas, a cual más llamativa, hasta que consiguió que toda España le mandara corbatas a Antena 3. La marca personal no se construye solo mediante la forma de vestir o los complementos, sino también por expresiones como la que usaba Ernesto Sáenz de Buruaga para cerrar su telediario: «Así son las cosas y así se las hemos contado», o la cadencia característica de Matías Prats, que le ha llevado a protagonizar campañas publicitarias que (permítanme que insista), cuando no han contado con él, no han tenido el mismo éxito.

A pequeña escala, gracias al blog *Dolça Catalunya* he creado a mi propio personaje: El Català Tranquil. Este blog, dedicado a resaltar personas y acciones antinacionalistas, me bautizó con este nombre y empezó a editar vídeos caseros con fragmentos de mis intervenciones en RAC1 y TV3, donde me enfrentaba a Pilar Rahola y a diversos contertulios o políticos, respectivamente. Todos los vídeos que *Dolça Catalunya* ha difundido superan el millón de reproducciones y, aunque puedo comprender que algunos de los coprotagonistas de los vídeos no estén muy contentos por ser utilizados para realzar mis argumentos, sí deberían estar satisfechos dado que contribuyen a la notoriedad de todos.

Algunos de los vídeos son el resultado de momentos realmente violentos. Así ocurrió en el duelo que mantuve con Joan Tardà, portavoz de ERC en el Congreso de los Diputados, en el programa *Punt cat* de TV3, programa

estrella de debate y análisis de TV3 que ya no se emite. La tensión estalló cuando le pregunté a Tardà qué iba a hacer durante el fin de semana y él, muy airado, me contestó que iba a abrazar a Arnaldo Otegui aunque hubiera una mampara por medio. Cuando le eché en cara que tuviera esa sensibilidad con Otegui, cuando ETA había asesinado a decenas de personas en la provincia por la que era diputado, Tardà explotó y me acusó con su voz rotunda de tener un discurso facha. El moderador, Xavi Coral, estaba claramente incómodo y el ambiente se podía cortar con un cuchillo. La tensión llegó a tal nivel que Tardà acabó disculpándose, hecho que encendió los ánimos de sus seguidores en las redes sociales al entender que había sido una claudicación injusta por su parte. Sin embargo, lo peor ocurrió al final del programa. Ya en la zona de desmaquillaje, donde estaban los acompañantes de Tardà, se lio una discusión con Coral sobre si me habían dado demasiada cancha, si me tenían que haber cortado, que cómo era posible que algo así sucediera en ¡SU televisión! Yo me despedí de todos discretamente, Tardà incluido. Afortunadamente, nos dimos la mano y allí les dejé, enfrascados en *su* discusión camino de mi coche. La turba digital fanatizada me convirtió esa noche en trending topic en Barcelona. Mónica Planas escribió en el diario *Ara*, dos días más tarde, que, visto mi intercambio de reproches con Tardà, en el futuro las tertulias deberían tener moviola.

Otros encontronazos han sido para mí más divertidos, menos tensos. Un vídeo que se acerca a las 300.000 reproducciones es un resumen de mi debate con Isabel Vallet, diputada de la CUP, que defendía un sistema alternativo al capitalismo. Vallet, socia de Convergència en el Parlament, defendía en directo en televisión la autogestión de la Yugoslavia de Tito o la limitación de los salarios en la empresa privada, así como la necesidad de que la futura Cataluña independiente nacionalizara todas las empresas. Yo, simplemente, le pregunté con qué dinero pagarían las nóminas de los miles de empleados de Caixabank, que según su modelo pasarían a ser funcionarios públicos o cómo se indemnizaría desde el nuevo estado catalán a los miles de accionistas de Abertis o Gas Natural. Al finalizar la tertulia, Vallet, a diferencia de Tardà, no se despidió de mí. Debo reconocer que, de todos los vídeos que *Dolça Catalunya* ha tenido la amabilidad de publicar sobre mí, el que más me gusta es uno con Marta Rovira, secretaria general de ERC, que supera las 200.000 reproducciones. ¿Por qué es mi preferido? Porque en él la número dos de ese partido reconoce por dos veces que es española, y creo que eso es un auténtico éxito dialéctico viniendo de alguien, como ella, que precisamente ha consagrado su vida profesional a dejar de ser española.

Un resultado de las redes es que los medios, sobre todo en sus secciones de televisión, se ocupan cada vez más de los tertulianos. En RAC1, una de las cosas que más usa Basté para valorar la marcha del programa es cuántas personas nos están siguiendo a través de apps y otros soportes móviles. En

España, actualmente, 39,7 millones de personas siguen la radio en formato analógico, pero 1,6 millones ya la sintonizan por internet. No llega al 4 por ciento, pero cada oyente cuenta; y, lo que es más importante, internet y las aplicaciones móviles ofrecen un margen de crecimiento infinito, así que no meterse de lleno ahí es un error mayúsculo.

En 1979 el grupo musical The Buggles lanzó la canción «Video Killed the Radio Star». Fue un bombazo, pero su letra fue una predicción fallida. En verano de 2016 se han dejado de producir cintas en VHS y, en cambio, internet ha dado mayor vida y futuro tanto a la televisión como a la radio. Aplicaciones como TuneIn permiten oír la radio sin cobertura de antena o seguir desde Barcelona una emisora de Pyongyang. Desde la página web de cualquier medio, con los programas a la carta se puede recuperar cualquier audio o fragmento de programa de televisión. Además, las webs de los medios han creado con el tiempo secciones sobre comunicación, que cada vez tienen más peso, que recuperan fragmentos de programas o cuentan qué se ha dicho o qué ha sucedido en una tertulia.

Twitter y otras redes y soportes digitales se han convertido en fuente de notoriedad, tanto de alabanza como de escarnio del tertuliano. Algunos medios u organizaciones poco elegantes intervienen en un programa de otro medio para mediatizarlo así. En RAC1 o TV3 me ocurre frecuentemente con medios digitales independentistas, como *Vilaweb*, que suele dar bola a los zascas que me llevo en las tertulias. Caso distinto es que el medio en el que participas difunda a través de las redes sociales las trifulcas o los momentos álgidos entre tertulianos. RAC1 ha difundido en muchas ocasiones, vía Twitter, mis refriegas dialécticas con Pilar Rahola. Todo sirve para aumentar la audiencia de la tertulia y la notoriedad del tertuliano. Estas formas de difusión de los programas deberían llevar a las empresas de medición de audiencia a replantearse sus métodos. Si bien se ha empezado a incorporar la audiencia a través de los soportes digitales, esto no se ha hecho aún con las reproducciones posteriores de vídeos o de redes sociales. Esto adultera los datos que se difunden y con los que trabajan las agencias de medios y de los que tanto dinero depende, ya que la audiencia determina el precio al que puedes vender la publicidad o que una campaña entre o no en un medio.

Las redes son vitales, sobre todo para los medios escritos, que han visto cómo su audiencia envejecía. Aunque es difícil que alguien de menos de treinta años vaya a un quiosco a comprarse un periódico, muchos jóvenes tienen contacto y conocimiento de *El País*, *El Mundo* o *ABC* mediante las redes sociales. El reto de estos medios es convertir luego esa rotura de hielo y esa primera relación en negocio. El camino que por ahora se apunta más factible son los vídeos, con la inserción de publicidad en ellos, una vía que solo se ve amenazada por AdBlock, que no para de crecer en número de usuarios.

Algunas tertulias y programas televisivos incorporan en la pantalla un especio donde van pasando tuits de la audiencia. Colocar un hashtag y

animar la participación crea un espacio más interactivo, más acorde con los tiempos, pero da más trabajo a la producción que deberá controlar qué tuits difunde. El límite debe estar en no emitir los que insultan a uno de los tertulianos. En una ocasión, Toni Bolaño paró en directo una tertulia en TV3 para denunciar que se estaban emitiendo tuits con insultos contra él. Si bien un medio no tiene responsabilidad alguna sobre la opinión de su audiencia, sí la tiene sobre lo que emite, así que Bolaño hizo bien al parar el programa y llamar la atención sobre lo que estaba sucediendo.

Además, es fundamental que el programa tenga a alguien que siga las redes mientras se desarrolla la tertulia: si durante la misma un dirigente político o cualquier otra personalidad se posiciona a través de las redes, eso tiene que llegar a la tertulia. Antes, toda la información fluía mediante notas y ruedas de prensa; ahora lo habitual es usar Facebook o Twitter. Sin ir más lejos, Nicolas Sarkozy anunció su tercera candidatura oficial al Elíseo vía Twitter, colgando un fragmento de su libro-manifiesto electoral *Todo para Francia*.

Saül Gordillo, director de Catalunya Ràdio, lleva años realizando un interesante y laborioso ranking de periodistas y comunicadores catalanes en Twitter. Entre los veinte primeros están Julia Otero, directora de *Julia en Onda* en Onda Cero (870.000 seguidores); Josep Pedrerol, director de *Jugones*, tertulia futbolística en La Sexta y Mega TV (580.000); Susana Griso, directora de *Espejo público*, el matinal de Antena 3 (556.000); Àngels Barceló, directora de *Hora 25* en la Ser (375.000); o Jordi González, que ha dirigido varios programas de debate en Telecinco (335.000). Todos ellos son o han sido directores de programas en los que hay tertulia y, en consecuencia, los tertulianos tienen un peso fundamental; así lo constata la directora de *Espejo público* que cree, según dijo a *ABC*, que «la tertulia política es la sección que da más caché a un programa».

Inicialmente las redes se nutrían de las personas que seguían un programa y a sus tertulianos, pero ahora pueden suceder otras cosas. Las redes tienen ya tantos millones de seguidores que una estrategia adecuada ayuda a subir la audiencia. Un tertuliano que publique un tuit polémico o suba una foto con un comentario impropio en Instagram puede ayudar a incrementar la audiencia de un programa dado que sus seguidores querrán saber cómo se justifica y defiende en directo. Si los *community managers* del programa son hábiles y generan polémica calentando el espacio, la audiencia puede crecer en miles de personas y el efecto viral del contenido se convertirá en un vídeo de éxito en el canal YouTube del programa y de la cadena. Un programa como *Al rojo vivo* (@DebatAlRojoVivo), con 335.124 seguidores, tiene una audiencia media de 700.000 personas, o sea, que sus redes son fundamentales para interactuar con la audiencia.

Gabriel Rufián, de ERC, se ha convertido en un diamante en bruto para todos los *community managers*; entra al trapo en todas las polémicas y lo hace sin complejos o, quizá, sin ser consciente del avispero en el que se mete. En

cambio, la política en redes sociales del presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, que incluye bloquear a los ciudadanos catalanes discrepantes aunque no le insulten, y su mezcla de perfil institucional y opinión de tertuliano, abre un debate sobre el uso de estas redes cuando eres una autoridad y no el colaborador de un programa.

En todo buen debate y tertulia, un porcentaje elevado de la audiencia participa de forma directa mediante opiniones y sentencias en las redes. Un comentario desafortunado de un tertuliano o un dato erróneo pueden ser enmendados al instante por un seguidor del programa a través de las redes, dejando en evidencia al tertuliano (así que, si dudas de un dato, mejor que no lo des). Es lo que le sucedió, por ejemplo, a Oriol Junqueras cuando, a finales de agosto de 2015, participaba en la tertulia de RAC1. El líder de ERC, historiador de formación, de la que hace gala, explicaba en antena que los orígenes de los colores del Real Club Deportivo Espanyol, blanco y azul, se remontaban a la enseña borbónica, la flor de lis. Rápidamente una catarata de activos dejó en evidencia a Junqueras tuiteando que los colores del Espanyol se deben al blasón de Roger de Lauria. Después, Junqueras fue hábil y, para reconciliarse con la afición «perica», aceptó una invitación desde el palco del estadio en Cornellà para ver un partido.

En el pasado, en cuanto terminaba un debate electoral, empezaba la guerra en las ondas o en la televisión sobre quién lo había ganado o perdido; la sensación que se creaba entre la opinión pública era más importante que el debate en sí mismo. Eso daba a los periodistas y a su portada del día siguiente un poder inmenso. Ahora, con las redes sociales, las cosas han cambiado radicalmente: el resultado del debate se forja desde el primer momento. Cualquiera tiene la misma capacidad que un tertuliano o el director de un medio para opinar e influir. Los asesores de un candidato, que aprovechan el corte publicitario para corregir o dar pautas a su líder, como si de un tiempo muerto de baloncesto se tratara, tienen ahora un elemento de evaluación muy indicativo en los comentarios de los fieles o los adversarios en las redes. La comunicación ha dejado de ser unidireccional, del medio al usuario, para ser bidireccional: un reportaje magnífico de un corresponsal queda indexado en Google junto al comentario de reprobación o alabanza que el lector escribe desde su casa.

Un buen ejemplo de cómo la audiencia toma el poder mediante las redes ocurrió a raíz del debate televisivo de las elecciones europeas el 15 de mayo de 2014 entre Miguel Arias Cañete y Elena Valenciano. Tras el debate, Cañete justificó su mal papel en una entrevista en *Espejo público* diciendo que si hubiera mostrado superioridad frente a una mujer eso se habría considerado machista (*sic*). La reacción que tuvo la audiencia, junto a Susanna Griso, directora del programa, fue inmediata. Su frase provocó un comprensible alud de críticas y llevó al PP a esconder a Cañete lo que quedaba de campaña. Apareció el hashtag #HomoCañetus y hay pocas dudas de que esas declaraciones y la reacción que suscitaron en las redes, y

posteriormente en los medios convencionales, perjudicó al PP: facilitó que los demás partidos lo caricaturizaran y lo tratasen de rancio y trasnochado, algo que tanto gusta a Podemos y al PSOE.

Claro que la polémica en los debates no solo anima las campañas sino también a las audiencias de televisión y radio. Desde el máster de contenidos y formatos audiovisuales de la Universidad de Valencia, se han recogido datos relevantes sobre la relación entre la sangre dialéctica y la escalada de un audímetro. Así, por ejemplo, las invectivas del polémico Donald Trump contra Ted Cruz (entre otros ataques, acusó a su padre de haber colaborado con Lee Harvey Oswald en el asesinato de JFK) le dieron a la Fox 24 millones de telespectadores en el debate entre candidatos republicanos durante las elecciones primarias de 2016.

La controversia entre si hay que limitar el espectáculo o no, entre si tiene que haber una separación clara entre información y entretenimiento, es un debate aún no cerrado. Así, el Laboratorio de Periodismo de la Asociación de la Prensa de Madrid alerta sobre el riesgo de que el debate político copie registros del deportivo, donde es habitual ver a los invitados gritar y no respetar el turno de palabra. Para Fernando González Urbaneja, «si este género se avería, todos los demás van a tener problemas parecidos». En cambio, Ana Rosa Quintana, que lidera la tertulia política de mayor audiencia en las mañanas televisivas españolas, cree que los magacines distinguen perfectamente entre política y entretenimiento para remachar su argumento de forma incontestable: «A mí, el espectáculo me divierte; en la vida tú puedes escuchar a Mozart y leer el *Hola*».

Hay programas de debate que, incluso tras años sin estar en antena nacional, siguen teniendo un número importantísimo de seguidores, como en el caso de *El gato al agua* de Intereconomía (@Gato_directo), que hace ya más de dos años que solo se emite en plataformas digitales y en canales locales pero sigue teniendo casi 65.000 *followers* en Twitter frente a los 43.000 que tiene *El cascabel* de 13 TV (@ElCascabel13tv), que se emite actualmente cada noche para toda España. *El cascabel* consiguió llevarse la audiencia de *El gato al agua* y es su sucesor, pero no ha conseguido su notoriedad digital.

Otras de las razones por las que esto sucede es el bajo nivel de uso de las redes por las personas de cierta edad. Según publicó Carles Castro en *La Vanguardia*, citando datos del CIS, solo el 32 y el 37 por ciento de los votantes del PP y el PSOE, respectivamente, habían utilizado las redes sociales en los últimos seis meses por un 61 y 64 por ciento de los votantes de C's y Podemos. Este porcentaje nos permite vislumbrar que estamos aún al principio de una transformación radical en la forma de concebir los debates y las tertulias, en la que el transistor o la televisión tendrán un papel menguante.

12

En minoría

La noche del 9 de noviembre de 2014, TV3 me invitó a participar en la tertulia de seguimiento de la pseudonoche electoral del falso referéndum que el gobierno catalán había convocado y luego desconvocado sobre el papel para ceder, ficticiamente, la gestión y control del mismo a las llamadas entidades soberanistas: Òmnium Cultural, la Asamblea Nacional Catalana y la Asociación de Municipios por la Independencia.

La intención de las autoridades fue siempre que la apariencia de todo fuese lo más parecido a una campaña, unas elecciones y una noche electoral de verdad. Para que eso fuera creíble a ojos del ciudadano de a pie había unos pequeños inconvenientes, más allá del debate sobre la legalidad o no de la convocatoria: la campaña era unidireccional, solo a favor del sí. Algunos de los carteles eran incluso enternecedores y prometían helado gratis para los niños si vencía el sí. Otros, como el que garantizaba que las abuelas no se tendrían que ocupar más de sus nietos en la Cataluña independiente eran, francamente, más inquietantes.

La jornada electoral organizada por los promotores de la separación dio imágenes propias de regímenes totalitarios que buscan una apariencia democrática, como por ejemplo largas colas para votar casi todos lo mismo, presidentes y miembros de mesas que parecían entusiastas interventores, etc. En este caso, la habitual acusación a potencias extranjeras de todos los males internos, propia de cualquier dictadura o democracia de baja intensidad, se transforma aquí en una imputación general a Madrid de todo lo malo o regular que nos sucede a los catalanes en el presente, el pasado y el futuro.

La noche electoral fue la constatación de la gran mentira al darse un resultado propio de una democracia popular de la Europa oriental en los años setenta. Solo falló un pequeño detalle: aunque los separatistas habían controlado toda la organización, las mesas y los datos, la participación, en especial en la zona metropolitana de Barcelona, fue muy baja, muy por debajo de sus expectativas. Es algo que sucede cuando creas una burbuja: te metes dentro y te niegas a ver la realidad.

En ese contexto de autogol y decepción, acudí a TV3, la televisión pública catalana. El montaje del programa, con analistas, era el mismo que una noche electoral cualquiera, con Toni Cruanyes, uno de sus periodistas

estrella, al frente, que en todo momento fue exquisito conmigo. Había gráficos, quesitos, conexiones con sedes, centro de datos, comparecencias de consejeros de la Generalitat y toda la liturgia. Entre los tertulianos, el único abiertamente no independentista y contrario, incluso, a la vulneración legal que suponía la celebración del referéndum era yo. La tertulia derivó, por tanto, no en un análisis de resultados, sino en la validez de la consulta y la «siguiente pantalla» hacia la independencia, tras el presunto éxito de la convocatoria. Ese día batí algún récord de menciones en Twitter. Recibí tal catarata de insultos que llegué a ser trending topic en Barcelona durante unas horas, en las que centenares de personas me amenazaron o me tacharon de fascista y otras menudencias. Tuve la sensación de que era el *sparring* de una audiencia unánimemente separatista que evacuaba su ira y su frustración por la baja participación a través de mi cuenta de Twitter.

Mi relación con TV3 es buena y a la vez ambivalente. Mucha gente me dice: no sé por qué vas. Pero yo no puedo quejarme de Televisió de Catalunya ni de las personas que trabajan allí; todo lo contrario. Jamás he recibido una llamada para censurarme y he tenido el privilegio de participar, por ejemplo, en la primera emisión del programa de análisis nocturno *2324* del canal de noticias 3/24 de TV3 que conducía Agustí Esteve, el actual director del canal. He sido invitado y tratado con deferencia en noches electorales y momentos importantes de la política catalana (por ejemplo, en las últimas elecciones generales, junto a grandes periodistas como Antoni Bassas). Sin embargo, tras esa nada agradable experiencia personal de recibir un linchamiento masivo a través de las redes sociales, cuando me invitaron a participar en la tertulia de análisis de la manifestación del 11S de 2015 en la Meridiana decliné la invitación. TV3 realizaba el programa desde el Teatre Nacional de Catalunya, al inicio de la Meridiana, por donde había discurrido la masiva manifestación independentista, que además coincidía, por voluntad de los convocantes, con el primer día de la campaña electoral de las elecciones autonómicas que vendían como las definitivas, las plebiscitarias. En ese ambiente de éxtasis, siendo la que es mi posición sobre la independencia, acudir a ese programa, con una audiencia y contertulios sobreestimulados por el éxito de la masiva concentración, habría sido un claro ejercicio de masoquismo.

En cambio, en 2016 acudí al plató que TV3 había instalado bajo el Arc de Triomf, en medio de la manifestación de la Diada. Participé en un programa de análisis conducido por Ariadna Oltra y Toni Cruanyes junto con otros ex políticos como Antonio Baños, de la CUP, que es un tipo tan simpático como ácido en sus comentarios, sobre todo y en especial con su propio entorno. El plató quedaba como a un metro y medio por encima del suelo y estaba rodeado por unas vallas de obras tras las que se apostaba la gente. Mientras hablábamos, el gentío aclamaba a Baños como presidente de la futura república catalana, mientras que a mí me deseaban todo tipo de infortunios. Entre 2014 y 2016, había tenido oportunidad de participar en esos dos

programas de TV3 que me permitieron constatar que el ambiente había decaído, que la independencia había pasado de estar a la vuelta de la esquina a ser casi una quimera. Estos programas, en días de gran audiencia, provocan todo tipo de comentarios en los medios sobre la actuación del tertuliano, para el que prima la máxima de «que hablen de ti aunque sea mal», dado que esas menciones son notoriedad para el canal y el programa en el que has participado. El 12 de septiembre, la crítica de televisión del diario *Ara* me dedicó un artículo titulado «Posi un López Alegre a la seva vida» («Ponga un López Alegre en su vida»). En él, afirmaba que había puesto en duda el futuro del *procés* (lo que era cierto) y que había minusvalorado la asistencia de gente (lo cual era falso, ya que solo constaté que, según las cifras oficiales, la asistencia había sido manifiestamente menor). No todo son críticas, solo casi todo. Pablo Planas escribió de esa tertulia en *Crónica global*: «En el set de analistas, Ariadna Oltra y Toni Cruanyes contaron con la presencia del irredento Joan López, que, lejos de arredrarse ante su clamorosa soledad, repartió argumentos, cifras y estopa a contertulios y troyanos. A López le apodan El Catalán Tranquilo, pero es un punk disfrazado de profesor de escuela de negocios. Al igual que Nacho Martín Blanco y Alejandro Tercero, TV3 no ha conseguido encontrar ningún *unionista Torrente* para convertirlo en el culo de todas las patadas y en la representación de la España de la mosca negra. Haberlos, haylos. Nobody is perfect».

A pesar de esta corrección impecable y de la cordialidad de la televisión pública catalana, siempre he tenido cierta mala conciencia por participar en sus programas. Creo que mi presencia, o la de Miquel Porta Perales, escritor y colaborador de *ABC* (su libro *Si un persa viajara a Catalunya* es imprescindible), Álex Sàlmon, director de *El Mundo* en Cataluña, Toni Bolaño, Nacho Martín Blanco, Antonio Gómez-Reino, Álex Tercero y pocos más sirve de justificación para alegar una falsa pluralidad. En realidad, la pluralidad no depende del panel de tertulianos, sino de la selección de temas de la tertulia y de su enfoque. TV3, por ejemplo, realiza una pregunta diaria a los espectadores de su programa matinal, *Els matins*. Solo el planteamiento de la pregunta ya determina la línea editorial del programa y la tertulia.

En este sentido, fue muy interesante todo lo que sucedió alrededor del caso de las reuniones que el ex director de la Oficina Antifraude de la Generalitat, Daniel de Alfonso, mantuvo con el ministro del Interior, Jorge Fernández, en su despacho. Todo el enfoque de la información se centraba en presentar a Fernández Díaz como un conspirador y se orillaban cuestiones fundamentales como: ¿por qué pidió la reunión De Alfonso? ¿Por qué se filtró? ¿Le contó De Alfonso a Artur Mas o a la presidenta del Parlament, Carme Forcadell, de quien depende la oficina que dirigía De Alfonso, el contenido de las reuniones? El jueves previo a la celebración de las elecciones participé en una tertulia matinal en TV3 y en *El debat* de La 1 de TVE para Cataluña. El primero se centró, exclusivamente, en esta materia; el

segundo trató primero del Brexit, dado que el referéndum se celebraba ese mismo día y luego fue a este tema. Sin duda, alguien podrá decir que a TVE no le interesaba tocar el tema de las conversaciones del ministro, porque perjudicaba al PP y por eso fue relegado a segundo lugar del panel, pero no cabe duda de que el Brexit era objetivamente un tema de mayor importancia. Ahora bien, es cierto que el orden en el que se tratan los temas determina el desarrollo del programa y su posicionamiento editorial.

A pesar de todo, soy partidario de que los tertulianos no independentistas acudamos a medios favorables a la separación. Puede cuestionarse que con dinero público se fomente una idea, y, efectivamente, eso no es correcto y sucede, pero creo que no toda la audiencia de TV3 es separatista, como no toda la de TVE es del PP, y que por lo tanto hay que asistir. Además, para mí es una fuente de ingresos, que yo no soy ningún héroe.

Mantuve en varias ocasiones el debate sobre la conveniencia de asistir o no a TV3 con personas de Societat Civil Catalana, de la que soy miembro. Esta organización, que hace pedagogía contra el independentismo y que ha sido vital para hacer frente al *procés*, en el pasado rehusaba asistir a TV3. Al hacer esto, estaban dando argumentos a quienes quieren silenciar a los no independentistas. Su política en relación a la televisión pública catalana cambió con el paso del tiempo, y lo celebro. En su momento, Lídia Heredia, conductora de *Els matins*, me pidió que intercediera para resolver la situación. Sin embargo, aunque ella me garantizó que se respetaría lo que acordáramos, no tuve éxito. Es un error que comete Podemos con 13 TV, como explicó Antonio Jiménez a *El Español*: muchas veces, en sus tertulias, no hay nadie de Podemos solo porque sus miembros se niegan a asistir. Puede que tu presencia legitime algo con lo que discrepas, pero tu ausencia silencia unas opiniones que merecen ser escuchadas, lo que es peor.

Desde la gran manifestación de julio de 2010 en Barcelona contra la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatuto catalán y el inicio del llamado *procés*, las tertulias de TV3 y en general todas en Cataluña se ocupan casi siempre del mismo tema. Es lo que Jordi Basté llama «el hámster», comparando el camino a la independencia que dicen querer recorrer los que lo impulsan políticamente con la ruedecilla, en la que el ratoncito da vueltas y vueltas, pero jamás avanza un metro. Si en los medios nacionales los tertulianos se dividen entre derecha e izquierda, en Cataluña, en cambio, la parrilla se determina esencialmente entre independentistas y no independentistas. Entre los primeros, mucho más numerosos, alentados y amparados por el gobierno autonómico, hay además una amalgama de matices que ha dado pie a expertos en el *procés*, los llamados «procesólogos». Hay tertulianos independentistas pro CDC, pro ERC, pro CUP, como los hay que cambian de matiz dentro de su propia esfera en función del momento. Es realmente complejo y bastante agotador. Recuerda a *La Odisea de Astérix*, ese cuaderno publicado en solitario por el dibujante Uderzo tras la muerte de René Goscinny, en el que infinidad de tribus babilónicas luchan entre sí sin

sentido ni razón y sin recordar cuál fue el origen de la discrepancia entre ellas.

En algunas tertulias, la virulencia de las discusiones entre tertulianos separatistas es tal que puedes permanecer todo el tiempo en silencio viendo cómo se destrozan tachándose de tibios, derrotistas, etc. En esos momentos siempre pienso en la frase de José María Aznar: «Antes se romperá Catalunya que España» y en que la tan cacareada indolencia de la que se acusa a Rajoy cobra sentido en el tema catalán. Si has tenido la oportunidad de ver en directo y conocer en primera persona a algunos de los protagonistas del *procés*, llegas a la conclusión de que si Cataluña, en el momento álgido de la crisis, no se separó de España no fue por la estrategia del gobierno central, sino por la incompetencia de los independentistas catalanes.

Las causas por las que los medios catalanes tienen, en muchas ocasiones, problemas para encontrar representantes de la cuota no independentista son diversas. La primera es que ir contra el poder establecido no es cómodo, y es un hecho que en Cataluña está prohibido insinuar que el nacionalismo asfixia globalmente y presiona, individualmente, a los que no comparten sus objetivos; sin embargo, siento decir que ambas cosas son ciertas.

Si eres empleado, tu empresa, de forma directa, o en la mayoría de ocasiones que conozco de forma sutil, te hará ver que la toma de posiciones públicas contrarias al poder puede perjudicar sus intereses y te animará a dejar las tertulias si no quieres ver perjudicada tu carrera profesional. En una ocasión, una universidad en la que yo colaboraba emitió un tuit mientras estaba en directo en el programa nocturno del 3/24 solo para decir que mis opiniones eran a título personal. Obviamente, el tuit fue usado por mis contertulios para desacreditar mis argumentos: en excesivas ocasiones hay tertulianos que creen que no eres un compañero de tertulia sino un enemigo. En una cena a la que me invitaron en verano de 2016, un directivo de banca se quejó a un secretario de Estado, presente en el ágape, de que su banco le había obligado a optar entre ascenso o presencia pública.

Si trabajas por tu cuenta, los riesgos son aún mayores: si no eres independentista, puedes perder clientes. Hace unos años, mi empresa trabajaba para un colegio profesional que inauguraba una nueva sede social. Gestionábamos la comunicación de esa entidad desde hacía mucho tiempo, habíamos organizado la inauguración e incluso constábamos como empresa patrocinadora. Era un buen cliente, con el que la relación personal y profesional era magnífica. La misma tarde del acto recibí una llamada de la dirección del colegio pidiéndome que mandara a mi personal para la gestión del evento pero que yo no asistiera dado que, al estar presente en la inauguración el presidente de la Generalitat, Artur Mas, tenían el temor de que este u otros altos cargos que habían confirmado su asistencia pudieran considerarlos poco afectos a la causa independentista si se daban cuenta de que alguien como yo, con un perfil de lo que ellos llaman unionista, trabajaba para ellos. En definitiva, se avergonzaban de tener un proveedor

desmarcado de la línea oficial imperante y, además, el decano tenía aspiraciones políticas. Lo más paradójico del caso es que todas las gestiones para que asistieran dichos altos cargos de la Generalitat, presidente incluido, las había realizado yo personalmente.

En otra ocasión, trabajando para otra institución, con la que tampoco habíamos tenido ningún problema, fue aún peor. Simplemente, nos rescindieron el contrato con el indisimulado argumento de que alguien de «mi perfil» no podía trabajar para ellos. La rescisión coincidió con el nombramiento como presidente de esa institución del decano de Tortosa que, además, era responsable de la comisión de lengua catalana, que es, por cierto, mi lengua materna. Este tipo de problemas han sido esporádicos y siempre con instituciones vinculadas al sector público, mientras otras han seguido contando con nosotros e incluso incrementándonos la carga de trabajo y de encargos, algo que, por tanto, he agradecido sobremanera. En verdad, hay sectarios en todos lados.

En los trabajos con empresas del sector privado jamás he tenido ningún problema. Al contrario, mi conocimiento del sector público ha sido un factor positivo y, dado que nunca hablo de política para abrir una conversación con mis clientes, en este campo las tertulias y mi papel en ellas se han movido entre su curiosidad por saber cómo es tal o cual persona o meramente la indiferencia o, sencillamente, su desconocimiento.

El 19 de marzo de 2014, Cristina Fallarás escribió un artículo en *El Mundo* titulado «La lista de los malos catalanes», en el que denunciaba que, desde la Generalitat, se había hecho una lista de tertulianos y escritores contrarios a la independencia. La lista era exhaustiva y no faltaba nadie: Xavier Sardà, Jordi Évole, Arcadi Espada, Xavier Vidal-Folch. Incluía nombres inequívocamente favorables a la celebración del referéndum, pero a los que, supongo, no se consideraba lo bastante adeptos a su causa como Joan Queralt, Jordi Barbeta o la directora de comunicación de Pedro Sánchez, Verónica Fumanal. La lista exigía tal pureza independentista que algunos de los nombrados han llegado a consejeros de la Generalitat, de la mano de ERC, como Toni Comín. Tuve el honor de compartir lista con todos ellos. Seguro que algunos de los que aparecían no estaban tan felices al verse en ella, bien por sentirse en el ojo del huracán o bien por aspirar a ser aceptados en el paraíso terrenal que supone ser independentista de pedigrí en la Cataluña de hoy.

No era la primera vez, ni sería la última, que se hacían listas con lo que eso significa de señalamiento. Más adelante se publicó, en abril de 2016, un libro titulado *Perles catalanes*, en el que sus autores, ellos sí verdaderas perlas negras, Salvador y Jordi Avia y Joan-Marc Passada, dan una lista usando el término de catalanes colaboracionistas, equiparando pues al gobierno democrático español con el régimen francés del mariscal Pétain y Pierre

Laval del Vichy filonazi durante la Segunda Guerra Mundial. Los autores incluyen ahí a todos los que ellos creen que son catalanes vendidos al enemigo, o sea, al poder español. Es delirante, pero en la lista que detalla el libro, constan ex ministros del gobierno de España pero de nacimiento catalán como Josep Piqué (que fue director general de la Generalitat en los ochenta a propuesta del que entonces era líder de ERC, Joan Hortalà) o Josep Borrell, ex ministro del PSOE y ex presidente del Parlamento europeo, nacido en el Pirineo leridano. También se enumera, uno por uno, a todos los financieros y banqueros al frente de los bancos con sede en Barcelona y un largo etcétera, a los que se equipara a los franceses que, desde la ciudad auvernia de Vichy durante la ocupación alemana de 1940 a 1944, contribuyeron de forma decisiva al exterminio en campos de la muerte de miles y miles de sus compatriotas. Ese es el nivel del libro.

La obsesión por el señalamiento así como la generación de incomodidad e inquietud, que dificulta encontrar tertulianos, no son nuevas. Miquel Sellarés, que en el nacionalismo lo ha sido casi todo pero que, antes que nada, se autoconsidera experto en defensa y ha escrito profusamente sobre la creación de unas fuerzas armadas catalanas, ostentó, entre otros cargos, el de secretario de comunicación de la Generalitat con el tripartito a propuesta de ERC y generó una gran polémica al realizar, desde los despachos del palacio de la Generalitat, una lista de periodistas críticos con el gobierno tripartito (PSC, ERC e IC). Hoy echo de menos la Cataluña que se escandalizaba por estas cosas. El mismo Sellarés, del que hay que reconocer que ha dedicado su vida a realizar resúmenes de prensa para todos los gobiernos de CiU y, en su tiempo libre, a soñar desde niño con la separación, por traumática que fuera, publicó en 2012 un artículo en *El Punt Avui* donde hacía un llamamiento a terminar con los quintacolumnistas españoles. En otro artículo, en el mismo medio, escribió que Toni Bolaño y yo estábamos a sueldo del CNI. En una oportunidad, tuve la fortuna de coincidir con Sellarés en una tertulia de BTV y le pregunté en directo de dónde había sacado la información y si sabía a dónde había ido el sueldo que me pagaba el CNI, dado que yo no había visto un duro... Él se mantuvo firme y se negó a desmentir la información.

13

¿Hay tertulianos buenos y tertulianos malos?

Preparar una tertulia no es fácil. Se debe llegar a una tertulia matinal con la prensa leída y la radio escuchada y zapeada. Tampoco se puede ir a una tertulia de tarde-noche habiendo pasado el día desconectado. No hay nada peor que no tener nada que decir, y para poder reflexionar y analizar hay que saber qué ha sucedido. Ser un buen tertuliano, tal como escribió Rubén Amón, en un artículo en *El País* en noviembre de 2015 titulado precisamente «Yo, tertuliano», requiere capacidad para crear un personaje, pero también habilidad retórica y fuerza de convicción. Puede suceder que grandes columnistas o escritores sean malos tertulianos, pero lo contrario tampoco garantiza nada, como prueba mi caso. En su artículo de *El País*, Amón habla con conocimiento de causa, dado que él es tertuliano habitual.

Escribir o hablar bien requiere de algo fundamental: tener ideas y algo que decir. Si no tienes nada que decir, no sabes nada de un tema o no estás dispuesto a mojarte, lo mejor es que rechaces la invitación a acudir a un programa. Si solo pretendes replicar un guion preestablecido y no salirte de lo políticamente correcto, estás condenado al fracaso. Salvador Sostres, por ejemplo, es un magnífico e irónico columnista en *ABC* y a la vez un polémico e informado tertuliano que da un estupendo juego con Carlos Herrera en la Cope. Su libertad, algo displicente y descarada, funciona bien tanto en papel como en radio. La decisión del ex director de *El Mundo*, David Jiménez, de despedirlo fue un error para su empresa; regaló un columnista a la competencia de Vocento, que le ha sacado mucho partido en *ABC*, tanto cuando escribe de política como del FC Barcelona, que, junto con la gastronomía, es una de sus grandes pasiones. Otros columnistas y redactores son también grandes tertulianos, bien por algún rasgo característico o bien por su especialización en ciertos conocimientos. Es el caso de Enric Juliana, de *La Vanguardia*, que explica a través de Onda Cero las complejas vicisitudes de la política catalana al resto de los españoles con una cadencia y un acento que lo hacen inconfundible, aunque él en realidad disfruta hablando y escribiendo sobre Italia, país que tanto ama y conoce.

Los tertulianos con rango parten con ventaja a la hora de ser valorados. No es lo mismo ser, por ejemplo, Bieito Rubido, director de *ABC*, que cualquier otro. Si estás al frente de un medio, especialmente si es en papel,

que aún conserva una mística especial, puedes presumir de más información y mejores contactos; tienes un plus de credibilidad y más manga ancha en la tertulia. Además, disfrutas de mayor libertad, ya que en principio tu continuidad está garantizada mientras mantengas ese rango. Así te evitas malos ratos, como los que produjo el cambio de Gloria Lomana por Santiago González al frente de *Antena 3 noticias*, que hizo pasar un verano de 2016 poco plácido a más de un tertuliano, a la espera de la toma de decisiones del nuevo responsable de informativos de la cadena de Planeta. Esto es algo que siempre ocurre Así, por ejemplo, los cambios en TVE, donde Víctor Arribas pasa en otoño 2016 a *La noche en 24 horas*, y Sergio Martín, a *Los desayunos*, también habrán provocado desazón en más de uno de mis colegas, porque cada director o presentador de programa tiene, como los entrenadores de fútbol, sus preferencias para la confección de las alineaciones de tertulianos. Martín amplió la plantilla de colaboradores matinales de tres a cuatro, con lo cual esa tertulia es ahora más plural y puede albergar un colega más al día. El inicio de curso es momento de cambios de dirección, conducción, renovación de formatos e introducción o despido de tertulianos. Es el momento más sensible, aunque el mercado de tertulianos no es como el del fútbol, donde se abre el mercado en verano y en invierno y luego se cierra. Puedes caerte o entrar en cualquier momento; todo es inestable, nada es seguro. Un tropezón, un compromiso con alguien de perfil parecido al tuyo... puede dar con tus huesos fuera del programa. A la vez, esos problemas provocan que te inviten con el curso ya arrancado, y a veces esto no tiene nada que ver con ser buen tertuliano o más bien flojo. Por ejemplo, el inicio de temporada 2016-2017 más convulso fue el de la Ser. El anuncio por Twitter de Fernando Berlín de que, tras dieciocho años en la cadena, habían prescindido de él provocó más de 7.000 retuits y llevó a que Pepa Bueno en persona saliera a defender el derecho de la Ser de elegir a sus colaboradores. Uno de los argumentos que puso sobre la mesa Pepa Bueno fue que la cadena valora la exclusividad de sus tertulianos. Tras Berlín, vino la salida de Manuel Rico de *Infolibre*, quien en un artículo insinuó que las razones de su fin como tertuliano en la Ser tenían motivaciones ideológicas. Para unos, la Ser es muy de izquierdas y para otros está muy al sistema. En un artículo de despedida, Rico, absolutamente práctico y realista, escribió sobre la cadena: «Ni el día que comencé a colaborar allí fue un día luminoso para la libertad de expresión en España, ni el día que prescindieron de mis servicios aquella se tiñó de luto». Y reconocía que «la cadena Ser puede contratar y despedir como tertuliano a quien le dé la gana, como empresa privada responde ante sus accionistas y su audiencia, que son los que deben valorar la calidad del producto que reciben». Hasta aquí el *fair play*. Aunque no puedes evitar un poso de tristeza cuando te sucede esto, yo procuro actuar igual. Con todo, Rico sí se permite una opinión al final: «El giro a la derecha del grupo Prisa es dramático, porque desequilibra por completo el panorama mediático en España». Ahí creo que exagera, dado que Cuatro y La Sexta no

tienen una réplica en sentido ideológico contrario.

No todo el mundo comparte mi punto de vista. Desde el portal *PRnoticias.com*, sancta sanctórum de la comunicación en España, se afirma que «lo novedoso no es decir que Prisa es de derechas; lo preocupante es denunciarlo ahora, cuando te han despedido y cuando has dejado de ser parte de un medio de comunicación que viene siendo de derechas probablemente incluso antes de que muchos tertulianos llegasen a colaborar en la cadena Ser». *PR* no quiere dejar dudas en su opinión sobre la línea editorial de la Ser, así que en la pieza que lleva por título «El día que todo el mundo se dio cuenta de que Prisa es derechas» publicada el 6 de septiembre de 2016, remata diciendo: «La Ser es de derechas, eso está claro, pero hubiese estado bien que Berlín, Rico y Escolar lo hubiesen denunciado antes de que les despidieran».

Dejando los despidos y volviendo a los fichajes de principio de temporada, el más llamativo lo hizo Susanna Griso al incorporar a Cayetano Martínez de Irujo como colaborador a su *Espejo público*. La notoriedad del duque de Arjona, derivada de ser hijo de la singular Cayetana Fitz-James Stuart, duquesa de Alba, y su presencia, muchas veces no deseada, en el papel satinado, junto al perfil de la audiencia matinal, más entrada en años, garantiza el éxito del fichaje a poco que él se moje. En su debut reconoció que no había dormido: «Aquí tengo que dar mi opinión». Eso, al parecer, le genera inquietud. Sin embargo, el fichaje que va a dar más juego en la temporada lo ha realizado Carlos Alsina con la incorporación de Miriam González, la abogada residente en Londres y esposa de Nick Clegg, líder del Partido Liberal Demócrata y viceprimer ministro en el primer mandato de David Cameron. El criterio libre de Miriam González, su forma directa de abordar los temas sin tapujos, incluida su indisimulada inquina al ex socio conservador de su marido y la vigencia del Brexit como tema recurrente los próximos meses van a dar grandes mañanas de tertulia a Onda Cero.

¿Puede un tertuliano discutir con el director del programa o con un directivo de la cadena? No es aconsejable, a no ser que te la quieras jugar. Hay directores o presentadores más o menos implicados en la tertulia, pero todos saben cómo quieren llevar su programa, qué ritmo le quieren dar y por dónde quieren que discurran las cosas. El abanico es amplio y va desde el moderador que tiene la virtud de hacerse invisible a los ojos del telespectador, como consiguió Jordi Évole en los cara a cara de Felipe González con Artur Mas y el primero de Albert Rivera con Pablo Iglesias (en el segundo no le dejaron) hasta los que un director-moderador como Carlos Cuesta, en *El debate* de 13 TV, se convierte en un tertuliano más. Ambas opciones son válidas, aunque en el segundo caso el moderador-tertuliano no puede pretender tomar partido y parecer neutral.

Al igual que el cine ha ganado ritmo y una película de acción tiene hoy muchísimos más fotogramas por minuto que hace unos años, con las tertulias ocurre lo mismo. La conversación ha de ser rápida y ocurrente, ha de tener

chispa y carecer de tópicos. Es un riesgo innecesario que, por culpa de un tertuliano que se escuche más de la cuenta o se decore sin decir nada relevante, el oyente pase a zapear. Ningún programa, en especial si es un matinal de radio, se lo puede permitir, porque ya se sabe que el dial con el que se empieza el día condiciona la marcha del resto de los programas. En realidad, «verborrea» sin decir nada es algo que no se tolera.

Sergio Martín, al finalizar sus tertulias nocturnas, ponía a prueba la capacidad de síntesis del tertuliano obligándolo a hacer un titular breve. No todos lo consiguen. En más de una ocasión, Carlos Herrera ha perdido la paciencia en directo entrevistando a algún cargo público que daba vueltas sobre un tema sin mojarse, hasta el punto de que lo ha interrumpido para preguntarle: «No me va a responder lo que le he preguntado, ¿verdad?». Me parece bien que lo haga: camino del trabajo, la gente tiene poco rato para informarse y cada minuto cuenta. El director del programa «educa» a sus tertulianos sobre el ritmo que busca y no todos se adaptan. También es importante que no sean excesivamente serios ni totalmente frívolos.

Muchas tertulias se inician con comentarios de temas cotidianos o noticias que nada tienen que ver con las cuestiones que luego se analizarán. Cuando un medio ficha a un tertuliano inexperto, no valora tanto sus capacidades iniciales sino el potencial que apunta... Personajes muy eruditos pero lentos o demasiado dados a las parrafadas interminables no dan el juego que el director del programa busca y no tienen cabida en la tertulia.

Así pues, si estás en una tertulia matinal y no te dan la palabra lo óptimo es que te lances a cogerla tú; pero, si el director te pide que te calles, es mejor hacerle caso. Más compleja es la situación en la que hay un choque entre tertuliano y director. En estos casos, ceder no es cobardía sino prudencia, siempre que eso sea posible y no atente de forma frontal contra la información que manejas o tus principios.

14

Lentejas

Un post de la web de la cadena Ser publicado en junio de 2015 denomina a los tertulianos «opinólogos» y afirma que antes de la crisis recibían 600 euros por programa. Hoy puedo dar fe de que esta es una cantidad inimaginable para el tertuliano medio. El texto de la Ser tenía un cierre lapidario: «Pero ni ahora se cobra tanto como antes ni, quizá, resulte rentable a largo plazo dilapidar una carrera profesional o la privacidad personal por un par de años de maquillaje, focos, cámaras y agasajo mediático». Me debato en esa duda constantemente, y cuando la comparto fuera del círculo de tertulianos oigo opiniones a favor y en contra. En cambio, no conozco a ningún tertuliano que quiera dejarlo.

En 2015, antes de que el gobierno estuviera *in eternum* en funciones, el diputado socialista José Zaragoza realizó una pregunta parlamentaria sobre el número de tertulianos que tenía RTVE y cuáles eran sus retribuciones. Las preguntas de la oposición jamás son bienintencionadas; faltaría más. La oposición está para apretar las clavijas a los gobiernos, no para hacer de palmero. Supongo que la intención del experimentado diputado socialista era poner de manifiesto que los tertulianos eran mayoritariamente de derechas y que, además, se forraban. Los datos desmienten el imaginario de un tertuliano montado en el dólar; ya me gustaría a mí poder explicar lo contrario. José Antonio Sánchez, presidente de RTVE en el momento de la pregunta parlamentaria de Zaragoza, respondió que un tertuliano de RTVE cobraba en 2014 entre 150 y 300 euros por colaboración (puedo garantizar que el precio sigue siendo el mismo a día de hoy). Asimismo, el máximo responsable de RTVE informó que esos honorarios se recortaron en julio de 2012 cuando se bajó el pago mínimo, que estaba en 200 euros por programa a 150, o sea, una reducción del 25 por ciento. Parece lógico que fuera así en la línea de recortes presupuestarios en TVE y que comportó la congelación salarial que vivió el sector público durante la crisis.

Otro dato interesante es el del número de tertulianos de RTVE. Según detalló Sánchez, estos eran 144: 97 para TVE y 47 para RNE. El número también se ha reducido en relación a 2012, cuando llegaron a ser 192. En otra pregunta parlamentaria, también del PSOE, otro ex presidente de RTVE, Leopoldo González Echenique, aclaró que en 2012 TVE había gastado

438.263 euros en tertulianos, y RNE, 336.288,5, o sea, 774.551,5 euros en total. Según datos del portal especializado en comunicación *PRnoticias.com*, la partida presupuestaria que TVE dedicó en 2012 a servicios exteriores, colaboradores y dietas fue de 61,87 millones de euros En definitiva, las tertulias suponen poco más del 1 por ciento del gasto de TVE en este aspecto. Si uno compara el espacio de programación que ocupan las tertulias y los tertulianos, y el coste que suponen, creo que es evidente que el tertuliano es un trabajador estajanovista de alta rentabilidad. Esta cantidad había caído en 2013 hasta los 387.607 euros para remunerar a tertulianos en TVE y, en cambio, había ascendido hasta los 428.073,95 euros en RNE, de manera que el total crecía hasta los 815.680,95 euros. Echenique, además, aportó en su comparecencia parlamentaria un dato clave para entender cómo se selecciona a los tertulianos: en la época en la que Fran Lorente era director de informativos de TVE, entre abril de 2004 y junio de 2012, o sea, en tiempos de ZP, los tertulianos eran elegidos por los directores de los programas; en la actualidad, es la dirección de informativos quien hace la selección.

Bluper, un blog de *El Español* de Pedro J. Ramírez, publicó el ranking de intervenciones en RTVE y lo que estas suponen a nivel retributivo: el líder en intervenciones en 2014 era Javier García Vila, director de Europa Press, que en 2014 había acudido 27 veces a TVE, repartidas entre 13 asistencias a los desayunos de TVE y 14 en el programa de tarde del Canal 24 horas. Por esas 27 asistencias había ingresado 4.050 euros, o sea, 150 euros por programa, lo cual encaja con la respuesta parlamentaria dada por Sánchez. Le siguen José María Brunet, periodista de *La Vanguardia* en Madrid, con 25 asistencias; Anabel Díez, de *El País*; Antonio Pérez Henares (Chani Henares), de *Periodista Digital*; y Manuel Cerdán de *Elconfidencial.com*, con 22 actuaciones, lo que supusieron 3.300 euros para cada uno de ellos; Victoria Lafora y Graciano Palomo, también de *Elconfidencial.com* acudieron al Pirulí en 21 ocasiones, por las que cobraron 3.150 euros; Pilar Gómez, de *La Razón* y Bieto Rubido, director de *ABC* fueron invitados 17 veces; y Eva Ortúe, colaboradora de Onda Cero y Carmen del Riego, periodista de *La Vanguardia*, 16 veces. La carga ideológica hacia la derecha de las tertulias de TVE entra en cuestión cuando *Bluper* aporta algunos datos interesantes: Arsenio Escolar, de *20 Minutos*, o Rafa de Miguel, de la Ser, acumulan 11 y 9 actuaciones respectivamente.

Una excepción a estas cifras fue el programa de Ernesto Sáenz de Buruaga, el fracasado *Así de claro*, del que TVE contrató un primer paquete de trece programas condicionado a obtener una audiencia mínima del 10 por ciento de *share*; solo emitió tres y lo canceló por baja audiencia. El programa competía, por ejemplo, con *Pekín Express*. Allí, los tertulianos cobraban 500 euros por participación según *Vertele.com*. Era una remuneración muy por encima incluso de lo que pagan las cadenas privadas y pone de manifiesto que pagar mucho no garantiza el éxito, sino que este depende mucho más de

la capacidad del tertuliano y del presentador (que percibía, según la misma fuente, 3.000 euros por programa), de mantener el ritmo, sacar temas y enganchar al espectador al estilo de *La Sexta Noche*. Los programas como *Así de claro*, demasiado institucionalizados, están condenados al fracaso, sobre todo cuando incluso el Congreso de los Diputados tiende cada vez a ser un lugar con poco decoro y mucha bronca. Son numerosas las opiniones como la de María Casado, conductora de *La mañana de La 1*, que no ve mal «la mezcla de entretenimiento y tertulia, siempre que no se caiga en la vulgarización de la tertulia política».

Según publicaba en marzo de 2015 *Estrella Digital*, una de las webs de noticias pioneras en España, los tertulianos ganan más fama que dinero cada vez que aparecen en un programa. La noticia se centra en los tertulianos deportivos, entre los que destaca Tomás Roncero, que (según *Estrella Digital*), en atención a su notoriedad y al personaje mediático que ha creado, es tratado con especial deferencia por Josep Pedrerol, aunque de la noticia se desprende que el pago a tertulianos deportivos está en la misma escala que sus colegas políticos: entre 150 y 300 euros. El diario fundado por Pablo Sebastián desvela que los tertulianos de *Punto pelota*, cuando Intereconomía empezó a ir mal, llegaron a cobrar en cheques del Corte Inglés y que el coste por tertulia deportiva, por ejemplo de *El chiringuito de jugones* en Atresmedia, en pago a colaboradores, es de 5.000 euros por programa. Josep Pedrerol, que empezó en un 3,5 por ciento de cuota y se acerca ya al 7 por ciento, consigue un producto hiperrentable con los recursos justos. Asimismo, otra web, Excite.es, nos desvela las penurias de los tertulianos en los canales de televisión temáticos de los clubes de fútbol, FC Barcelona o Real Madrid, donde los tertulianos no cobran nada.

En mayo de 2012, *Que.es*, la secuela digital del que había sido el gratuito de Vocento, publicó un reportaje sobre tertulias en el que daba datos sobre lo que considera remuneraciones precrisis y afirmaba que en *La noria* de Telecinco se pagaban entre 1.000 y 4.000 euros por aparición. Asimismo, daba otros datos, no ya precrisis sino de ese mismo momento, afirmando que *Al rojo vivo* pagaba 250 euros por programa, *Espejo público* de Antena 3 entre 300 y 600 euros y *Las mañanas* de Cuatro entre 100 y 400 euros.

Lo que sí suelen hacer los medios con los tertulianos no residentes en Madrid es financiarles el transporte y, si es preciso, el alojamiento. Si no lo hicieran así, se verían condenados a contar solo con tertulianos capitalinos. En el caso de la radio es más fácil, dado que puede haber un tertuliano en otro lugar de la geografía, pero la participación es, en cualquier caso, más difícil por la falta de contacto visual, que no permite seguir las indicaciones del conductor del programa y te puede dejar aislado y tener mucho rato sin intervenir.

Ahora que ya sabemos que el tertuliano no se hace millonario en un plató de televisión o en un estudio de radio, es el momento de empezar a poner más en duda su independencia y su libertad de criterio. Pero, para saber si

un tertuliano es o no es un Cristiano Ronaldo de los medios, podemos compararlo con las remuneraciones que reciben otros colaboradores en otros tipos de tertulias.

Según informa la sección de televisión de la cadena Ser, en junio de 2015 un participante en *El gran hermano* cobra 500 euros por semana. Y otro reality, como *¿Quién quiere casarse con mi hijo?* emitido por Cuatro entre 2012 y 2015, pagaba entre 70 y 90 euros por programa grabado. Según *ABC*, un participante en *Adán y Eva*, ese reality en el que tres personas se iban a una isla desierta y se pasaban desnudos las veinticuatro horas al día durante tres días, cobraban entre 300 y 1.000 euros, y la productora se quedaba con el 20 por ciento de los ingresos derivados de galas y otros eventos durante los tres meses siguientes a la emisión del programa. Lo que no aclara la noticia es cuál era el criterio para percibir los 300 o los 1.000 euros. Desde esta perspectiva, pues, un tertuliano político no está mal remunerado, aunque un concursante expulsado de *Gran hermano* se gana luego la vida en bolos por las discotecas de España, y un tertuliano no solo pasaría totalmente desapercibido allí sino que, en la mayoría de ocasiones, parecería un alienígena. En cambio, un opinólogo político, si lo comparamos con Belén Esteban, la princesa del pueblo, es un verdadero *sans culotte* o, como diría Alfonso Guerra, que hubiera sido el mejor de los tertulianos que habría tenido España si no se hubiera dedicado a la política, un descamisado. Según la web *Blasting News*, en noviembre de 2015 el programa *Sálvame diario* y *Sálvame Deluxe*, que lleva diecisiete años en antena y su emisión se extiende más allá de cuatro horas y media, dedican entre 70.000 y 80.000 euros a pagar a colaboradores como Kiko Hernández, Mila Ximénez, Lydia Lozano, Kiko Matamoros, Chelo García-Cortés, etc.

Recuerdo que, cuando Kiko Hernández saltó a la fama por su participación en la tercera edición de *Gran hermano*, me llamó la atención que, en el reportaje que hacían de presentación de cada personaje, él mostró una foto que tenía con José María Aznar en su habitación. Visto lo que cobra en *Sálvame* y lo que habría cobrado como tertuliano político solo puedo felicitarlo. Olvido Hormigos lo vio igual de claro: antes de pasarse al colorín, era concejal socialista en su pueblo, Los Yébenes, un rinconcito tranquilo de Toledo. Su estrella incuestionable, Belén Esteban, gana entre 1 y 1,2 millones de euros anuales, cantidad que ni quitándole dos ceros verá jamás un tertuliano político.

Dejando de lado a la ex de Jesulín, *Blasting News* calcula que cada colaborador de *Sálvame* gana entre 700 y 900 euros por programa y que si participa en el *Sálvame Diario* y en el *Sálvame Deluxe* un solo colaborador puede llegar a ingresar 16.000 euros por semana, cantidades inimaginables en el mercado del tertuliano político. Por lo tanto, un tertuliano político no es un CR7 de los medios, sino todo lo contrario: es la clase media baja, sobreexpuesta a la crítica y con una sobreoferta de aspirantes. Así que, si no aceptas las condiciones, el medio siempre tiene en su mano la espada de

Damocles para buscarse un sustituto.

La mayoría de estudiantes de periodismo en España son mujeres, a pesar de lo cual hay colectivos que denuncian una subrepresentación de estas en la opinión de los medios de comunicación. El grupo On Són les Dones (donde están las mujeres) denunció que la presencia de mujeres como opinadoras en los medios de comunicación catalanes es solo del 25 por ciento. Los datos ofrecidos salen del análisis de cuatro periódicos: *La Vanguardia*, *El Periódico*, *Ara* y *El Punt Avui*; tres medios digitales: *Vilaweb*, *Nació Digital* y *El Nacional*; las emisoras de radio Catalunya Ràdio y RAC1; y las televisiones TV3, 8 TV y El Punt Avui TV. Según sus datos, las mujeres copan un 23 por ciento de la opinión en los digitales, un 22 por ciento en la radio y solo un 17 por ciento en los periódicos en formato papel. *El matí de Catalunya*, quizá porque su directora es una mujer, Mònica Terribas, es el que tiene un mayor porcentaje de mujeres colaborando como opinadoras, un 33%; y entre los periódicos es Ara, dirigido dirigido por una mujer, Esther Vera, el que tiene más mujeres en su sección de opinión, una de cada cinco.

Epílogo

Desde las alturas

Todo tiene su tiempo, y ya hemos visto que las tertulias no solo han ganado espacio en los medios, sino que además han evolucionado hacia el espectáculo. Habrá un día en el que las tertulias pierdan parte de la parrilla horaria que hoy ocupan. Seguramente, ese día dejaré de acudir a tertulias; también es posible que las deje cuando el *procés* llegue por fin al más que previsible colapso, dado que no deja de ser una gran paradoja en mi vida que, siendo antindependentista, el intento de separarse de parte de la sociedad catalana me haya dado trabajo; o porque los responsables de los programas y la audiencia se cansen de mí, algo que comprenderé.

Así que estos años son una experiencia que me ha dado la posibilidad de conocer a mucha gente, aprender muchas cosas y tener una vida profesional realmente interesante. Intento que todo ello sea luego de utilidad en mi trabajo, fuera de los micros y las cámaras, al que, aunque no lo parezca, dedico la mayor parte de mi tiempo.

Al poco tiempo de ser investida Ada Colau como alcaldesa de Barcelona, unos cuantos tertulianos fuimos invitados a desayunar, nuevamente por intercesión de Toni Bolaño con Ángel Simón, presidente ejecutivo del grupo Agbar. Con el acceso de Colau y los suyos al poder municipal, uno de los primeros temas fue la remunicipalización de los servicios de abastecimiento de aguas. La compleja batalla entre Acciona y Agbar por la adjudicación de la privatización de Aigües Ter-Llobregat, llevada a cabo de forma chapucera por una Generalitat agobiada económicamente y necesitada de ingresos rápidos, ocupó un buen rato del desayuno. Simón demostró *fair play*, preocupación contenida por los asuntos citados, dado que su empresa tiene una dimensión mundial y muchos frentes abiertos. Nos recibió en la cúpula de la Torre Agbar, un lugar impactante, que transmite al invitado poder, control desde las alturas pero también sensibilidad por la belleza de las formas con que Jean Nouvel dotó al singular edificio.

La cúpula donde desayunamos la ha podido ver toda España gracias a *Cuerpo de élite* de Joaquín Mazón, divertidísima película que se ríe de la España de hoy hurgando en los tópicos y los fantasmas de nuestro pasado. El mosso tacaño, el ertzaina gay, el chulito vigilante madrileño de la zona azul, el legionario conquense-ecuatoriano pero más español que nadie y la guardia

civil femenina y ruda a la vez devota de la virgen del Rocío localizan en esa película la bomba de Palomares, la que llevó a Manuel Fraga a bañarse en la playa del municipio almeriense para demostrar que no había radiación, justo en el lugar donde celebramos el desayuno.

Intuyo que para Simón el encuentro no fue gran cosa, puesto que no lo hemos repetido. A mí, la experiencia de escuchar en primera persona cómo se gestiona la complejidad de una multinacional presente en tantos países me impresionó, pero comprendo a Simón: los tertulianos hablamos de todo y no sabemos de casi nada, y en temas tan complejos como los contratos de concesión de un servicio público el desconocimiento, al menos en mi caso, es clamoroso. Tras dos horas, su equipo y él nos despidieron amablemente. Al llegar a la calle hacía un calor sofocante de septiembre. La gente, mucha, caminaba rápido por delante de la Torre, que en el futuro será un hotel si Ada Colau lo permite, dado que tiene cierta obsesión con frenar el turismo, la principal actividad económica de Barcelona y la que genera más empleo.

No creo que ninguno de los transeúntes fuera pensando mientras caminaba sobre alguno de los temas que habíamos tratado 35 plantas más arriba. Y es que los programas matinales de la Ser, la Cope, RNE, Onda Cero y todas las televisiones sobrevivirán, con más o menos minutos de tertulia y con los tertulianos de hoy, los de ayer y otros que llegarán, porque, a fin de cuentas, el tertuliano es solo una pieza del engranaje donde los medios son la vía de relación entre el poder, da igual político o económico, y la opinión pública. Cuánto llega al ciudadano de todo ello es otra cosa. Como decían los viejos periodistas ingleses a modo de cura de humildad, el periódico de hoy envolverá un *fish and chips* mañana.

El teléfono móvil sonó en el bolsillo de la chaqueta; era un proveedor que reclamaba la previsión de pago de una factura. Y así vuelve uno a la vida real, porque, de hecho, los tertulianos arreglan España y el mundo varias veces al día, simultáneamente, en distintas cadenas. Aunque hablemos de las cosas que pasan y vivamos al dictado de la actualidad, nosotros no arriesgamos otra cosa que a meter la pata. Las soluciones, aciertos y errores están en manos de la gente a la que alabamos o destripamos, y que podamos hacerlo está en manos de los propietarios de los medios y de quienes dirigen los programas.

Las tertulias fueron en el pasado un género minoritario creado con la voluntad de ofrecer información complementaria acerca de los temas de actualidad. Sin embargo, el feroz mundo mediático del siglo XXI ha obligado a las tertulias a cambiar de formato hasta convertirlas en un espectáculo que se emite en horas de máxima audiencia. Al conquistar la parrilla televisiva, las tertulias han derivado en puro entretenimiento dónde la opinión y la confrontación ideológica parecen ser los ingredientes del éxito.

¿Quién determina la línea editorial de los programas?
¿La tertulia es fuente de información o es intoxicación mediática?
¿Existe el tertuliano libre?
¿Cómo se llega a ser tertuliano?
¿Cómo se preparan las tertulias?
¿Qué pasa en las cadenas de televisión pública?

En este fascinante ensayo, Joan López analiza el papel de la tertulia en nuestro país mediante una serie de capítulos divulgativos y polémicos que ponen en entredicho su contribución efectiva al debate público ya que parecen regirse más por el sesgo ideológico que marcan sus respectivas cadenas que por una voluntad honesta de análisis de la actualidad política y social.

Joan López Alegre (1968) es historiador y profesor de comunicación política. Fue diputado del Parlament de Catalunya del 2004 al 2006 y Secretario General de la Asociación de Jóvenes Empresarios de Catalunya. Actualmente dirige la comunicación de Empresaris de Catalunya y empezó a colaborar en COM Radio en los años noventa de la mano de Ramón Miravitllas. Desde 2013 participa semanalmente en la tertulia de *El Món a RAC 1*, programa líder de audiencia en Catalunya, junto a Màrius Carol, Xavier Sardà y Pilar Rahola. También colabora con *Els Matins de TV3* y con los programas *El Vespre a La 2* de TVE Catalunya y *El Debat de la 1* en TVE Catalunya.

Edición en formato digital: diciembre de 2016

© 2016, Joan López Alegre
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2016, Xavier Sardà, por el prólogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse
Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-692-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com